

# Identidad Nacional y Cohesión Social

CHILE EN PERSPECTIVA

Un estudio de AthenaLab.  
Chile 2026





## Contenido

|                                                                                                    |           |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------|
| <b>IDENTIDAD NACIONAL CHILENA Y SU RELACIÓN CON LA COHESIÓN SOCIAL .....</b>                       | <b>5</b>  |
| Introducción .....                                                                                 | 5         |
| Definición de identidad nacional .....                                                             | 7         |
| Definición de cohesión social .....                                                                | 13        |
| Relación entre identidad nacional y cohesión social .....                                          | 21        |
| Versiones de la identidad nacional en Chile .....                                                  | 25        |
| Versión militar-racial .....                                                                       | 26        |
| Versión hispanista / tradicionalista .....                                                         | 30        |
| Versión psicosocial .....                                                                          | 31        |
| Versión de la cultura popular .....                                                                | 33        |
| Versión empresarial postmoderna .....                                                              | 35        |
| Buscando la identidad .....                                                                        | 37        |
| Identidad nacional y cohesión social en Chile .....                                                | 41        |
| Tensiones y desafíos respecto a la identidad nacional y cohesión social .....                      | 45        |
| Referencias bibliográficas .....                                                                   | 48        |
| <b>INFORME DE RESULTADO ESTUDIO CUALITATIVO IDENTIDAD NACIONAL CHILENA Y COHESIÓN SOCIAL .....</b> | <b>51</b> |
| Antecedentes .....                                                                                 | 53        |
| Objetivo .....                                                                                     | 53        |
| Marco metodológico .....                                                                           | 53        |
| Codificación abierta .....                                                                         | 53        |
| Codificación axial .....                                                                           | 54        |
| Codificación selectiva .....                                                                       | 54        |
| <b>INSTRUMENTO PARA EL RELEVAMIENTO DE INFORMACIÓN ....</b>                                        | <b>55</b> |
| <b>RESULTADOS .....</b>                                                                            | <b>57</b> |
| Núcleo identitario resiliente .....                                                                | 57        |

|                                             |    |
|---------------------------------------------|----|
| Cohesión frágil episódica .....             | 58 |
| Migración ambivalente catalizadora .....    | 60 |
| Erosiones estructurales crónicas .....      | 61 |
| Pluralidad y subidentidades anidadas.....   | 62 |
| Críticas y autorreflexión estratégica ..... | 63 |
| Conclusiones generales grupo 1 .....        | 65 |

## **RESULTADOS ANÁLISIS CONSULTAS DIRECTAS GRUPO 2..... 66**

|                                        |    |
|----------------------------------------|----|
| Rasgos culturales positivos.....       | 66 |
| Mecanismos de unidad reactiva .....    | 68 |
| Amenazas a la cohesión.....            | 69 |
| Dinámicas migratorias .....            | 70 |
| Evolución histórica y contextual ..... | 72 |

## **CONCLUSIONES GENERALES (TEORÍA FUNDAMENTADA) ..... 75**

## **IDENTIDAD NACIONAL Y COHESIÓN SOCIAL EN CHILE. ANÁLISIS CUANTITATIVO A PARTIR DE ENCUESTA NACIONAL (AGOSTO 2025) ..... 78**

|                                        |    |
|----------------------------------------|----|
| Resumen ejecutivo .....                | 79 |
| Introducción .....                     | 79 |
| Marco metodológico.....                | 80 |
| Confianza interpersonal .....          | 81 |
| Confianza institucional .....          | 82 |
| Polarización y división política ..... | 83 |
| Identidad nacional.....                | 85 |
| Identidad regional .....               | 87 |
| Inmigración .....                      | 88 |
| Identificación política.....           | 90 |

## **CONCLUSIONES ..... 91**

## **GRUPO DE TRABAJO ..... 93**

## **AGRADECIMIENTOS ..... 94**



# IDENTIDAD NACIONAL CHILENA Y SU RELACIÓN CON LA COHESIÓN SOCIAL

## INTRODUCCIÓN

La identidad nacional es un concepto complejo y multidimensional que se construye a lo largo del tiempo a través de diversos factores históricos, culturales, políticos y sociales. Su relación con la cohesión social ha sido ampliamente estudiada en diferentes contextos, ya que, históricamente, se ha observado que cuando la primera es fuerte, puede fomentar la unidad, pero también puede ser un factor de exclusión si se basa en criterios restrictivos.

Así, la identidad nacional ha servido como mecanismo de cohesión social facilitando la construcción de un sentido de pertenencia y solidaridad entre los ciudadanos. Sin embargo, también ha sido utilizada como un instrumento de control, que refuerza narrativas homogéneas que marginan a ciertos grupos dentro de la sociedad. Es por esta razón que diferentes estudios han demostrado que la manera en que una sociedad define su identidad nacional influye en la forma en que gestiona la diversidad interna y en su capacidad de generar inclusión o segregación.

En otras palabras, “las identidades nacionales proporcionan criterios de demarcación: nos dicen quién pertenece a un grupo y quién no; otorga a algunos el estatus de pertenencia al grupo, pero también excluyen a quienes no se ajustan a los criterios impuestos. En ese sentido, es un arma de doble filo, que puede fomentar tanto la unidad como la fragmentación” (Holtug y Uslaner, 2021, p. 2).

En la actualidad, se observa que las disputas que se están dando en torno a las identidades nacionales son especialmente notorias en los debates sobre inmigración e integración, donde se define “quién pertenece a la nación (y, por lo tanto, de quiénes se debería acoger con agrado su admisión) y las condiciones en las que pueden convertirse miembros de pleno derecho (obteniendo la ciudadanía y diversos derechos políticos y sociales que pueden o no estar vinculados a esta última)” (Holtug y Uslaner, 2021, p. 2).

Derivado de ello, se puede interpretar que la identidad nacional no solo responde a una construcción interna, sino que también está influenciada por dinámicas internacionales, como la migración recién mencionada, pero también por fenómenos como la globalización y los avances tecnológicos, todos los cuales han modificado la manera en que los individuos se relacionan con sus países de origen y con otras culturas.

Sin embargo, las identidades nacionales son importantes no solo porque pueden afectar los derechos formales a los que tienen acceso las personas, sino también por su valor para el sentido de pertenencia de los individuos, ya que moldean este tipo de percepciones que, a su vez, impactan en aquellas que dicen relación con la idea de “merecimiento de grupos específicos”. Esto último puede influir de manera importante en la redistribución que reali-

zan los gobiernos en diversos países (Holtug y Uslaner, 2021, p. 3).

Por su parte, “la cohesión social consiste en las características que unen a los miembros de una comunidad de manera que favorezcan la cooperación y otras formas de interacción prosocial, e incluye elementos como la confianza y la solidaridad”. A este respecto, “una preocupación importante de la política contemporánea, que también ha sido expresada por muchos científicos sociales, es que la inmigración y la diversidad reducen la cohesión social” (Holtug y Uslaner, 2021, p. 7).

Así planteados, es dable interpretar que estos fenómenos se encuentran en constante evolución, desafiando las concepciones tradicionales de nación y ciudadanía. A su vez, la apelación al sentido de pertenencia propia de su conceptualización juega —y ha jugado a lo largo de la historia— un rol fundamental para la cohesión social, cuyo impacto se puede observar en el cambio de orientación política que han sufrido diversos países en la actualidad, lo que ha llevado a que fenómenos como la polarización, el populismo y las actitudes antinmigrantes estén cobrando un nuevo impulso, tal como ocurre, por ejemplo, en Europa, con líderes políticos como Viktor Orbán y el partido Fidesz en Hungría, Alternativa para Alemania o Frente Nacional en Francia, cuyo discurso, crecientemente, justifica el distanciamiento de un orden político liberal.

Lo mismo puede decirse del caso chileno, donde la masiva inmigración ocurrida durante, al menos, los últimos diez años, ha llevado a diferentes actores políticos a modificar su postura al respecto, con álgidos debates respecto a procesos de regularización y expulsión, control de las fronteras, actuación de las fuerzas armadas e incluso sobre el derecho a voto.

Motivado por lo anterior, en el presente marco teórico se explorarán los conceptos de identidad nacional y cohesión social, así como la relación existente entre ambos. Esta exploración se realizará desde una perspectiva general,

descriptiva y comparativa, para luego pasar a identificar, en el caso chileno, aquellas características, particularidades y circunstancias que, históricamente, han dado lugar a la dinámica descrita, extrayendo elementos que hagan posible su comprensión en la actualidad.

Con todo, se analizarán los distintos enfoques teóricos y las experiencias internacionales que han abordado este tipo de conceptualizaciones y relaciones, destacando tanto los factores que favorecen una identidad nacional inclusiva como aquellos que pueden derivar en fragmentación social, dando cuenta a su vez del momento político en que nos encontramos, tanto a nivel nacional como internacional.



## DEFINICIÓN DE IDENTIDAD NACIONAL

Como se mencionó previamente, la identidad nacional es un concepto complejo y multidimensional que engloba el sentido de pertenencia de un individuo a una comunidad política y cultural, el cual ha sido abordado desde distintas perspectivas teóricas. Es un sentimiento que se construye a través de factores históricos, lingüísticos, simbólicos y sociales que configuran una narrativa común sobre lo que significa ser parte de una nación.

En este sentido, tal como se indica, la identidad nacional es difícil de definir conceptualmente. Es por ello que, como una manera de generar una primera aproximación, resulta útil remitirse a lo que Miller y Ali (2014, como se cita en Kongshøj, 2021, p. 95) distinguieron como sus “diferentes dimensiones”, a saber: “primero, un sentido de pertenencia o apego a una nación; segundo, el orgullo nacional; tercero, el patriotismo y, cuarto, diferentes concepciones normativas de valores de la nación”. A su vez, cabe tener presente que, como condición *sine qua non* para poder hablar de identidad nacional, esta debe comenzar con una “creencia compartida en la legitimidad del sistema político del país, sea o no democrático” (Smith 2015 como se cita en Fukuyama, 2021, p. 22).

Según lo anterior, la identidad nacional “puede estar plasmada en leyes e instituciones formales que dictan, por ejemplo, qué idioma o idiomas se considerarán oficiales, o qué escuelas enseñarán a los niños sobre el pasado de su país. Sin embargo, ella también se extiende al ámbito de la cultura y los valores, mediante las historias que las personas cuentan sobre sí mismas: de dónde vienen, qué celebran, sus recuerdos históricos compartidos y sus expectativas sobre lo que se necesita para convertirse en un miembro genuino de la comunidad” (Smith 2015 como se cita en Fukuyama, 2021, p. 22).

Las identidades nacionales “pueden ser densas o tenues, dependiendo de qué o cuánto deban compartir las personas para ser miembros de la nación. En un extremo del espectro, hay concepciones de la identidad nacional que exigen que las personas compartan una cultura entera y, en el otro, que compartan únicamente un compromiso con algunas instituciones jurídicas y políticas básicas. Una distinción básica es entre lo que Michael Ignatieff (1996, como se cita en Holtug y Uslaner, 2021, p. 3) denominó nacionalismo “étnico” y “cívico”, donde el primero define a la nación en términos de orígenes étnicos y nacimiento, y el segundo la define en términos de valores cívicos, compromisos con instituciones y similares” (Holtug y Uslaner, 2021, p. 3).

Como se observa, tanto la propuesta de Miller y Ali como la de Ignatieff ligan estrechamente la identidad nacional al concepto de nación, el que sirve para hacer referencia al tipo de comunidad de la que se está tratando. En este sentido, dicha relación queda muy bien retratada en la perspectiva de Benedict Anderson (1983, p. 5 y 6), el que describe a la nación como una “comunidad imaginada”, en la cual sus miembros no se conocen personalmente, pero comparten un sentido de pertenencia basado en símbolos, mitos y narrativas comunes. Esta noción puede ser reforzada a través de la educación, los medios de comunicación y las políticas públicas, las que juegan un rol clave en la transmisión de una identidad nacional hegemónica, la cual vendría a ser una construcción social que se refuerza a través de ese tipo de instituciones.

A su vez, es desde una perspectiva sociológica que se adopta la posición en que la identidad nacional es una construcción social que responde a factores históricos, económicos y culturales. Ernest Gellner (1983) sostiene que

surge en el contexto de la modernidad, la cual relaciona con la industrialización, el acceso a la educación masiva y la homogenización cultural. Son estas características las que crean identidades nacionales, ya que la cultura en la que han sido educadas las personas pasa a ser el núcleo de su identidad, siendo el Estado el encargado de supervisar y reproducir dicha maquinaria educativa.

Anthony D. Smith (1991) agrega que, si bien efectivamente la identidad nacional es una construcción moderna, ya que, en sus palabras, está ligada a la "concepción occidental de nación", desde donde "se establecieron por primera vez y en estrecha conexión una nueva forma política, el Estado racional, (instituciones legales y políticas) y un nuevo tipo de comunidad (la nación territorial), que dejaron su impronta en posteriores concepciones no occidentales" (Smith, 1991, p. 8), de todas maneras contrasta con Gellner al plantear que el "territorio histórico o patria y los recuerdos históricos o mitos colectivos" también forman parte de sus presupuestos (Smith, 1991, p. 12).

En la misma línea, Eric Hobsbawm y Terence Ranger (1983), en "La invención de las tradiciones", sostienen que existe un grupo de prácticas, denominadas "tradición inventada" que "normalmente están gobernadas por reglas aceptadas abierta o tácitamente y de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica automáticamente continuidad con el pasado". En ellas, "en la medida que existe una referencia a un pasado histórico", su continuidad con éste es "en gran parte ficticia" y por tanto su "objetivo" vendría a ser la "invariabilidad", con lo cual se llega a plantear que dichas tradiciones "parecen pertenecer a tres tipos superpuestos" (Hobsbawm y Ranger, 1983, p. 8):

a. Las que establecen o simbolizan cohesión social o pertenencia al grupo, ya sean comunidades reales o artificiales;

b. Las que establecen o legitiman instituciones, estatus, o relaciones de autoridad, y

c. Las que tienen como principal objetivo la socialización, el inculcar creencias, sistemas de valores o convenciones relacionadas con el comportamiento.

Estas prácticas inventadas tienden a ser "poco específicas y vagas, como la naturaleza de los valores, los derechos y las obligaciones de pertenencia al grupo que inculcaban: patriotismo, lealtad, deber, jugar el juego, el espíritu de la escuela y demás". Por eso un "factor crucial parece situarse en la invención de signos de pertenencia a un club cargados emocionalmente y simbólicamente, más que en los estatutos y los objetivos de este club" (Hobsbawm y Ranger, 1983, p. 17). Un ejemplo de aquello podrían ser las elecciones, en las cuales la ciudadanía permanece asociada a ellas como una especie de semirritual. También lo pueden ser las banderas, imágenes, ceremonias y música que, históricamente, suelen ser símbolos y prácticas nuevas e inventadas (Hobsbawm y Ranger, 1983, p. 18).

Así, se puede interpretar que tales prácticas consideradas como esenciales para la identidad nacional han sido, en realidad, creadas o reinterpretadas en distintos momentos históricos para fortalecer la cohesión social, usando "la historia como legitimadora de la acción y cimiento de la cohesión de grupo" (Hobsbawm y Ranger, 1983, p. 19).

Por último, sobre el mismo tema, pero haciendo una diferenciación respecto a la forma en que la identidad nacional es inculcada, Michael Billig (1995) introduce el concepto de "nacionalismo banal", destacando cómo "la identidad nacional en las naciones establecidas se recuerda porque está arraigada en las rutinas de la vida, que constantemente recuerdan o mar-

can<sup>1</sup> la nacionalidad. Sin embargo, estos recordatorios, o “marcaciones”, son tan numerosos y forman parte tan familiar del entorno social, que operan de forma inconsciente, en lugar de consciente (Langer 1989 en Billig 1995, p. 38). En consecuencia, la identidad nacional “se encuentra en los hábitos encarnados de la vida social”, lo cual incluye “los de pensamiento y uso del lenguaje” (Billig, 1995, p. 8).

A lo largo del tiempo, las naciones han desarrollado diversas formas de definir la identidad nacional, lo cual ha sido reflejado en la literatura que aborda su estudio. Según Smith (1991), en la misma línea de lo retratado por Ignatieff precedentemente, las principales incluyen el nacionalismo étnico, que se basa en la ascendencia y la cultura común, y el nacionalismo cívico, que enfatiza la ciudadanía y los valores compartidos. En algunos países, ambos modelos pueden coexistir, generando tensiones en la forma en que se percibe la pertenencia a la nación.

En el contexto actual de globalización, la identidad nacional enfrenta desafíos por la creciente interconexión entre culturas y la movilidad de las personas. Esto ha llevado a la reformulación de conceptos de identidad nacional más abiertos e inclusivos en algunos países, mientras que en otros se ha observado un resurgimiento de nacionalismos excluyentes como respuesta a la inmigración y los cambios demográficos.

En esta línea, “aunque inicialmente la literatura recién revisada solo hacía una distinción entre formas cívicas y étnicas de conceptos de ciudadanía, varios autores han señalado el hecho de que es importante también distinguir un tercer concepto de ciudadanía, el cultural” (Reijerse et al. como se cita en Hooghe, 2021, p. 50), el cual tiene como criterio principal “saber si los nuevos grupos de inmigrantes interiorizarán y se adherirán a los patrones culturales

dominantes dentro de una sociedad. La distinción con el concepto cívico de ciudadanía es que la cultura puede ser mucho más amplia y se aplica a más modos de interacción que las reglas cívicas que a menudo se expresan en normas legales” (Hooghe, 2021, p. 50).

Los conceptos de ciudadanía étnica son por definición restrictivos, mientras que las identidades cívicas son en principio accesibles para los extranjeros. Sin embargo, la cultural puede experimentarse como una categoría bastante vaga, ya que está menos claro cuán estrictos serían los requisitos de entrada. De esta forma, “la cultura también puede interpretarse de tal manera que solo aquellos que adoptan plenamente la línea tradicional dominante de una nación pueden ser vistos como miembros plenos de la sociedad, con el resultado de que a los inmigrantes se les pide que descarten todo su propio patrimonio” (Pautz, 2005 como se cita en Hooghe, 2021, p. 50).

Por ello, “la cuestión política que ha planteado los mayores desafíos a la identidad nacional en la actualidad es la inmigración junto con los flujos de refugiados” que muchas veces esta conlleva. Así, “en conjunto, estos temas han sido la fuerza impulsora detrás del reciente auge del nacionalismo populista, tanto en Europa como en los Estados Unidos” (Fukuyama, 2021, p. 26).

En efecto, el crecimiento electoral de los partidos populistas se debe, en buena medida, a una combinación de factores, como las crisis económicas, las redes sociales y su efecto en la polarización política y la inmigración. El último elemento señalado ha comenzado a calar tan hondo en los procesos electorales que, en las elecciones alemanas de febrero del 2025, el candidato de la CDU (Unión Demócrata Alemana) Friedrich Merz, prometió impulsar una política antiinmigración, con la finalidad de evi-

1 El concepto original del autor en inglés es “flagging”, para lo cual se buscó el término en español que mejor representara la idea que se quería transmitir.



tar que por ese aspecto los electores prefirieran votar por Alternativa para Alemania<sup>2</sup>.

Otras regiones del mundo también han resentido el impacto de flujos migratorios masivos, como el caso latinoamericano con la salida de Venezuela de 7.7 millones de personas, de los cuales, según cifras de ACNUR (2024), 6.5 millones se han distribuido en América Latina y el Caribe (por la afinidad idiomática que favorece la adaptación), generando reacciones en contra del ingreso de migrantes.

Este nacionalismo en ciernes que se observa en la actualidad, propio de dinámicas derivadas de la globalización, ha generado críticas, las cuales han sido ampliamente discutidas en la literatura académica. Montserrat Guibernau (1999, p. 146), por ejemplo, plantea que “la fuerza y atractivo renovados de la identidad nacional y del nacionalismo se presentan como una respuesta secular a la búsqueda de la identidad en un mundo amenazado por una creciente homogeneización”.

En la misma línea, Leonel Perezniето Castro (2017, p. 44) argumenta que “el proceso de globalización se ha analizado por algunos autores como un desgaste de la soberanía nacional de los Estados, debido a que un número mayor de ellos pierden capacidad para manejar de manera independiente y autónoma determinados servicios fundamentales de sus gestiones internas y una variedad de políticas internacionales y, por tanto, el ejercicio de la política se vuelve más complejo y dependiente”.

En este sentido, si bien “la globalización contiene elementos modernos, producto princi-

palmente de las tecnologías, con los cuales se trata de lograr en el largo plazo, un gobierno mundial, en su tránsito produce afectaciones profundas en las sociedades que participan en dicho proceso, de ahí los intentos de revueltas naturales de grupos sociales inconformes”. Por eso, Estados que participaron en el nacimiento de los organismos internacionales creados desde la Segunda Guerra Mundial, “hoy sufren el peso de dichas políticas que en muchas ocasiones se reflejan en el crecimiento de grupos nacionalistas” (Perezniето, 2017, p. 44 y 45).

Lo anterior nos lleva a plantear una variante importante de las identidades nacionales en clave de actualidad, ya que al mismo tiempo que lo local se pone en jaque con los procesos de globalización, a su vez se producen fenómenos nuevos, como el auge de identidades transnacionales, el cual ha sido abordado desde diversas perspectivas. Por ejemplo, Berta Álvarez-Miranda (2016, p. 85) estudia la identidad transnacional en inmigrantes musulmanes en Europa y concluye que estos grupos desarrollan identidades híbridas que combinan elementos de sus culturas de origen y de acogida. Según Álvarez-Miranda, este proceso de adaptación implica la reconfiguración de la identidad nacional en términos más flexibles y multiculturales, desafiando las nociones tradicionales de pertenencia nacional.

En el contexto latinoamericano, Rivera Heredia y Obregón Velasco (2014) analizan el impacto de la migración en la identidad de las familias mexicanas con parientes en Estados Unidos. Su estudio revela que los individuos desarrollan “estrategias múltiples” en sus experiencias migratorias, donde algunos “preservan cuidadosamente sus elementos culturales de origen, pero a la vez establecen zonas de intercambio y conexión con la nueva cultura”. En este sentido, dentro de este grupo de personas se pueden encontrar “quienes entremezclan ambas culturas y conforman una nueva, como quienes mantienen diferencias, pero con vías de comunicación y de intercambio ambiental”,

2 La CDU es el partido de Angela Merkel, quien lideró Alemania entre los años 2005 a 2021. Bajo su administración, se adoptó, entre 2015 y 2017, una política de fronteras abiertas para recibir a refugiados de zonas de conflicto, permitiendo el ingreso de 1.1 millón de solicitudes de asilo solo el 2015, principalmente de sirios y afganos, equivalente a la mitad de las solicitudes recibidas en el resto de la Unión Europea (Tjaden y Heidland, 2024).

situación a la cual las autoras denominan como una forma de "identidad transnacional" (Rivera y Obregón, 2014, p. 34 y 35).

En síntesis, los estudios aquí revisados evidencian que la globalización ha generado nuevas formas de identidad nacional, como la denominada identidad transnacional, sobre todo empujada por la intensificación de los flujos migratorios. A su vez, lo anterior ha derivado en una reconfiguración del nacionalismo en la medida que grupos sociales buscan reafirmar su identidad, lo que ha sido considerado por algunos como un renacimiento de este. Así, en las críticas al nacionalismo se ha podido observar que algunos autores advierten sobre los riesgos de que este se adopte de manera excluyente como una forma de respuesta a los cambios actuales, mientras otros destacan la oportunidad que significa una identidad nacional más flexible y abierta a la diversidad.

Tal como se ha adelantado, si bien la identidad nacional puede fortalecer la cohesión social y la estabilidad política, también puede generar exclusión si se basa en criterios rígidos. Si bien este fenómeno se revisará con mayor profundidad en los siguientes apartados, cabe tener presente que, en un mundo globalizado como el actual, las identidades nacionales están en constante transformación, adaptándose a cambios demográficos y culturales. Es en este contexto que, al abordarse este concepto de manera empírica, "la corriente predominante de la literatura se ha centrado en el estudio de divisiones a nivel individual, ya sea en países individuales o en varios países al mismo tiempo" (Kongshøj, 2021: p. 97).

Según lo anterior, por lo general se investiga cómo se correlaciona la identidad nacional "con diferentes indicadores de cohesión social o actitudes hacia la inmigración" (Breidahl, Holtug y Kongshøj, 2018; Wright et al., 2013; Pehrson et al., 2009; Kunovich, 2009; Jones y Smith, 2001; Hjerm, 1998 citados en Kongshøj, 2021: p. 97). Algunos también han correlacionado estas orientaciones individuales con indi-

cadores de nivel macro, como la globalización, el desarrollo económico o diferentes aspectos de la diversidad (Ariely, 2012; Green et al., 2011; Kunovich, 2009; Jones y Smith, 2001 citados en Kongshøj, 2021: p. 97).

Como una manera de recapitular, pero también de ir adoptando una posición respecto a lo que en esta investigación se entenderá como identidad nacional, se definirá este concepto haciendo referencia a elementos tales como que es una construcción social dinámica que combina elementos históricos, culturales y políticos para dar forma al sentido de pertenencia de los ciudadanos. Como se observa, esta es capaz de influir en la cohesión social, lo cual dependerá de qué tan inclusiva sea su definición y de cómo evolucione ante los cambios contemporáneos. En un contexto globalizado, el desafío es mantener un equilibrio entre la preservación de los valores nacionales y la apertura a la diversidad, promoviendo una identidad que fomente la unidad sin caer en la exclusión.







## DEFINICIÓN DE COHESIÓN SOCIAL

Previamente se han ido adelantando algunas características en lo que al concepto de cohesión social se refiere. Tiene que ver con lazos de confianza, solidaridad y cooperación que existen dentro de una sociedad y/o entre sus ciudadanos, y factores como la igualdad de oportunidades, la inclusión y el sentido de pertenencia son fundamentales para fortalecerla o bien, deteriorarla, si no son manejados de manera adecuada a nivel político.

Según esto último, si se tiene en cuenta, como se vio en el apartado anterior, que las identidades nacionales pueden ser tanto unificadoras como divisorias, dependiendo de qué tan abiertas sean a la diversidad, entonces es posible interpretar que la cohesión social no solo depende de ella, sino también de las políticas públicas que promuevan la integración y la justicia social, entendiendo a esta última como redistribución.

Según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la cohesión social se define como “la dialéctica entre mecanismos instituidos de inclusión y exclusión sociales y las respuestas, percepciones y disposiciones de la ciudadanía frente al modo en que estos operan” (CEPAL, 2007, p. 13). Esto implica entonces “que el concepto de cohesión social se construye sobre la base de tres pilares: brechas, instituciones y pertenencia; y de manera más crucial, sobre la base de su interacción” (CEPAL, 2010, p. 22).

Así, esta definición representaría una ventaja para ser utilizada como punto de partida, por cuanto destaca justamente lo que se está planteando inicialmente en este apartado, esto es, la importancia de las instituciones y las percepciones ciudadanas en la construcción de una sociedad cohesionada.

Siguiendo la línea de lo anterior, a su vez este concepto puede dividirse en varias dimensio-

nes, en lo cual Jane Jenson (1998, p. 15-17) distingue cinco de ellas: sentido de pertenencia; igualdad de oportunidades (inclusión); participación política y social; reconocimiento de la diferencia; y legitimidad de las instituciones públicas y privadas.

Estos elementos vendrían a ser los determinantes de la estabilidad de una sociedad y, como tal, refieren a su capacidad para gestionar diferencias y conflictos sin que se produzcan rupturas en el tejido social. En este proceso, las instituciones vendrían a ejercer una especie de rol regulador o de gestión de las aspiraciones de los individuos, derivando en mayores niveles de legitimidad y confianza, y con ello, mejores posibilidades de alcanzar los objetivos nacionales. Por contrapartida, la desigualdad económica, la exclusión de ciertos grupos y la falta de participación cívica, serían elementos que van en la línea de deteriorar la cohesión social.

En este contexto, “desde la década de los 90 la literatura económica comenzó a destacar la desigualdad y, más ampliamente, la cohesión social como condicionantes de los procesos de crecimiento. En este sentido, las sociedades más desiguales se encuentran propensas a la presencia de conflictos crónicos y limitan las posibilidades de inversión en el capital humano de amplios contingentes sociales”. En otras palabras, un “alto nivel de desigualdad constituye en sí una barrera para el desarrollo” (CEPAL, 2010, p. 85).

Por ello, según la CEPAL (2010, p. 86) “la cohesión social requiere principios de cooperación y de comunicación necesarios para la generación de espacios sociales de interacción funcionales para los procesos de desarrollo. Los altos niveles de desigualdad socavan las bases materiales de la generación de espacios sociales de interacción funcionales para







los procesos de desarrollo. Los altos niveles de desigualdad socavan las bases materiales de la interacción social, pero también el funcionamiento de las instituciones constituye un aspecto medular para la vida social”.

Por tal motivo, las políticas públicas que implementen los países juegan un rol central a la hora de lograr el bienestar general de su población, el cual descansa en el vínculo entre las distintas instituciones sociales en donde las personas acceden a los diversos componentes de la calidad de vida. En particular, en la literatura se reconocen los hogares, los mercados y el Estado como espacios institucionales medulares en el acceso al bienestar, siendo “la articulación y la complementación de estas instancias”, un “determinante central del bienestar y la cohesión social” (CEPAL, 2010, p. 87).

En algunos países, la cohesión social ha sido promovida a través de la implementación de políticas redistributivas y programas de integración. Por ejemplo, los modelos de bienestar —como algunos países europeos, sobre todo los nórdicos— apuntan “precisamente a consolidar un conjunto de prestaciones y servicios sociales orientados a la garantía de los derechos económicos, sociales y culturales y, con ello, cimentar este piso de inclusión, redistribución y reconocimiento que es clave para avanzar hacia sociedades cohesionadas en el largo plazo” (CEPAL, 2021, p. 97).

En contraste, según el Banco Interamericano de Desarrollo (2020, p. 14), “la redistribución insuficiente y la desigualdad de oportunidades son las principales características de lo que podría denominarse un contrato social fracturado”, lo que hace referencia al “acuerdo implícito entre los miembros de una sociedad para definir derechos y responsabilidades mutuos”, ya que “cuánto obtiene cada grupo del gobierno y cuánto contribuye es un aspecto básico del tejido social”. En este sentido, América Latina es un ejemplo de este tipo de fractura social.

Cuando existe este tipo de fracturas, justamente lo que se perjudica es un aspecto clave de

la cohesión social, esto es, la confianza, tanto en las instituciones como entre los ciudadanos. Por eso Fukuyama (1995, p. 44) se refiere a la noción de “capital social”, entendiendo por tal “a la capacidad fundamentada en el predominio de la confianza en una sociedad o en algunos de sus aspectos. Puede materializarse en el más pequeño y básico de los grupos sociales, o sea, la familia, pero también en el más amplio de los grupos, la nación, así como en todos los grupos intermedios”.

A este respecto, Fukuyama (1995, p. 44) indica que la consecución de capital social requiere que los individuos se adapten “a las normas morales de una comunidad” y adquieran, en ese contexto, “valores como lealtad, honradez y fiabilidad. Es más, antes de que pueda generalizarse la confianza entre sus miembros, el colectivo del grupo ha de adoptar normas comunes”.

Por eso en sociedades con bajos niveles de confianza, es común encontrar altos niveles de polarización y desconfianza hacia el sistema político y económico, así como altos niveles de delincuencia. Esto ocurre sobre todo en “sociedades individualistas con escasa capacidad de asociación, en las cuales tanto las familias como las asociaciones voluntarias son débiles y donde, en cambio, las organizaciones más fuertes son las criminales” (Fukuyama, 1995, p. 46).

Por contrapartida, según plantea Fukuyama (1995, p. 430 y 431), si el capital social abunda, “tanto los mercados como la política democrática prosperarán”, ya que una “estructura partidista estable solo puede darse si individuos con intereses y objetivos comunes son capaces de trabajar juntos, capacidad que refleja, a fin de cuentas, el capital social existente”.

Volviendo a la definición del concepto de cohesión social, si bien la relación de este con la identidad nacional será abordada posteriormente, como una manera de contextualizar es necesario retomar una idea que se sugirió al inicio, esto es, que una identidad compartida

puede fomentar la solidaridad y redistribución, pero también puede generar exclusión y fragmentación social si se basa en criterios étnicos o culturales restrictivos.

Según lo anterior, en algunos países europeos la segregación y el racismo han generado tensiones en la cohesión social, como en Francia, Suecia o Reino Unido, por mencionar algunos, mientras que en otros se ha promovido un nacionalismo cívico incluyente como herramienta para integrar a inmigrantes y minorías, como vendrían a ser los casos de Alemania y Portugal. Se menciona esto con el objetivo de graficar lo antes planteado por Fukuyama (1995) sobre la confianza, ya que es en este proceso en que la confianza y la percepción de pertenencia (identidad) son elementos clave, pues influyen en la forma en que los ciudadanos interactúan y se relacionan dentro de una sociedad.

El concepto de cohesión social ha sido objeto de análisis desde diferentes perspectivas teóricas. Émile Durkheim, en su obra *"La división del trabajo social"* (1893), introdujo los términos *"solidaridad mecánica"* y *"solidaridad orgánica"* para describir cómo las sociedades tradicionales y modernas mantienen la cohesión social. Durkheim argumenta que, en las sociedades tradicionales, la cohesión se basa en similitudes y una conciencia colectiva compartida, mientras que en las sociedades modernas la interdependencia y la especialización laboral son los pilares de la cohesión.

Desde una perspectiva más contemporánea, John Rawls también analiza la cohesión social, pero desde el enfoque del liberalismo y la justicia distributiva. Se plantea que el primero *"proporciona un conjunto de valores que, si se comparten, tienden a promover la cohesión social necesaria para hacer realidad las instituciones liberales y, en particular, la distribución igualitaria"*. En particular, uno de los debates que han sostenido los teóricos políticos de esta línea, se ha centrado en entender *"si los principios de justicia, o los valores en los que*

*estos consisten, tienden a proporcionar el nivel de cohesión social necesario para implementar instituciones justas en la medida en que estos valores sean compartidos por la ciudadanía"* (Holtug citado en Holtug y Uslaner, 2021, p. 133).

A este respecto, *"los teóricos políticos no están de acuerdo sobre qué valores promoverán de hecho la cohesión social y, en particular, la confianza y la solidaridad necesarias para una justicia redistributiva e igualitaria. Mientras que, por ejemplo, los nacionalistas liberales enfatizan la importancia de compartir ciertos aspectos de la cultura nacional, los liberales no nacionalistas tienden a argumentar que solo necesitamos compartir algunos principios básicos de libertad, igualdad y tolerancia"* (Holtug en Holtug y Uslaner 2021, p. 133).

En la actualidad, ha surgido un nuevo interés en *"la cohesión social como condición para la justicia social"*, el cual se debe a las *"preocupaciones sobre si la inmigración y la diversidad étnica a la que esta da lugar, plantean una amenaza para dicha cohesión y, por lo tanto, para la redistribución"*. En este sentido, *"algunos han sostenido que aumentar la diversidad étnica es incompatible con el mantenimiento de la cohesión social en los niveles actuales"*, mientras que, otros, argumentan *"que la cohesión social requiere que los inmigrantes se asimilen a la cultura nacional"* (Holtug en Holtug y Uslaner 2021, p. 133).

Sin embargo, como respuesta a lo anterior, los liberales *"tienden a argumentar que los valores e instituciones liberales se adaptan adecuadamente a las creencias y preferencias religiosas y culturales de una ciudadanía diversa, de modo que se posibilite la cohesión social en niveles adecuados. Al brindar oportunidades religiosas, culturales y sociales iguales para todos, el liberalismo tiende a promover la cohesión social y la lealtad a un sistema político que, después de todo, brinda a sus ciudadanos libertades y oportunidades básicas en pie de*



igualdad” (Holtug en Holtug y Uslaner 2021, p. 133 y 134).

En este sentido, en la actualidad “existe la duda de si los valores e instituciones liberales son suficientes para mantener la confianza y la solidaridad” (Holtug en Holtug y Uslaner, 2021, p. 138) en contextos de este tipo, es decir, de amplia diversidad, por ejemplo, en sociedades que enfrentan fuertes oleadas migratorias. Así, si bien “varios estudios sugieren que la diversidad étnica reduce la confianza y la solidaridad en las democracias liberales y, por lo tanto, plantea una amenaza para el estado de bienestar”, por otro lado, varios metaestudios<sup>3</sup> confirmarían que la “evidencia que apoya la sugerencia de que la diversidad es perjudicial para la cohesión social, es contradictoria, lo cual puede sugerir que se debe prestar mayor atención a las condiciones en las que la diversidad incide negativamente en la cohesión social” (Holtug citado en Holtug y Uslaner 2021, p. 138).

Durante los años ochenta, surgieron críticos del liberalismo contemporáneo a quienes se les denominó comunitaristas. Entre ellos, hubo varios autores que “pusieron en entredicho el ideal del que está libre en sí mismo de ataduras y elige libremente. Rechazaban que lo que es debido preceda a qué se tenga por un bien, y sostenían que no podemos razonar sobre la justicia haciendo abstracción de nuestras metas y apegos” (Sandel, 2009, p. 47).

Un exponente de tal grupo comunitarista, es Charles Taylor (1994, p. 88), quien plantea “que hay formas de este liberalismo de los derechos igualitarios<sup>4</sup> que, en la mente de sus propios partidarios, solo pueden otorgar un reconoci-

miento muy limitado a las distintas identidades culturales”. Tal situación, implica un problema, según el autor, ya que “el reconocimiento igualitario no solo es el modo pertinente a una sociedad democrática sana”, en el sentido de que “su rechazo puede causar daños a quienes se les niega”, ya que “la proyección sobre otro de una imagen inferior o humillante puede en realidad deformar y oprimir hasta el grado en que esa imagen sea internalizada” (Taylor, 1994, p. 68).

Según lo anterior, el feminismo contemporáneo, las relaciones raciales o las discusiones del multiculturalismo “se orientan por la premisa de que no dar este reconocimiento puede constituir una forma de opresión”, con lo cual se subentiende que este hecho puede ser catalizador de tensiones sociales que afectarían de manera negativa la cohesión social (Taylor, 1994, p. 68), ya que, en palabras del autor, se estarían produciendo ciudadanos de primera y segunda clase, situación que habría que evitar a toda costa (Taylor, 1994, p. 70). A su vez, se pasa por alto el reconocimiento de identidad única de un individuo o grupo, es decir, su condición de ser distinto, cuando se es asimilado por una identidad dominante o mayoritaria (Taylor, 1994, p. 71).

Por su parte, Michael Sandel (2009) plantea que “no se puede debatir sobre muchos de los problemas de justicia y de derechos por los que más ardientemente se discute sin abordar cuestiones morales y religiosas sujetas a polémicas”, tal como lo plantea el liberalismo. Para el autor, “puede que parezca que pedir a los ciudadanos democráticos que dejen sus convicciones morales y religiosas a un lado cuando entran a la esfera pública es una forma de garantizar la tolerancia y el respeto mutuo”, pero en la práctica “decidir sobre importantes cuestiones públicas pretendiendo una neutralidad inasequible es una receta para el resentimiento y las reacciones viscerales en sentido contrario” (Sandel, 2009, p. 387).

De lo anterior se extrae que la deliberación pública y el debate sobre el bien común son

3 Los “metaestudios” son análisis que recopilan, evalúan y sintetizan los resultados de múltiples estudios científicos sobre un mismo tema para obtener conclusiones más sólidas.

4 El autor se refiere a “derechos igualitarios” en el sentido de los derechos universales que subrayan la dignidad igual de todos los ciudadanos.

esenciales para fortalecer la cohesión social, en contraste con la idea liberal de la neutralidad estatal respecto a los valores morales y comunitarios. De esta manera, para Sandel (2009, p. 388) “una política vaciada de un compromiso moral sustantivo conduce a una vida civil empobrecida. Además, brinda una invitación a los moralismos estrechos de miras e intolerantes”. Profundizando en la visión del autor, para Sandel (2009, p. 399) “el intento de desligar los argumentos sobre la justicia y los derechos de los argumentos sobre la vida buena es un error por dos razones: en primer lugar, no siempre se pueden zanjar las cuestiones referentes a la justicia y a los derechos sin resolver cuestiones morales sustantivas; en segundo lugar, incluso cuando es posible, puede que no sea deseable”.

Por ello Sandel (2009) adopta una posición respecto a estos temas, planteando que “la justicia supone cultivar la virtud y razonar acerca del bien común” (Sandel 2009, p. 415), ya que para él “es un error pretender llegar a una sociedad justa garantizando la libertad de decisión”, tal como lo estipula el liberalismo, sino que, por el contrario, se debe “razonar juntos sobre el significado de vida buena y crear una cultura política que acoja las discrepancias que inevitablemente surgirán” (Sandel, 2009, p. 416).

A partir de lo revisado en este apartado, se tomarán elementos para elaborar una definición propia que permita adoptar una perspectiva clara que sea aplicable a los instrumentos que serán utilizados en el marco de este estudio. En este sentido, se entenderá la cohesión social como un proceso dinámico que se manifiesta en la confianza, solidaridad y cooperación dentro de una sociedad, influenciado por la inclusión, equidad y participación. Se ve fortalecida por políticas públicas inclusivas, sistemas educativos equitativos y espacios de diálogo intercultural, que fomentan el sentido de pertenencia y la estabilidad social. Sin embargo, puede verse debilitada por factores como la desigualdad económica, la exclusión social y la

desconfianza en las instituciones. Su consolidación depende de la capacidad de gestionar la diversidad y promover el bien común, asegurando la integración de todos los sectores de la sociedad.











## RELACIÓN ENTRE IDENTIDAD NACIONAL Y COHESIÓN SOCIAL

Como se ha visto hasta ahora, la identidad nacional y la cohesión social están estrechamente vinculadas, ya que la primera puede servir como un factor de integración o de exclusión dentro de una sociedad. Una identidad nacional inclusiva, basada en valores cívicos y democráticos, tiende a fomentar la confianza y la cooperación entre los ciudadanos, fortaleciendo así la cohesión social. En contraste, una identidad nacional construida sobre bases étnicas o exclusivistas puede generar división y conflictos internos, reduciendo la solidaridad y la estabilidad social.

En este sentido, la relación entre ambos elementos ha sido objeto de estudio por diversos autores y organismos internacionales. La Declaración Universal de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural, destaca que “las políticas que favorecen la integración y la participación de todos los ciudadanos garantizan la cohesión social, la vitalidad de la sociedad civil y la paz” (UNESCO, 2001, p. 2). Considérese que este enfoque resalta la importancia de una identidad nacional que abrace la diversidad cultural como medio para lograr una sociedad cohesionada.

Por su parte, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) ha abordado la relación entre identidad nacional y cohesión social en sus publicaciones. En el documento “Cohesión social: inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe”, se señala que “las prácticas de exclusión y de discriminación en cualquiera de sus formas (de las mujeres, las poblaciones indígenas, los adultos mayores, los discapacitados, los pobres, las minorías religiosas o étnicas, los que manifiestan preferencias no heterosexuales), en función de características casi siempre adscriptivas en términos de representaciones simbólicas y culturales sobre lo que constitu-

ye “la diferencia”, fracturan la identidad de una sociedad, afectan el sentido de pertenencia a ella de parte de quienes las sufren y, en consecuencia, minan la cohesión social” (CEPAL, 2007, p. 38).

Además, estudios académicos han explorado cómo la construcción de la identidad nacional influye en la cohesión social. Por ejemplo, el artículo “Integración e identidad: un proyecto hacia la cohesión social” analiza cómo los procesos de construcción identitaria, en diálogo con modelos de integración, pueden impactar en la cohesión social. En este sentido, para el autor “la construcción de la identidad es un elemento constitutivo en el desarrollo vital de la persona y de los colectivos” y “en nuestro mundo actual globalizado y diverso, este elemento cobra una relevancia nuclear” (Ares Mateos, 2020, pp. 68 y 69).

Según lo anterior, para Ares Mateos “lo diverso a veces genera miedo, incertidumbre, nos hace salir de nuestra zona de confort hacia un espacio nuevo de diálogo, de riesgo. En ese contexto, corremos el riesgo de cerrar filas y de apoyarnos en nuestras seguridades, levantar muros que aislen y que generen mecanismos de exclusión”, pero también permite abrirse a la diversidad, la cual “se convierte en condición de posibilidad para la recreación de una identidad que es múltiple, abierta, flexible y compleja”, ya que “cada persona va construyendo su identidad en relación con los demás” (Ares Mateos, 2020, pp. 68 y 69), por lo que se convierte en una posibilidad fundamental para promover la cohesión.

Así, tomándose de Ares Mateos (2020) y tal como se ha ido adelantando en apartados anteriores, la forma en que se define y promueve la identidad nacional es determinante para el nivel de cohesión dentro de una sociedad. En este sentido, la primera puede construirse

de manera diversa o restringida y, su impacto en la segunda dependerá en gran medida de cómo se delimiten los criterios de pertenencia.

En este punto es importante retomar lo planteado por Michael Ignatieff (1993) y que fue retratado de manera incipiente al abordar la definición de identidad nacional. Según lo anterior, el autor distingue entre el nacionalismo cívico y el nacionalismo étnico, dos formas de construcción de la identidad nacional con efectos diferenciados en la cohesión social. El primero se basa en la adhesión a valores y principios compartidos, promoviendo la inclusión y la integración de diversos grupos dentro de una misma nación. En contraste, el segundo, fundamenta la pertenencia en elementos heredados, como el origen o la cultura, lo que puede conducir a la exclusión y a la fragmentación social.

Cabe precisar que, según Fukuyama (2021, p. 23), “la diversidad no es un bien absoluto”, ya que existen países muy diversos donde esta característica ha generado violencia y conflicto. De hecho, el concepto de identidad nacional pasó a tener mala fama durante la primera mitad del siglo XX, ya que “llegó a asociarse con un sentido de pertenencia exclusivo y de base étnica, conocido como etnonacionalismo”, el cual “condujo a la persecución de personas ajenas al grupo, así como a actos de agresión internacional cometidos en nombre de personas de la misma etnia que vivían en otros países”.

A este respecto Fukuyama (Uslaner 2021, p. 23) reivindica la visión liberal de la identidad nacional al estipular que los problemas recién mencionados “no se derivaron de la idea de identidad nacional en sí, sino de la afirmación de dicha identidad de una forma estrecha, étnicamente basada, intolerante, agresiva y profundamente antiliberal”. Y, por el contrario, estas pueden ser construidas “en torno a valores políticos liberales y democráticos, así como a las experiencias compartidas que proporcionan el tejido conectivo que permite el desarrollo de diversas comunidades”, siendo Canadá,

Francia, India y Estados Unidos “ejemplos de países que han intentado cultivar identidades nacionales en este sentido”.

En este sentido, Canadá suele citarse como el ejemplo paradigmático de países que poseen una identidad nacional flexible, caracterizada por tener una política de inmigración abierta, aunque ordenada y orientada a un tipo de perfil de inmigrante, particularmente profesional y joven. La contraparte del modelo canadiense es Japón y Corea del Sur, países cuya sociedad resiste la idea de recibir una masa migratoria relevante, independiente de las bajas tasas de natalidad con las que cuentan.

Acercándonos al tema tratado en este apartado, esto es, la relación de la identidad nacional con la cohesión social, Fukuyama (2021, p. 23) dice que el “sentido inclusivo de identidad nacional sigue siendo fundamental para mantener un orden político moderno exitoso por diversas razones”, las cuales se exponen a continuación:

1. Seguridad física.
2. Calidad del gobierno.
3. Facilitar el desarrollo económico.
4. Promover un amplio radio de confianza.
5. Mantener sólidas redes de seguridad social que mitiguen la desigualdad económica.
6. Posibilitar la democracia liberal.

Son principalmente los puntos cuatro y cinco los que nos llevan al tema central de este apartado. Como se ha visto hasta ahora, la confianza “actúa como un catalizador que facilita tanto el intercambio económico como la participación política” y se basa en lo que se ha denominado capital social, tratado con mayor profundidad en el apartado de cohesión social, y que, en simple, se refiere a la “capacidad de cooperar con otras personas basándose en normas informales y valores compartidos” (Fukuyama, 2021, p. 24).

De esta manera, se establece un primer vínculo específico entre identidad nacional y cohesión social, el cual toma forma a través del concepto de confianza. Esto porque, tal como plantea Fukuyama (basado en Putnam 2000), "las sociedades prosperan gracias a la confianza, pero necesitan el radio de confianza más amplio posible, facilitado por un sentido general de identidad compartida, para prosperar" (Fukuyama, 2021, p. 25).

En la misma línea, "si quienes integran una sociedad se sienten miembros de una familia extensa y tienen altos niveles de confianza mutua, es mucho más probable que apoyen programas sociales que ayuden a sus congéneres más vulnerables". Ejemplo de esto son "los sólidos estados de bienestar de Escandinavia" que "se sustentan en un sentido de identidad nacional igualmente fuerte", mientras que, por el contrario, "en sociedades divididas en grupos sociales egocéntricos, cuyos respectivos miembros sienten que tienen poco en común, los ciudadanos son más propensos a considerarse competidores en una competencia de suma cero por los recursos" (Calhoun 2007 citado en Fukuyama 2021, p. 25).

Es por esta idea de que existen diferencias en la construcción de identidades en las diversas sociedades, que se plantea que el tipo de identidad nacional que se promueva dentro de una comunidad influye directamente en la confianza, en la cooperación y en la estabilidad social y política de un país, que, tal como se vio en la definición de cohesión social, son elementos constitutivos de la definición de esta última. Dicho en otras palabras, estos fenómenos impactan el nivel de cohesión que una sociedad puede llegar a alcanzar.

Sin embargo, probablemente "la apelación al sesgo de endogrupo ha sido el argumento más influyente a favor de la importancia de la identidad nacional para la cohesión social", teoría la cual plantea que la "identificación con el endogrupo predispone al favoritismo endogrupal y al prejuicio hacia el exogrupo. Dado que parte

de nuestra autoimagen se deriva de la identificación con nuestro endogrupo, para que dicha imagen sea positiva, necesitamos valorar positivamente al grupo. Esto, a su vez, afecta las actitudes hacia el endogrupo, como la confianza, el comportamiento de ayuda, la disposición a proporcionar beneficios, etc." (Vaughan, Tajfel y Williams, 1981; Voci, 2006 citados en Holtug y Uslaner, 2021, p. 8).

Así, el grado de inclusión que proporciona la identidad nacional vendría a ser un factor clave de su relación con la cohesión. No obstante, cabe tener presente que la primera también "puede movilizarse no solo para unir, sino también para excluir y discriminar a quienes no se ajustan a su (potencialmente limitado) ámbito" (Holtug y Uslaner, 2021, p. 11).

En relación a esto último, en algunos contextos su fortalecimiento ha servido para generar unidad en tiempos de crisis, pero también ha sido instrumentalizado para justificar políticas discriminatorias, ya que, "en última instancia, la identidad nacional puede invocarse en defensa de la violencia, el genocidio y la limpieza étnica, y, por supuesto, se ha invocado de esta manera históricamente" (Holtug y Uslaner, 2021, p. 11).

En este punto se retomará a Ernest Gellner (1983) para hacer un vínculo necesario con el nacionalismo. Para este autor, dicho fenómeno "es un efecto de la sociedad industrial" (Gellner, 1983, p. 40), la que se caracteriza por condiciones sociales generales que "propician culturas elevadas estandarizadas, homogéneas y sostenidas centralmente, que impregnan poblaciones enteras y no solo minorías de élite", gracias a lo cual "surge una situación en la que culturas bien definidas, sancionadas educativamente y unificadas constituyen casi el único tipo de unidad con la que los hombres se identifican voluntaria y a menudo ardientemente" (Gellner, 1983, p. 55).

Bajo estas condiciones, "los hombres desean unirse políticamente con todos aquellos, y solo aquellos, que comparten su cultura. Las enti-



dades políticas desean entonces extender sus fronteras hasta los límites de sus culturas, y proteger e imponer su cultura dentro de los límites de su poder. La fusión de voluntad, cultura y sistema político se convierte en la norma, una norma que no se desafía fácil ni frecuentemente" (Gellner, 1983, p. 55). De esta manera, los ciudadanos solo pueden respirar conceptualmente y operar dentro de ese medio, que es coextensivo con el territorio del Estado y su aparato educativo y cultural, y que necesita ser protegido, sostenido y valorado (Gellner, 1983, p. 64).

De lo recién reseñado se extrae que el nacionalismo busca tener bajo sí el dominio de una homogeneidad cultural que facilite la cohesión social, proceso el cual puede marginar grupos que no se ajustan a la cultura dominante. En

palabras del autor: "una unidad política territorial solo puede llegar a ser étnicamente homogénea si elimina, expulsa o asimila a todos los no nacionales. Su renuencia a sufrir tales destinos puede dificultar la aplicación pacífica del principio nacionalista" (Gellner, 1983, p. 2).

A partir de los autores revistados, se puede definir que la cohesión social se ve influenciada por la identidad nacional, la cual puede fortalecer la unidad social si se construye sobre principios cívicos e inclusivos, o generar fragmentación si se fundamenta en criterios excluyentes como la etnicidad o la homogeneidad cultural. La cohesión social, por lo tanto, depende de cómo se definan los criterios de pertenencia y de las políticas que promuevan (o no) la integración y el reconocimiento de la diversidad.



## VERSIONES DE LA IDENTIDAD NACIONAL EN CHILE

A partir del proceso independentista, los países que de ahí surgieron perdieron la identificación con España, lo cual derivó, inevitablemente, en intentos por descifrar o crear una nueva identidad, y Chile no fue la excepción. Al igual que en otras nuevas repúblicas, la élite chilena oscilaba entre un latinoamericanismo basado en la comunión entre lengua, religión y un origen compartido (la Corona Española y su herencia), y una mirada más restringida, que abarcaba los límites de la Capitanía General, incorporando a los mapuches como pueblo, mas no sus territorios, en la nación que estaba emergiendo.

En efecto, la ruptura con España tomó varios años y obligó a pensar en los elementos que constituirían la “comunidad imaginada”, en términos de Anderson (1983), donde el primer elemento constitutivo de la identidad fue la mirada positiva respecto del espíritu libre e indomable del mapuche o araucano, reflejado en la

bandera y escudo nacional de la “Patria Vieja”, la posterior bandera tricolor con la estrella de ocho puntas y su modificación, así como en el nombre del primer periódico del país, *La Araucana* (Soublette, 1984).

A partir de ahí, comienza un proceso de búsqueda de una identidad que diferenciara al país del resto de América Latina, el cual comenzó a tener un cuerpo teórico e interpretaciones más elaboradas en los albores del siglo XX, particularmente con la llamada “Crisis del Centenario” y sus efectos sociales y políticos.

Las versiones de la identidad nacional que se presentan y desarrollan a continuación son las más identificables, conforme a la investigación de Jorge Larraín (2001). Al finalizar esta sección, se abordarán algunos de los efectos de la profundización de la globalización en la identidad chilena y cómo ha impactado en ella.

## VERSIÓN MILITAR-RACIAL

Esta versión de la identidad chilena recoge dos elementos para sostenerla. El primero de ellos es la relevancia de las guerras del siglo XIX y el rol del Ejército. El segundo es la generación de una raza única y especial, cuyo origen es la fusión de dos pueblos guerreros, a saber: el godo venido desde el norte de la península Ibérica, con el mapuche. En este sentido, la identidad chilena se habría formado particularmente en el transcurso del siglo XIX.

Respecto del primer aspecto, alcanza su mayor grado de coherencia en el ensayo de Mario Góngora sobre la noción de Estado en Chile (1986), en el cual plantea que es el Estado el que ha moldeado la idea de una nación chilena propiamente tal a partir de los conflictos armados externos e internos sostenidos por el país en el en el siglo XIX, cuyas victorias y conquistas territoriales derivadas de ellas permitieron generar una conciencia nacional, y figuras políticas y militares moldearon la imaginación colectiva y la idea de una comunión de intereses<sup>5</sup>.

En este contexto, las guerras habrían servido para construir una idea de nación distinta a la mirada de unidad latinoamericana que inmediatamente después de la independencia comenzó a ser considerada como la deriva

natural de los pueblos recientemente independizados, la cual fue decreciendo en la medida que Chile avanzaba en su camino como Estado independiente<sup>6</sup>.

Si bien la construcción de una idea de nación a partir del Estado o desde arriba no es una singularidad chilena<sup>7</sup>, lo relevante para esta versión es el conflicto armado como catalizador de la identidad nacional, en particular la Guerra del Pacífico, puesto que en los conflictos armados anteriores (Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, principalmente) las élites tuvieron una mayor participación y los motivos de su ocurrencia solo fueron advertidos por Diego Portales<sup>8</sup>.

Una de las características principales de la Guerra del Pacífico fue la movilización nacional para alcanzar la victoria. Desde Antofagasta hasta Punta Arenas hubo un fervor patriótico que fue parte del discurso político, las homi-

5 Las guerras a las que se hace referencia son las conocidas comúnmente por la historiografía chilena como "Guerra de la Independencia" (1810-1826), "Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana" (1836-1839), la "Guerra Naval contra España" (1864-1866) la "Guerra del Pacífico" (1879-1883) y la "Pacificación de la Araucanía". En cada uno de esos conflictos, personas o grupo de personas que combatieron en ellos trascendieron por el heroísmo de sus acciones y la relevancia de sus actos. Por mencionar algunos, y cuyo orden de mención es cronológico, el Gral. Manuel Bulnes, la Sargento Candelaria, el "Roto Chileno", Arturo Prat, Gral. Baquedano, los "Héroes de La Concepción", entre otros.

6 El primero de los latinoamericanistas fue Bernardo O'Higgins, cuyo planteamiento era imitar la organización de Estados Federados de Estados Unidos. En una línea similar estaban Manuel de Salas, Ramón Freire, Joaquín Mosquera y Juan Egaña. Para 1856, Francisco Bilbao propugnó la unidad de los pueblos latinoamericanos, pero no era la posición mayoritaria.

7 Carlos Escudé (1992) realiza una muy buena investigación respecto del cómo el Estado argentino construyó su identidad nacional desde la educación y a través de la utilización de mitos.

8 En este punto, Góngora transcribe casi íntegramente la carta que Portales envió a Blanco Encalada, el 10 de septiembre de 1836, cuando fue designado comandante de las fuerzas militares que fueron a combatir al Mariscal Santa Cruz. Encina (1954) señala que esa guerra solo fue popular a partir de la victoria en Yungay, la cual generó, en el imaginario colectivo, la imagen del "roto chileno", el humilde y abnegado miembro del pueblo que defendió a su patria, y el Día del Roto Chileno se conmemora en la fecha de la victoria de las tropas chilenas, el 20 de enero.



lías en las Iglesias, las editoriales de la prensa, escuelas y, siguiendo a Mc Evoy (2011), en esa oportunidad y a través de esa guerra, Chile estaba cumpliendo un rol civilizatorio, sacando a Perú y Bolivia de la barbarie en la que estaban inmersos.

La relevancia de este elemento es fundamental para esta versión, puesto que la Guerra del Pacífico implicó la victoria de un pueblo y una raza superior, representante de las civilizaciones más avanzadas, como la europea, frente a una decadente como la peruana y bárbara como la boliviana (Mc Evoy, 2011). Dos episodios ocurridos en el transcurso de la guerra son fundamentales para el desarrollo del conflicto y la construcción y consolidación de la idea de un Estado guerrero. Ambos son derrotas para las fuerzas chilenas, pero acontecidas en una situación de inferioridad numérica y material y, por ende, de una heroicidad superior, a saber: el “Combate Naval de Iquique” y la “Batalla de La Concepción”, los cuales, a pesar de la derrota, retratan a las fuerzas chilenas como ejemplo de civilidad, arrojo, amor a la patria, sentido del deber y ejemplo para las generaciones futuras (Sater, 2009).

Pero Chile no solo había derrotado a Perú y Bolivia, sino que además incorporó territorios ricos en recursos minerales y ocupó la capital peruana por tres años. Esta situación marcó definitivamente la idea de una nación especial vinculada a una frontera en movimiento, cuya expansión estaba en directa relación a su fuerza y voluntad, así como alimentó la percepción de lo ineludible de la decadencia peruana, toda vez que tuvo un imperio Inca, un virrei-

nato y luego un Estado con enormes riquezas naturales<sup>9</sup>.

La consolidación de las fronteras nacionales duró casi un siglo. Las conquistas territoriales a expensas de los vecinos, así como la ocupación de los territorios mapuche fueron protagonizadas principalmente por el Ejército, institución que, para esta versión, es crucial, ya que la supervivencia de Chile como Estado independiente se debió a sus éxitos en el campo de batalla, pero también gracias a su intervención en los momentos de crisis políticas y sociales.

En esta línea, dada la relevancia del Ejército para la República, sus orígenes debían ser dilucidados y estudiados. En efecto, en dicha institución comenzó el estudio sistemático para determinar los orígenes más remotos, los cuales pueden ser rastreados hasta la fecha de la formación, por Real Cédula de 1603, del Ejército del Reino de Chile, el cual se hizo necesario después del “Desastre de Curalaba”, de 1598 (Ejército de Chile, 2025). De ahí en más, las fuerzas militares españolas con las mapuche iniciaron un proceso de lenta pero persistente fusión desde el punto de vista del espíritu de lucha, resistencia en el combate, rebeldía, entre otros, la cual, para el momento de la independencia, había llegado a un nivel de madurez suficiente para constituirse en la fuerza armada que sostendría la soberanía del país, lo consolidaría como nación, y posteriormente engrandecería gracias a las conquistas

9 Rodríguez Elizondo (2004), ahonda respecto de quien, para los peruanos, sería el responsable de su situación. Ésta recae sobre Diego Portales. “En el nuevo contexto, Portales sería el ícono nefasto, no en cuanto inspirador de la guerra contra la Confederación, sino por su tesis sobre la necesaria dominación chilena en el Océano Pacífico. Tras un intervalo de cuatro décadas, reaparecía como responsable simbólico del aplastamiento del incario, del fin del primer virreinato y de la humillación de la república con más solera de América del Sur.” (p. 24).

territoriales a expensas de Perú, Bolivia y los mapuche.

En este contexto de continuidad histórica, el Ejército ha bautizado algunas de sus unidades más importantes con nombres de guerreros mapuche, como la Brigada de Operaciones Especiales Lautaro. En la Comandancia en Jefe del Ejército, existe el cuadro de Pedro Subercaseaux “El Joven Lautaro”, el que siempre ha ocupado un lugar destacado dentro del patrimonio cultural e histórico del Ejército de Chile. En algunos periodos de mando —dicho cuadro— ha estado a las espaldas del escritorio de quien ha ejercido como Comandante en Jefe del Ejército, junto a otras figuras de personajes relevantes del mundo araucano. Por ello, no es de extrañar que el cuadro de Pedro Subercaseaux “El Joven Lautaro”, en el cual sostiene la icónica bandera con la estrella de ocho puntas, se mantenga en dicho lugar de privilegio, vinculando al Ejército con su figura.<sup>10</sup>

Es que, para esta versión, el Ejército no solo tiene un origen remoto y una importancia fundamental para la institucionalidad del país, sino que además era depositario de la identidad nacional, sus costumbres y su permanencia como grupo político y social. Por ello el rol en la Constitución de 1980 como garante de la institucionalidad y custodio de los valores nacionales (Constitución política de la República, 1980; Declaración de Principios del Gobierno de Chile, 1974).

El otro elemento de esta versión, la raza, ha sido abordado por otros investigadores para analizar las situaciones en sus propios países. Uno de ellos es Reginald Horsman (1985), quien analizó cómo el factor racial fue fundamental para la consolidación de la idea estadounidense del “Destino Manifiesto”, la percepción de pueblo elegido o, en palabras de Madeleine Albright, una “nación indispensable”.

Con una incidencia mucho menor a nivel mundial, pero con una profundidad teórica similar, una parte de la sociedad chilena, particularmente en la elite, fue configurando, en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX, la idea de que el país era la cuna de una raza especial, cuyo origen era, como se adelantó, la amalgama entre el español de origen godo y el mapuche.

La relevancia de esa distinción radica en que el español del norte de la Península es descendiente de germanos, en particular del pueblo visigodo, a quienes se les atribuye una serie de características, entre ellas la valentía, sobriedad, disciplina, honestidad, espíritu guerrero, una organización patriarcal, entre otras, las cuales coincidirían con la mapuche.

En esta versión, la fusión de las razas se produjo en el contexto del conflicto intermitente que por algo más de tres siglos sostuvieron mapuche y españoles en los territorios del sur, y el resultado es la generación de seres humanos que condensaban, en ellos, un conjunto de atributos y características de sus antepasados, particularmente unas cualidades únicas para la

10 La disciplina que analiza los efectos y características de las Fuerzas Armadas en la sociedad es una rama de la sociología llamada “sociología militar”, y una de sus áreas de estudio son las relaciones civiles-militares. En Chile, una de las principales obras en esa materia es “Sociología Militar” de Omar Gutiérrez Valdebenito. Otra es la tesis para optar al grado de Doctor realizada por el Gral. José Miguel Piuzzi en la Universidad de Salamanca, titulada “Los Militares en la Sociedad Chilena 1891-1970. Relaciones civiles-militares e integración social”.

guerra, cuya manifestación principal era la figura del “Roto Chileno”<sup>11</sup> (Palacios, 1904).

El principal exponente del elemento racial en esta versión de la identidad nacional es el médico Nicolás Palacios, oriundo de Santa Cruz, en el corazón del centro de Chile, y que en 1904 escribió “Raza Chilena”, un libro que sirvió de cabecera para las organizaciones nacionalistas.

De acuerdo con las investigaciones de Jorge Larraín (2001), la versión militar-racial de la identidad chilena tiene un arraigo profundo, siendo esta la versión dominante en los principales textos escolares. Los principales hitos para definir la identidad chilena son la Guerra de Arauco, la Guerra contra la Confederación y la Guerra del Pacífico.

En cierta forma Charles Tilly, en su libro “La guerra forma los Estados y los Estados hacen la guerra” (Tilly, 1992), transmite parte de esta idea fundamental para explicar la formación del Estado, en especial la cohesión que se logra en momentos críticos como una guerra, lo que es posible aplicar al caso local en la fase inicial de la formación de su identidad nacional.

Finalmente, esta versión entronca con las diversas miradas del nacionalismo chileno, las cuales, en su mayoría, comenzaron a observar críticamente la adopción del libre mercado como modelo económico en el transcurso del Gobierno Militar<sup>12</sup>.

11 La historiadora peruana, Carmen Mc Evoy, en su libro “Guerreros Civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico”, investiga la mirada que la elite chilena tenía respecto de los mapuche y pueblos vecinos, particularmente peruanos y bolivianos, a los cuales despreciaba profundamente. Mc Evoy plantea que la “Pacificación de la Araucanía” fue el equivalente chileno a la “Conquista del Oeste” realizada por los estadounidenses de la costa este en el siglo XIX.

12 Acuña, Rodríguez y Willoughby (1983), tuvieron una postura crítica con el Régimen Militar, aunque constructiva, dejando en claro sus reparos al momento de la adopción de un modelo que no se avenía tanto con el pensamiento nacionalista.



## VERSIÓN HISPANISTA / TRADICIONALISTA

Para quienes sostienen esta versión de la identidad, Chile no nace en 1810. Tampoco en 1826, año de la expulsión de los realistas de Chiloé. El país habría nacido con la instauración, en estas tierras, de la institucionalidad española de la mano de Pedro de Valdivia, fundador de la ciudad de Santiago y responsable de poner a este territorio bajo la corona de Castilla, pasando a formar parte integral de ella, mas no una colonia.

La metrópoli no solo incorporó estos nuevos territorios bajo su dominio en términos materiales, sino que también espirituales, al replicar la estructura política y orden social a ella, el cual se formó en la España medieval de la mano del rey visigodo Recaredo, quien renunció al arrianismo para convertirse al catolicismo en el año 589, momento en que emerge la figura de San Isidoro de Sevilla.

En "Ideario y Ruta de la Emancipación Chilena", Jaime Eyzaguirre (1976, pp. 15 y 16), uno de los principales exponentes de esta versión de la identidad junto a Osvaldo Lira, explica que es San Isidoro quien establece que el orden político se compone de dos elementos, a saber, el rey y el pueblo. El primero recibe su poder desde Dios, constituyendo, en este punto, el derecho divino. Sin embargo, el pueblo no es una masa inorgánica, sino que es "una multitud humana asociada por consentimiento de derecho y por común acuerdo". Es decir, en el orden político confluyen el derecho divino y el derecho humano. Sobre ellos descansa la estructura del Estado y el orden moral que debe imperar en la sociedad.

De la confluencia de estos dos elementos se desprende el célebre aforismo *rex eris si recte facias; si non facias, non eris* (Rey serás si obras bien, si no no lo serás), significando con ello que los pilares de las sociedades latinoamericanas eran Dios, el rey y el pueblo, don-

de si bien el poder del rey procede de Dios, la responsabilidad de éste debe estar orientada al bienestar del pueblo, ya que la vida de él está orientada y guiada por Dios (Larraín, 2001).

A partir de esa sentencia se desprende una mirada de la dignidad humana que regula las relaciones entre la monarquía y sus representantes, con los súbditos. En efecto, dicho aforismo implica que el rey debe actuar bien y a favor del pueblo y éste lo respetará, porque el poder del monarca proviene de Dios. Sin embargo, en caso de que el rey actúe como un tirano o bien el pueblo considere que es ilegítimo, tendrá derecho a rebelarse (Eyzaguirre, 1976).

Con este contexto, Eyzaguirre sitúa a Hispanoamérica como una entidad social, política y espiritual continua, donde el proceso de independencia no implica romper con su identidad española, solo la transformó. Sin embargo, el problema latinoamericano radica en el olvido de sus raíces, en su desapego de la tradición católica, la mirada permanente a tradiciones que no son las propias, como el modelo federalista estadounidense. "¿Cómo se puede decir algo verdadero, algo original, algo auténtico, si se es infiel a las propias esencias?" se preguntaba Eyzaguirre (1976), achacando al desprecio por sus tradiciones la decadencia hispanoamericana, a la adopción, acrítica, de una cultura que no es la propia.



## VERSIÓN PSICOSOCIAL

Al respecto, Larraín (2001, p. 35) realiza una advertencia: “En particular, hay que evitar trasponer los elementos psicológicos de las identidades personales a las identidades culturales. Mientras es posible y legítimo hablar de una identidad personal en términos del carácter o la estructura psíquica de un individuo, no es adecuado hablar de una identidad colectiva en términos de un “carácter étnico” o de una “estructura psíquica colectiva”.

En efecto, adscribir o asociar rasgos psicológicos individuales a un colectivo es un error, porque se tiende a realizar generalizaciones incorrectas cuyo efecto es categorizar a un grupo humano con características que son intrínsecas a un individuo, verbigracia, cobardía, valentía, sobriedad, egoísmo, flojera, entre otros. Se desprende de su visión que una persona puede ser valiente o cobarde en cualquier punto geográfico e independiente de su entorno cultural, porque justamente esas son características individuales. Justamente, ahí radica la limitación de esta versión.

En el año en que escribió Hernán Godoy (1976), había una discusión entre las distintas disciplinas de las ciencias sociales que analizan la identidad nacional (antropólogos, psicólogos sociales, sociólogos y cientistas políticos), respecto de las metodologías, área de estudio, énfasis o herramientas de investigación, por lo cual conoce y asume las limitaciones de un estudio como el que emprende. En su trabajo, Godoy (1976, p. 21) circunscribe la definición de carácter nacional, por una parte, “como el conjunto de actitudes, creencias y valores congruentes con las instituciones básicas y sostenidos en común por los miembros de una sociedad o por una amplia parte de ellos. Por otra parte, los estudios sobre el carácter nacional analizan la configuración de la cultura de una nación; su manifestación en la historia, tradi-

ciones y costumbres; su expresión en forma de códigos, mitos, modelos, credos, autoimagen, conciencia nacional, estilos políticos e instituciones; las formas y concepciones generalizadas expresadas por la literatura, el arte, el pensamiento y la política”.

La importancia de la distinción anterior radica en que se debe contextualizar las conclusiones a las que llegan los estudios sobre el carácter nacional, al menos en Godoy, que es el principal expositor de éste por la profundidad de su trabajo y la difusión alcanzada. Su metodología fue analizar los testimonios acerca de Chile y sus habitantes, para elaborar un “estudio preliminar sobre el carácter nacional” (Godoy, 1976, p. 24), encontrando algunas constantes en el tiempo, permitiendo, de esa forma, arribar a algunas conclusiones respecto del carácter chileno.

Godoy (1976, pp. 439 a 443) identifica siete conjuntos de rasgos positivos atribuidos al carácter chileno, los cuales se pueden resumir a continuación:

1. La “voluntad para enfrentar los desafíos, la serenidad ante la adversidad y al hábito del esfuerzo y del trabajo para sobrevivir y progresar”.
2. “La mesura y la sobriedad, la seriedad y la prudencia, la falta de énfasis y de solemnidad, la inclinación al orden y la disciplina”.
3. Su “agudo sentido del humor y una gran sensibilidad al ridículo”.
4. “El sentimiento de patriotismo, de amor por la tierra y la conciencia”.
5. Los chilenos se caracterizan por su hospitalidad y buena recepción de los extranjeros en el país. “El afecto y la hospitalidad que los chilenos brindan al extranjero es otro de los rasgos en que coinciden prácticamente

todos los viajeros. Se trata de una característica nacional que abarca a todas las clases sociales”.

6. También se caracteriza por su “apertura hacia el mundo, que se traduce en un afán viajero, el anhelo de estar al día en los progresos sociales o culturales de los países más adelantados, cuyos avances intenta asimilar con rapidez”.
7. “El espíritu crítico, que lo lleva a descubrir lo negativo antes que lo positivo”.

Respecto de los aspectos más negativos del chileno, Godoy identifica a los autores que realizan críticas al carácter chileno, las cuales se pueden resumir en inconstancia, crueldad, envidia, superstición, imprevisión, apequeñamiento, pesimismo, alcoholismo, abulia, falta de energía y personalidad, entre otras caracterizaciones, como brutanteque y burócrata gris<sup>13</sup>.

La totalidad de los rasgos del carácter chileno serían relativamente permanentes, de acuerdo con la investigación de Godoy, por lo que ellos reflejan una forma de ser del chileno, lo cual le otorga una constancia en su forma de ser, aunque ninguna se manifiesta con una intensidad regular en el tiempo, sino que algunas se exteriorizan más que otras conforme la sociedad se vea afectada por cambios o convulsiones sociales.

Por ese motivo los rasgos del carácter chileno identificados no se visibilizan con igual fuerza, sino que dependen de lo que podríamos identificar como medioambiente, el cual posee períodos de cambios de mayor o menor extensión, y se encuentran relacionados con crisis sociales que repercuten en los diferentes ámbitos de desarrollo social y político.

13 Los autores que han caracterizado el carácter chileno negativamente y son citados por Hernán Godoy, son Victorino Lastarria, Alberto Cabero, Edwards Bello, Benjamín Subercaseaux y Galvarino Guzmán.





## VERSIÓN DE LA CULTURA POPULAR

Gabriel Salazar es el autor que más ha desarrollado esta versión de la identidad chilena, al afirmar que son los sectores populares o el pueblo el verdadero depositario de ella y no así la élite, ya que ésta se encontraría más interesada en identificarse con culturas consideradas como más avanzadas o elevadas, por una parte, y por otra, también ha sido la creadora, desde el Estado, de la historia oficial y la noción de nación<sup>14</sup>.

Esta identificación de las élites con Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos provocó que “las familias viajaran en larguísimas peregrinaciones a la fuente de su identidad. Compran residencias y departamentos y se trasladan a vivir años y muchos se quedan allá. Esto significó durante el primer centenario de Chile desconocer la realidad y la identidad chilena” (Salazar, 2009). Una vez entrado en el siglo XX, las familias acomodadas ya no viajaban largas temporadas a Europa o Estados Unidos, aunque seguían identificando sus orígenes con lo foráneo, quedarse en el país les permitió conocer la realidad chilena, aunque el desprecio al mestizo y las mujeres populares se mantuvo porque comenzó a ser asociado al mapuche, visto éstos como enemigos internos (Salazar, 2009).

Para Salazar, esta asociación de las élites con Europa y Estados Unidos los convierte en un grupo social imitativo, carente de contenido y por ello incapaz de crear una cultura original, propia. Es por ello por lo que Salazar (2006, p. 147) se pregunta “¿qué ocurre si se escudriña detrás de lo que ha sido y es la auténtica

cultura nacional? ¿La cultura específicamente chilena? Lo que se descubre allí detrás no son, por lo común, presidentes, generales, ministros y grandes empresarios (que tradicionalmente han imitado la cultura colonizadora del capitalismo occidental), sino una abigarrada galería de rotos, peones, pirquineros, cateadores, poetas y cantoras populares, chinganeras, vivanderas, fondistas, inquilinos, placilleros, labradores, chinchorreros, veginos, obreros, vagabundos, etc. que crearon la cultura chilena mientras trataban de humanizarse a sí mismos, al margen, en contra y a pesar del sistema central de dominación que existía y existe aún en Chile”. Para Salazar, solo una fuerza original y creativa puede ser capaz de construir la identidad de una nación, y esa fuerza proviene del mestizo.

Esta realidad es poco conocida porque la historiografía obliga a adoptar un método científico que conduce a la búsqueda de fuentes objetivas y confiables, la cual, en su mayoría, queda registrada en documentos oficiales, partidas de nacimientos, defunciones, narraciones de hechos relevantes, relatos en primera persona y un cúmulo de documentos almacenados y catalogados en el Archivo Nacional. Por ese motivo, “la Historia de Chile efectivamente investigada y contada, ha estado acosada —como se dijo más arriba— por la “objetividad” y la “oficialidad”, y por eso no ha actuado como factor de futuro para el pueblo-ciudadano chileno. Aún hoy, se sigue escribiendo Historia popular narrando la historia objetiva del Estado, de los gobiernos, de las elecciones y los partidos políticos. O sea: cuando el pueblo es, siempre, espectador, satélite, o víctima” (Neves, Lermenda e Ibarra, 2023, p. 9).

Para conocer la historia real, la identidad nacional, es preciso, entonces, conocer la historia de pueblo, de hombres y mujeres mestizos,

14 Para Salazar, “Chile, como nación, fue construido desde Santiago, por Santiago y para Santiago. Y Santiago fue dominado, desde la derrota hispánica de Curalaba, por la élite mercantil que comerciaba con el Virreinato Peruano” (Neves, Lermenda e Ibarra, 2023, p. 7).

de los niños huachos, todos olvidados de la historia "oficial" y por ende la mayoría de las veces no escrita, "porque el pueblo-ciudadano no vive ni hace historia en el concepto abstracto de <<Nación>>, ni en el no menos abstracto de <<Estado Nacional>>, sino donde está junto consigo mismo, con sus niños, con sus vecinos, sus profesores, sus almaceneros y bolicheros. Es decir: donde constituye comunidad" (Neves, Lermenda e Ibarra, 2023, p. 9).

## VERSIÓN EMPRESARIAL POSTMODERNA

Esta versión de la identidad nacional comenzó a construirse con el regreso de Chile a la comunidad internacional luego del término del Gobierno Militar y la llegada al poder de Patricio Aylwin después de las elecciones populares que sellaron su triunfo. La nueva administración inició un proceso de reinserción de Chile en el plano internacional de la mano de la defensa de los derechos humanos, la democracia y la apertura comercial del país a través de distintos instrumentos que tuvieron como finalidad profundizar el intercambio comercial de Chile con el mundo.

Para generar buenos acuerdos y negocios, se debía transmitir una imagen de país serio, profesional y con capital humano cualificado. La oportunidad para presentarse al mundo como un lugar estable para invertir y hacer negocios fue la Expo Sevilla 92, en un momento en que el proceso de transición se encontraba en su inicio, las violaciones a los Derechos Humanos se encontraban cercanas y había que definir el enfoque de exposición del país. Finalmente, la idea que se impuso fue que el diseño y contenido del pabellón chileno buscara resaltar que “la imagen de Chile que se quiere presentar es la de un país moderno, confiable” (Gómez, 2022).

Guillermo Tejeda, uno de los miembros del Comisión Expo Sevilla 92, señaló que “Queríamos mostrar un país nuevo. Si hay algo que yo no quería eran ponchos, no iba a entrar ningún poncho al pabellón. Yo quería hacer una gran instalación artística que recuperara el nombre de Chile, que estaba por el suelo después de la dictadura” (Gómez, 2022).

Entre las ideas que se concretaron para la exposición, fue llevar un iceberg desde la Antártica, “la imagen del iceberg, le decía Léniz a Aylwin, le permitirá al país diferenciarse del exotismo

latinoamericano, haciéndolo aparecer como lo más europeo posible” (Gómez, 2022).

Dicha instancia resultó ser un éxito, marcando el inicio de una serie de firmas de acuerdos comerciales de diferente índole con diferentes economías. Para el año 1995, Chile estaba intentando ser parte integrante del Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Los buenos resultados económicos obtenidos en los años 90, la apertura de Chile al mundo, la estabilidad política, el éxito empresarial y el surgimiento de la idea de que en el Nuevo Chile podía existir el sueño americano criollo, de esfuerzo y éxito siendo independiente, fue caracterizado en el comercial de CTC Startel de “Faúndez”, convirtiéndose en arquetipo del ciudadano-emprendedor.

Estabilidad política gracias a un proceso de transición sin mayores sobresaltos, junto a una economía pujante, comenzó a generar una mentalidad de exitismo que llevó a distintos actores sociales a identificarse, nuevamente, con Estados extraregionales, acuñando la frase: “Chile, jaguar de Latinoamérica”, con la finalidad de comparar los indicadores del éxito a los conocidos como “Tigres Asiáticos” (Hong-Kong, Taiwán, Singapur y Corea del Sur), ya que ningún otro país de América Latina había alcanzado tan buenos resultados ni tenía tanta estabilidad política y social como Chile (Contreras, Moscoso y Paredes, 2009).

Una mirada crítica a los esfuerzos por convertir a Chile en un ejemplo de éxito y modernización provino de Bernardo Subercaseaux, para quien generar una cultura nacional a partir de modelos foráneos ha producido una permanente falta de “espesor cultural” (Pinedo, 1997). Para Subercaseaux, la principal falencia es que el éxito económico no se traducía en cultura. Sin ella, no se puede alcanzar la modernidad.



Otra arista de la crítica de Subercaseaux se relaciona con el olvido producto de los pactos de la transición, así como una mala práctica del proyecto modernizador. Respecto del primer caso, la Expo Sevilla 92 es el punto de partida del olvido. Augusto Aninat, uno de los miembros de la Comisión organizadora del pabellón de Chile, señaló que “Uno va a las ferias a llamar la atención, no a llorar a sus muertos o a mostrar sus aspectos negativos. Había gente enojada siempre. A mí esa parte me da mucha lata —dice ahora Tejeda—. Decían que esto era un lavado de imagen y no, era un cambio de imagen. O sea, mi mamá fue torturada en Tres Álamos y en Cuatro Álamos, yo tengo una posición muy dura frente a ese tema. Pero me parecía que no era la instancia. No queríamos mostrar un país de víctimas. El pabellón tenía la idea de vitalizar el nombre de Chile” (Gómez, 2022).

Para Subercaseaux, “hacer del país una nación moderna, tal parece ser la máxima utopía de los chilenos en las últimas décadas. Es el fin que justifica cualquier medio. En aras de esa meta la mayoría parece dispuesta a aceptarlo todo: desde la violación a los derechos humanos y la

dictadura en la década de los setenta, pasando por un Santiago contaminado que crece como una mancha informe y viscosa en la década de los ochenta, hasta la política algo insulsa y el olvido del pasado en la década de los noventa. ¡Qué importa...si al fin vamos a llegar a ser un país moderno!” (Pinedo, 1997, p. 30).

La investigación de Contreras, Moscoso y Paredes (2009) permite observar la forma en la cual no solo desde el Ejecutivo se propició el discurso del “Chile modelo”, sino que esto también fue realizado desde la prensa, presentando o poniendo el énfasis en los logros económicos y firmas de acuerdos de libre comercio.

De las versiones de la identidad nacional, Jorge Larraín indica que ésta posee los contornos “más difusos que otras versiones, pero sus proyecciones son profundas (...) ya que se trata de una visión que es capaz de articular una filosofía de apoyo como el postmodernismo, reinterpretado de manera que convenientemente apoye las modernizaciones y la apertura al mercado mundial. Es una visión que intenta seducir también a las masas mediante el acceso al consumo y la promesa del fin de la pobreza” (Larraín, 2001, p. 172).

## BUSCANDO LA IDENTIDAD

Cuando Ricardo Lagos asumió la presidencia, Chile ya había logrado la reinserción internacional de la mano de una apertura comercial exitosa, niveles adecuados de estabilidad política e intentando salir de la crisis económica. Sin embargo, Pinochet seguía detenido en Londres, y esa situación hizo que el país hiciera esfuerzos por cerrar la transición, judicializando las causas de violaciones a los Derechos Humanos y creando la Comisión Valech que concluyó en un extenso informe y abrió la puerta para la entrega de compensaciones monetarias a cerca de 30.000 víctimas.

Junto con intentar cerrar la transición, el gobierno de Ricardo Lagos hizo esfuerzos por hacer de Chile un país desarrollado de la mano del crecimiento económico, la inversión en infraestructuras, préstamos universitarios para extender la cobertura, universalización de la atención en salud para un listado de patologías médicas llamado Plan AUGE y una importante modificación de la Constitución Política. Su mayor problema, fueron los casos de corrupción que ensombrecieron su administración.

El buen desempeño económico, junto con la estabilidad política y social avanzaban en un contexto de una cada vez más acentuada globalización, generando debates en torno a los efectos de ésta sobre la identidad nacional, cómo se define, cómo se construye y su incidencia en la Defensa nacional.

A modo de simplificación del problema, Gabriel Gaspar (2000) argumentó que las definiciones esencialistas de la identidad "afectan el fundamento básico de nuestra soberanía, que radica en toda la comunidad de ciudadanos del país (porque) si el Estado es la Nación jurídicamente organizada, entonces la chilenidad puede definirse perfectamente a través de la aceptación de su institucionalidad. Independiente de si son aymaras, descendientes de inmigrantes

nórdicos o pascuenses, y de cuál sea el credo religioso que profesen, son chilenos los nacidos en Chile, o quienes voluntariamente aceptan nuestra institucionalidad y se incorporan al proceso ininterrumpido de construcción de nuestra Nación, dado que este es un esfuerzo cotidiano, dinámico y multidimensional" (p. 309).

Se observa, entonces, que Gaspar se aleja de las versiones esencialistas de la identidad, ya que ésta se construye en la medida en que los Estados se mantienen como unidades políticas autónomas.

Bernardo Subercaseaux (2000) sugiere que esa mirada de la identidad nacional podría ser la adecuada, toda vez que el espesor cultural chileno es tan deficitario desde el punto de vista étnico, demográfico y cultural, que, si se revisa el "itinerario y modo en que se ha efectuado la construcción de la Identidad Nacional en los siglos XIX y XX, indica que en Chile ella ha sido, en gran medida, un subproducto de la política, de la práctica social" (p. 156). Dado el déficit cultural, una posibilidad es que la construcción de la identidad se haga a partir del esfuerzo por profundizar la identidad democrática, incorporar las diferentes miradas y a partir de ahí dotarse de las "herramientas para administrar de la mejor manera posible el nuevo escenario de la globalización" (Subercaseaux, 2000, p. 166).

Para Correa, las versiones o modelos de la identidad antes revisadas se encuentran en crisis y no son capaces de "conmover a los jóvenes, y pareciera que no logra tener éxito como aglutinador social (...) El reconocimiento de que la identidad nacional no es una esencia, sino una construcción, es un requisito indispensable para comenzar a recrearla (pero) el nuevo discurso sobre nosotros mismos tiene que fundarse en la reflexión respecto de nues-

tra historia y en la observación atenta de las manifestaciones sociales más actuales" (Correa, 2000, p. 154).

El desafío, entonces, sería "articular una multiplicidad de relatos históricos que nos puedan dar sentido como comunidad en el tiempo (...) Para que así podamos construir la patria que se comparte, la nación que se construye políticamente con la participación de todos, en fin, un país de ciudadanos, y no un revoloteo de consumidores que giran cegados pensando a Chile como un producto comercial internacionalizado, globalizado, convertido en sitio web" (Correa, 2009, p. 29).

En este punto resulta conveniente mencionar otro aspecto relevante respecto a la manera en que se expresa la identidad nacional en nuestro país, porque esta no se construye solo desde las grandes ciudades, sino que debe contar o considerar a todas las identidades regionales. Si ésta se construye desde Santiago, para Santiago y por santiaguinos, como indica Salazar (Neves, Lermenda e Ibarra, 2023), se deja de lado la riqueza cultural de las diferentes zonas geográficas del país. Sofía Correa (2009, p. 22) complementa la idea al señalar que la construcción del mito rural, "que postula con mucho éxito al campo del valle central como fuente identitaria: pensemos en la difusión de la cueca, la tonada, el huaso, los sauces y ála-

mos, etc. apelando siempre a un mundo de armonía con la naturaleza y de armonía social, deja fuera al norte árido y al gélido extremo austral, al hombre del mar y de montaña y, por cierto, a los habitantes de la ciudad".

Por último, el éxito económico de fines del siglo XX y la primera década del XXI comenzó a debilitarse luego de la crisis subprime que comenzó en 2008. Posterior a ello comienza el ciclo político Bachelet-Piñera, en medio de una fuerte inmigración, primero de haitianos y luego venezolanos, el surgimiento de la "política de identidades", la impugnación del modelo económico y sus principales símbolos (AFP, Isapres y Créditos con Aval del Estado para obtener un título universitario), que derivó en lo que se llamó "estallido social".

La fórmula para salir de la crisis fue la generación de una Convención Constitucional cuya propuesta fue derrotada en las urnas para luego dar vida a un segundo proceso con un producto que corrió la misma suerte. Ambas se caracterizaron por la tensión entre los particularismos y la construcción de mayorías. Para Larraín, uno de los problemas de la identidad es cuando esas particularidades se vuelven esenciales, "no se puede decir, yo me defino por esta identidad y todo lo demás a la cresta. Ese es el problema cuando tu identidad preferida es excluyente" (Marín, 2023).











## IDENTIDAD NACIONAL Y COHESIÓN SOCIAL EN CHILE

En Chile, la identidad nacional ha sido tradicionalmente influenciada por una visión militar-racial, que resalta la importancia de las guerras del siglo XIX y la fusión de la herencia hispana y mapuche como elementos fundamentales. Esta visión ha sido predominante en la educación y el discurso público, reforzando una narrativa de homogeneidad. Además, la identidad nacional chilena ha sido instrumentalizada en diferentes momentos de la historia para justificar proyectos políticos específicos, lo que ha contribuido a su carácter cambiante y en ocasiones contradictorio.

Sin embargo, en las últimas décadas ha habido un cambio hacia una identidad más pluralista, influenciada por el multiculturalismo y la globalización. Este proceso ha generado tensiones entre sectores que defienden una identidad nacional homogénea y aquellos que promueven una identidad más diversa e incluyente.

Producto de lo anterior, la expresión de la relación entre identidad nacional y cohesión social en Chile ha sido objeto de debate, especialmente en el contexto de la migración y las demandas por reconocimiento de pueblos indígenas. Ciertos estudios, que serán revisados a continuación, sugieren dos cosas importantes: que la cohesión social en Chile está estrechamente vinculada con la percepción de inclusión dentro del proyecto nacional y que la segregación socioeconómica y la exclusión de ciertos sectores pueden debilitar los lazos de confianza entre los ciudadanos, afectando la estabilidad y cooperación dentro del país.

En este sentido, un informe de Ipsos del año 2020 señala que un 48% de los chilenos considera que la cohesión social en el país es débil (Ipsos, 2020). Además, para mejorarla, las personas asignan mayor importancia a mejorar la confianza en las policías (Carabineros y PDI) con 90%, en el Sistema de Justicia (82%) y en

el Estado (80% de importancia). Profundizando en esto último, sobre los avances que pueden mejorar el nivel de confianza en el Estado, 62% considera que controlando el delito y mejorando la seguridad se puede aumentar, 43% considera que fortaleciendo las instituciones y leyes que combaten la corrupción y promueven la probidad en el país y un 38% indica que, mejorando el crecimiento económico, mejorará el nivel de confianza en el Estado (Ipsos, 2020).

En la misma línea, según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y el Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES), entre 2016 y 2020 la cohesión social en Chile experimentó una disminución en la confianza en las instituciones y en la percepción de justicia social. Este estudio, basado en datos del Estudio Longitudinal Social de Chile (ELSOC), identificó que las protestas sociales de octubre de 2019 y la pandemia de COVID-19 influyeron negativamente en la percepción de cohesión social en el país (CEPAL & COES, 2022).

Por otro lado, el Estudio Longitudinal Social de Chile (ELSOC) del COES (2021) muestra que solo un 7,9% de los chilenos cree que “casi siempre se puede confiar en las personas”. Desde 2016, esta cifra ha disminuido progresivamente, reflejando una crisis de confianza interpersonal. Además, la confianza en instituciones clave como el Congreso y los partidos políticos sigue siendo inferior al 5% (COES, 2021).

En términos de impacto social, una investigación realizada por la Universidad de Concepción (Luján Candia, 2021) examinó la relación entre cohesión social, desigualdad y violencia interpersonal en comunidades urbanas de la región del Biobío. Entre los principales resultados, se observó el efecto moderador de la variable Cohesión Social sobre la relación entre

las variables Desigualdad Económica-social y Violencia Interpersonal.

En tanto, un informe encargado por el Ministerio de Desarrollo social el 2020, denominado, "Informe final del Consejo Asesor para la Cohesión Social: Diagnóstico para una aproximación a la Cohesión Social en Chile y recomendaciones para fortalecer el aporte de la política social", identifican cuatro fortalezas y diez nudos problemáticos respecto a la cohesión social en Chile.

Sobre lo primero, destacan dos temas que permiten hacer un vínculo con la identidad nacional, esto es: que el 85% siente orgullo por la nacionalidad chilena y la mayoría de las personas se siente identificada con Chile. Además, se presenta una alta aceptación a la población inmigrante, donde se constata una mayoría que valora su cultura y una minoría que considera que reducen las fuentes de trabajo de la población local. No obstante, esto último varía significativamente según grupos socioeconómicos y territorios, donde los sectores más pobres y en las regiones del norte la percepción negativa aumenta de manera sustantiva (Consejo de Cohesión Social, 2020, p. 54).

Sin embargo, este estudio enumera los siguientes problemas presentes en la cohesión social en Chile (Consejo de Cohesión Social, 2020, pp. 55 y 56):

1. En los últimos diez años, algunos vínculos sociales fundamentales para la cohesión social se han debilitado: las personas tienen menos amigos, cuentan con menos apoyo en caso de necesidad y un tercio de la población tiene una sola persona (o nadie) con quien hablar temas importantes.
2. Desde la recuperación de la democracia, la confianza interpersonal se ha mantenido baja; actualmente solo el 19% de la población confía en desconocidos.
3. Existe un problema de respeto y dignidad en la interacción social. Alrededor del 40% de las personas ha tenido experiencias de malos tratos, que se atribuye principalmente al machismo y clasismo.
4. La confianza institucional ha sido baja desde mediados de la década de los noventa y ha caído dramáticamente durante los últimos diez años. Instituciones claves del orden político (gobierno, partidos y Congreso) no superan el 5% de confianza en 2019.
5. Las percepciones de injusticia social han aumentado en los últimos años, especialmente en torno a la salud y la educación. No se considera justo que el acceso a una buena salud y educación dependa de los ingresos.
6. Existe un altísimo consenso respecto a que las diferencias de ingresos son muy grandes en Chile (91% de la población). Las personas valoran el esfuerzo individual y consideran que el trabajo duro es muy importante para surgir en la vida (80%). No obstante, solo el 31% de ellos percibe que su esfuerzo es bien recompensado. Esto se puede asociar a los bajos salarios en el mercado laboral así como al monto actual de las pensiones.
7. En torno al 70% de las personas en Chile percibe que los gobiernos no consideran su opinión a la hora de diseñar sus programas y beneficios sociales.
8. Un 42 % de los chilenos y chilenas en general manifiesta sentir temor a ser acosados sexualmente en sus trabajos o lugar donde estudian, o bien caminando en la calle de noche por sus barrios. Esta cifra crece dramáticamente en el caso de las mujeres (66% y 55% respectivamente). Para ellas, no se acata una regla fundamental de convivencia social y del bien común: respetar la integridad física y dignidad de las mujeres. En su conjunto, estos altos niveles de temor revelan el problema de seguridad que existe en Chile.
9. Solo un tercio de la población considera importante para la democracia ser activo en organizaciones sociales. Si bien han au-

mentado las movilizaciones sociales, solo un 36% de las personas participa en alguna organización social.

10. Desde el retorno a la democracia la participación electoral ha bajado dramáticamente, posicionando a Chile entre las democracias con menor participación electoral dentro de la OCDE y como el país donde la caída de la participación electoral ha sido más pronunciada en América Latina. Esta disminución ha ido acompañada de un bajo interés en la política y escasa identificación con los partidos políticos, en un contexto de baja asociatividad.

Por último, dadas las características del territorio nacional, algunos estudios han intentado explorar la existencia de una posible identidad regional. En este sentido, según los resultados recogidos por el Barómetro Regional en un informe de la Subsecretaría de Desarrollo Regional y Administrativo (SUBDERE) del año 2009, gran parte de los ciudadanos considera que existe una identidad regional. Al comparar esa información por región, existen diferencias territoriales importantes en las que se observan regiones más fuertes que otras en la construcción de imaginarios identitarios. Así por ejemplo, la Región Metropolitana es la región aparentemente con “menos identidad característica” que el resto, ya que el 48% de los encuestados de esa región consideran que no tiene una identidad característica, lo que se contrapone a las regiones de Los Lagos, Coquimbo, Magallanes y La Araucanía, en las cuales más del 80% de los encuestados consideran que sí existe una identidad característica de la región (SUBDERE, 2009, p. 182).

No obstante, cabe tener presente que, según la misma encuesta las identidades prioritarias de las personas apuntan, en primer lugar, a sentirse chilenos y, en segundo, a pertenecer a su barrio. Así, al consultarles cuál era su identidad prioritaria, un 51,4% de los encuestados manifestaron que era Chile, un 14,4% su barrio

y solo un 8,4% su región (SUBDERE, 2009, p. 185).

Otro antecedente relevante del mismo estudio muestra que las personas entrevistadas “no encasillan esa identidad característica de su región en referentes rígidos y homogéneos, sino que existe una amplia gama de elementos en los cuales las personas creen que se expresa la cultura regional, como, por ejemplo, las fiestas religiosas, las formas de relacionarse, la predisposición alegre, la capacidad emprendedora, etc. En esta diversidad de elementos hay algunos más centrales que otros como la historia y las costumbres regionales, puesto que ambos fueron los más mencionados al preguntarles a los encuestados cuál era el principal aporte de su región al país” (SUBDERE, 2009, 183).

En este sentido, la existencia de una identidad regional resulta de importancia para la cohesión ya que, tal como se plantea en otro informe de la SUBDERE del año 2013 denominado “Identidades territoriales. Lo auténtico como motor de desarrollo local”, fortalecer las identidades regionales, “entre otras cosas, une a la gente y genera sensación de pertenencia, entrega mayor “seguridad” en la región y en su porvenir, calma antagonismos y fomenta la cooperación, fortalece las instituciones basadas en el interés común, contribuye a incluir a los ciudadanos en nuevos proyectos de desarrollo, crea mayores niveles de motivación colectiva y personal, induce al desarrollo del aprendizaje de buenas prácticas y da estabilidad en el desarrollo demográfico, genera nuevos campos de valorización productiva y económica desde los atributos locales, contribuye a que el territorio obtenga mejor reputación e imagen para atraer a inversionistas, empresarios, trabajadores, profesionales y técnicos, y favorece el trabajo en red, la construcción de instituciones y el desarrollo innovador, ya que contribuye a que dichos procesos se desarrollen en espacios de confianza, apertura al cambio” (SUBDERE, 2013, p. 10).



Con todo, los estudios aquí expuestos demuestran que la cohesión social en Chile enfrenta desafíos estructurales significativos. Si bien se presentan nociones de que existe la idea de una identidad nacional, la crisis de confianza en las instituciones, el aumento de la percepción de desigualdad y la desconfianza interpersonal, han debilitado los lazos sociales, afectando la cohesión.

Tal situación arroja luces sobre los elementos que serían necesarios trabajar desde las políticas públicas si esta se quisiera fortalecer, como el hecho de que las acciones de gobierno hacia la sociedad sean iniciativas inclusivas, que promuevan la equidad, el acceso a oportunidades y la reconstrucción de la confianza en las instituciones y en la sociedad en su conjunto, como también reconocer y potenciar las particularidades de cada región o barrio en aquellos lugares donde la identificación con este sea fuerte.



## TENSIONES Y DESAFÍOS RESPECTO A LA IDENTIDAD NACIONAL Y COHESIÓN SOCIAL

En lo expresado en estas páginas se intentó reflejar lo más fehacientemente posible la importancia que el concepto de identidad nacional posee en las sociedades modernas y su impacto en la supervivencia de los Estados. Como se indicó, esta se construye a través de factores históricos, en la manera en que a los niños se les enseña el pasado de su país, en los símbolos y narraciones comunes, en los mitos colectivos, en las tradiciones inventadas y en la repetición.

Dentro de esto último podemos situar, también, el orgullo nacional y el patriotismo, los que han jugado un rol gravitante en la conformación de las identidades nacionales, donde guerras y batallas, por mencionar un ejemplo, van aportando elementos que permiten nutrir esta imagen que las sociedades tienen de sí mismas, existiendo instituciones, como las fuerzas armadas, que muchas veces pasan a ser las depositarias y representantes de su expresión.

Por eso, a lo largo de la historia fue posible evidenciar intentos por fomentar fuertes identidades sociales, que se tradujeran en identificación con los connacionales y fluidez política y apoyo social a las decisiones de los gobernantes (los nacionalismos del siglo XX son un buen ejemplo de aquello). Sin embargo, con el advenimiento de la globalización comienza a gestarse una crisis de identidad que pone en jaque la legitimidad misma de los sistemas políticos y gobiernos.

En efecto, la confianza en la democracia y en las instituciones cae estrepitosamente, ya que los ciudadanos sienten que los políticos no son capaces de hacerse cargo de sus problemáticas. En este contexto, el fenómeno que destaca con especial importancia el efecto de la globalización en la identidad nacional y la cohesión social es la migración, ya que, si bien es un fenómeno mundial, las decisiones para

manejarla se adoptan de manera independiente en cada país (en contraposición a realizarlo de manera interdependiente).

Tal orden de cosas ha conllevado que las sociedades se vuelvan cada vez más multiculturales y que las identidades estén en constante transformación, adaptándose cada vez más a cambios demográficos y culturales. No obstante, a su vez se ha producido el surgimiento de una nueva ola de populismo que nace posterior al año 2010, síntoma de la polarización social que ha traído la masificación de la mano de las redes sociales y de las crisis económicas como la Subprime del año 2008 o la derivada de la pandemia de COVID-19 desde el 2020.

Este escenario se ha transformado en un desafío de proporciones para la cohesión social, ya que líderes populistas presentan a las minorías como amenazas para el Estado y la nación, alimentando discursos identitarios dicotómicos de “nosotros” versus “ellos”. Así, en muchos países es posible observar una tensión entre los discursos de identidad más pluralista, que prefieren acoger la migración y la multiculturalidad, y quienes defienden una identidad nacional más homogénea o excluyente.

Si bien la globalización se caracteriza por ser un fenómeno multidimensional, cuyo origen es el incremento del intercambio comercial en los años 70, que luego abarcó a la cultura, la política, el idioma, publicidad y casi todos los ámbitos del quehacer humano, alcanzando diferentes grados de interdependencia en lo económico e interpenetración en las otras áreas, de todas maneras el impacto de la influencia cultural que ha tenido, no ha sido equilibrado, ya que los Estados que son capaces de exportar su cultura y valores tienen mayores posibilidades de penetrar e influir en otros países, ya que se convierten en modelos a seguir por parte de sus ciudadanos. Si en el siglo XIX

el modelo era Europa, como hemos visto en las diferentes versiones de la identidad chilena, desde fines del siglo XX hasta la actualidad, el modelo es Estados Unidos<sup>15</sup>.

La información que se genera y circula en televisión, radio, internet, streaming y aplicaciones es de una enorme variedad y procedencia, donde el idioma no es una barrera, toda vez que existen traductores simultáneos o el inglés es entendido con facilidad, poniendo en contacto a diversas personas con otras realidades, estilos, tradiciones, idiomas y otros, que podrían terminar desarraigando a las personas de su propia cultura y tradiciones, difuminando las identidades nacionales porque lo que antes se daba como propio comienza a perder valor al identificarse con realidades foráneas, particularmente por parte de las élites políticas, sociales o económicas.

Los Estados-Naciones son otros de los actores que se han visto impactados por el proceso de globalización, poniendo en duda la idea de soberanía nacional, no intervención en asuntos internos de otros Estados o restringiendo los ámbitos de la toma de decisiones. En efecto, en la medida que crecen las instituciones internacionales y los países comenzaron firmar acuerdos económicos, el margen de acción para hacer modificaciones se restringió, ya que se condicionan aspectos de dichos tratados a la adopción de algunas agendas, por ejemplo medioambiental, de género, indígena u otra<sup>16</sup>.

Esta situación ha tenido efectos críticos en el ámbito de la defensa y seguridad. Hace varios años los Toffler (1994) levantaron la aler-

ta de que la sociedad que estaba emergiendo producto del proceso de globalización, altos ingresos y la comodidad de tener pocas precariedades, era una sociedad que rehuía de los conflictos, reticente a las guerras, más dispuestas a impugnarlas y lo más relevante, no ir a lucharlas. El caso del conflicto en Vietnam fue preocupante para Estados Unidos.

En Europa, la percepción de tener un entorno de seguridad estable y la profundización de la integración económica y cultural ha diluido no solo las soberanías nacionales, sino que además ha modificado la idea de Estado-Nación. Emmanuel Todd (2024) lo lleva al extremo, al señalar que uno de los principales problemas para resolver el conflicto entre Ucrania y Rusia es la falta de entendimiento por una cuestión simple: los rusos siguen pensando en la soberanía como base de un Estado-Nación, y para occidente éstos ya no existen.

Si los Estados-Naciones se encuentran en retroceso, ¿existe la posibilidad de que las identidades nacionales también lo hagan? En caso de que éstas sigan diluyéndose o bien no tengan sentido para la mayoría de los habitantes, ¿habrá algo que defender? Si no es una identidad, ¿será un territorio, un paisaje, recursos naturales, un pacto constitucional?<sup>17</sup>

En Chile, como se señaló antes, hay un proceso de reflexión en torno a la identidad, donde las versiones esencialistas van en retroceso (militar-racial, hispanista, posmodernista o popular) y las deliberaciones giran en torno a lo señalado por Larraín (2000, p. 94), en el sentido de que la identidad nacional debe definirse como “proceso histórico permanente de cons-

15 “Piense lo que se piense acerca de sus valores estéticos, la cultura de masas estadounidense ejerce un atractivo magnético, especialmente entre la juventud del planeta. Puede que esa atracción se derive de la cualidad hedonista del estilo de vida que proyecta, pero su atractivo global es innegable” (Brzezinski, 1997).

16 No se hace un juicio de valor, solamente se expone el punto.

17 La discusión es pertinente, toda vez que se observa el impacto del conflicto entre Rusia y Ucrania en el resto del mundo, pero particularmente en la discusión identitaria y lo que se debe defender (valores y principios), el uso de tropas mercenarias, la posibilidad de reintroducir el servicio militar obligatorio, incrementar el gasto en defensa y disminuir el de seguridad social, entre otros.



trucción y reconstrucción de esa 'comunidad imaginada' que es la nación, entonces las alteraciones ocurridas en sus elementos constituyentes no implican necesariamente que la Identidad nacional se ha perdido, sino más bien que ha cambiado".

En este sentido, la diversidad nacional ya no se encuentra representada por las versiones de la identidad más difundidas y descritas en las "versiones" porque no hay una sola identidad. Éstas son múltiples y en su conjunto conforman la mirada general de las identidades que se reconocen en los espacios geográficos del país, donde, como se ha visto, las regiones o localidades muchas veces pesan más en la identificación de los individuos que la nación en su conjunto, por lo que se debe encontrar la manera de incluirlas y/o potenciarlas para que formen parte del imaginario social, por ello en parte el desafío es mantener identidad nacional en la diversidad de formas.

Por último, si como se ha visto a lo largo de estas páginas, identidad nacional y cohesión social están unidas por la influencia de la primera sobre la segunda, y a su vez, se sabe que existen nociones de identidad nacional por parte de los ciudadanos, con elementos patrios como la bandera o el himno, sumado a que una gran mayoría se siente orgulloso de ser chileno y se identifica con su región, cabría preguntarse qué características presenta este vínculo hoy en día en nuestro país.

Dada la intensa oleada migratoria que se ha sufrido los últimos años desde países como Haití y Venezuela, que han tensionado visiblemente el discurso político y polarizado el debate nacional, resulta atendible saber en qué momento nos encontramos dentro de este proceso como



nación, en el sentido de conocer el impacto en los ciudadanos y su visión sobre los cambios sociales que este fenómeno ha producido, intentando entender si la diversidad étnica nos sitúa en el grupo de países cuya cohesión se ve amenazada, o bien, estamos logrando su asimilación.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACNUR. (2024). Situación de Venezuela. <https://www.acnur.org/mx/emergencias/situacion-de-venezuela#:~:text=M%C3%A1s%20de%207%2C7%20millones,Am%C3%A9rica%20Latina%20y%20el%20Caribe>
- Acuña, G., Willoughby, F. y Rodríguez Grez, P. (1983). ¿Qué es el Nacionalismo hoy? Artimpres.
- Álvarez-Miranda, B. (2016). Identidad nacional y transnacionalismo en Europa: una perspectiva desde la inmigración musulmana. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Anderson, B. (1983). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso.
- Ares Mateos, A. (2020). Integración e identidad: un proyecto hacia la cohesión social. *Pensamiento*, 76 (288), 53-73. Recuperado de <https://revistas.comillas.edu/index.php/pensamiento/article/view/8031>
- Banco Interamericano de Desarrollo. (2020). La crisis de la desigualdad: América Latina y el Caribe en la encrucijada. BID. Recuperado de <https://publications.iadb.org/publications/spanish/document/La-crisis-de-la-desigualdad-America-Latina-y-el-Caribe-en-la-encrucijada.pdf>
- Billig, M. (1995). *Banal Nationalism*. SAGE Publications.
- Brzezinski, Z. (1997). El Gran Tablero Mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos. Paidós.
- CEPAL & COES. (2022). Cohesión social en Chile en tiempos de cambio: indicadores, perfiles y factores asociados.
- CEPAL. (2007). Cohesión social: inclusión y sentido de pertenencia en América Latina. Santiago de Chile: Naciones Unidas. Recuperado de [https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/2834/S2006932\\_es.pdf](https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/2834/S2006932_es.pdf)
- CEPAL (2010). Cohesión social en América Latina. Una revisión de conceptos, marcos de referencia e indicadores. Santiago de Chile: Naciones Unidas. Recuperado de <https://www.cepal.org/es/publicaciones/2978-cohesion-social-america-latina-caribe-revision-conceptos-marcos-referencia>
- CEPAL. (2021). Cohesión social y desarrollo inclusivo en América Latina. CEPAL. Recuperado de [https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/47403/4/S2100972\\_es.pdf](https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/47403/4/S2100972_es.pdf)
- COES. (2021). Radiografía del Cambio Social: *Análisis de Resultados Longitudinales ELSOC 2016-2021*.
- COES. (s.f.). Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social. Recuperado de <https://uchile.cl/investigacion/centros-y-programas/centros-de-estudio/centro-de-estudios-de-conflicto-y-cohesion-social-coes>
- Consejo de Cohesión Social. (2020). Informe final Consejo Asesor para la Cohesión Social: *Diagnóstico para una aproximación a la cohesión social en Chile y recomendaciones para fortalecer el aporte de la política social*. Ministerio de Desarrollo Social y Familia.
- Contreras, N., Moscoso, C. y Paredes, P. (2009). *El Jaguar Latinoamericano. La Metáfora como Discurso Político*. Tesis para optar al grado de Magíster en Comunicación Política, Universidad de Chile.
- Correa, S. (2000). La identidad nacional, una construcción en crisis. En Centro de Estudios para el Desarrollo (2000). *¿Hay Patria que Defender? La identidad nacional frente a la globalización*. Ediciones del Segundo Centenario, pp. 150-155.
- Correa, S. (2009). Identidad y globalización. *Revista Atenea* N° 499, pp. 11-32.
- Durkheim, É. (1893). *La división del trabajo social*. Madrid: Akal.
- Encina, F. (1954). *Resumen de la Historia de Chile*. Tomo II, Zig-Zag. Redacción, iconografía y apéndices de Leopoldo Castedo.
- Estado Mayor del Ejército. (2025). Historia del Ejército de Chile. Rescatado de <https://www.ejercito.cl/214-anos-de-historia>
- Eyzaguirre, J. (1976). *Ideario y Ruta de la Emancipación Chilena*. Editorial Universitaria.
- Fukuyama, F. (1995). *Trust: The Social Virtues and the Creation of Prosperity*. New York: Free Press.
- Fukuyama, F. (2021). Why National Identity Matters. En N. Holtug & E. M. Uslaner (Eds.), *National Identity and Social Cohesion* (pp. 19-30). Oxford: Oxford University Press.
- Gaspar, G. (2000). Globalización, identidad y defensa nacional. En Centro de Estudios para el Desarrollo. (2000). *¿Hay Patria que Defender? La identidad nacional frente a la globalización*. Ediciones del Segundo Centenario, pp. 308-322.
- Gellner, E. (1983). *Nations and Nationalism*. Cornell University Press.
- Gobierno de Chile (1980). *Constitución Política de la República de Chile 1980*. Editorial Jurídica de Chile.
- Gobierno de Chile (1974). *Declaración de Principios del Gobierno de Chile*. Rescatado de <https://www.archivo->

- chile.com/Dictadura\_militar/doc\_jm\_gob\_pino8/DM-docjm0005.pdf
- Godoy, H. (1976). *El Carácter Chileno*. Editorial Universitaria.
- Gómez, A. (2022). "Chile en Sevilla 92: a 30 años del debate que encendió la transición". Rescatado de <https://www.latercera.com/la-tercera-domingo/noticia/chile-en-sevilla-92-a-30-anos-del-tempo-que-encendio-el-debate-en-la-transicion/2CTCEZUPQVEURAE74QVJYNHIQ/#>
- Góngora, M. (1986). *Ensayo Histórico sobre la Noción de Estado en Chile en los Siglos XIX y XX*. Editorial Universitaria.
- Guibernau, M. (1999). *Nations Without States: Political Communities in a Global Age*. Cambridge: Polity Press.
- Gutiérrez, O. (2002). *Sociología Militar. La profesión militar en la sociedad democrática*. Editorial Universitaria.
- Hobsbawm, E. & Ranger, T. (1983). *The Invention of Tradition*. Cambridge University Press.
- Holtug, N. (2021). Why Rawls Was Right. Liberal Values and Social Cohesion. En N. Holtug & E. M. Uslaner (Eds.), *National Identity and Social Cohesion* (pp. 133-150). Oxford: Oxford University Press.
- Holtug, N. (2022). *The Politics of Social Cohesion*. Oxford University Press.
- Holtug, N. & Uslaner, E. M. (2021). Introduction: National Identity and Social Cohesion. En N. Holtug & E. M. Uslaner (Eds.), *National Identity and Social Cohesion* (pp. 1-15). Oxford: Oxford University Press.
- Hooghe, M. (2021). When Playing by the Rules is not Sufficient. Citizenship Criteria in Ethnic, Cultural and Civic Citizenship Concepts. En N. Holtug & E. M. Uslaner (Eds.), *National Identity and Social Cohesion* (pp. 47-61). Oxford: Oxford University Press.
- Horsman, R. (1985). *La Raza y el Destino Manifiesto: orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*. Fondo de Cultura Económica.
- Ipsos. (2020). *La cohesión social va a la baja en Chile y en el mundo*.
- Ignatieff, M. (1993). *Blood and Belonging: Journeys into the New Nationalism*. Farrar, Straus and Giroux.
- Jenson, J. (1998). *Mapping Social Cohesion: The State of Canadian Research*. Ottawa: Canadian Policy Research Networks.
- Kongshøj, K. (2021). Inter- and Intragenerational Cleavages in National Identity in Denmark. En N. Holtug & E. M. Uslaner (Eds.), *National Identity and Social Cohesion* (pp. 93-111). Oxford: Oxford University Press.
- Larraín, J. (2000). Elementos teóricos para el análisis de la identidad nacional y la globalización. En Centro de Estudios para el Desarrollo. (2000). *¿Hay Patria que Defender? La identidad nacional frente a la globalización*. Ediciones del Segundo Centenario, pp. 73-96.
- Larraín, J. (2001). *Identidad Chilena*. LOM.
- Luján Candia, J. (2021). *Efecto de la cohesión social sobre la relación entre desigualdad económica-social, la violencia interpersonal y la calidad de vida, en población urbana de las comunas de la ex Región del Bío-bío*. Universidad de Concepción.
- Marín, P. (2023). "Jorge Larraín, sociólogo: No se puede decir, yo me defino por esta identidad y todo lo demás a la cresta". Entrevista en *La Tercera*. Rescatado de <https://www.latercera.com/la-tercera-domingo/noticia/jorge-larain-sociologo-no-se-puede-decir-yo-me-defino-por-esta-identidad-y-todo-lo-demas-a-la-cresta/WUEIOESZI5F5JG63LFB6C524GU/#>
- Mc Evoy, C. (2011). *Guerreros Civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Ediciones Universidad Diego Portales, Chile.
- Neves, C., Lermenda, W. e Ibarra, C. (2023). Entrevista a Gabriel Salazar. El quehacer de la Historia en el autoconocimiento y la autoeducación popular". *Revista de Historia* N° 30, pp. 1-26.
- Palacios, N. (1986). *Raza Chilena*. Ediciones Antiyal. (Primera edición, 1904).
- Perezniño Castro, L. (2017). Nacionalismo vs Globalización. BIOLEX. *Revista Jurídica del Departamento de Derecho* UNISON URC, 9(16), 39-50.
- Pinedo, J. (1997). Chile a fines del siglo XX: entre la modernidad, la modernización y la identidad. *Revista UNIVERSUM* N° 12, pp. 1-40
- Piuzzi, J. (1993). *Los Militares en la Sociedad Chilena 1891-1970. Relaciones Civiles-Militares e Integración Social*. Tesis para optar al grado de Doctor, Universidad de Salamanca.
- Pontificia Universidad Católica de Chile. (2020). *Radiografía a la cohesión social en Chile*.
- Rivera Heredia, M. E., & Obregón Velasco, N. (2012). Identidades transnacionales y dinámicas familiares en la migración México-Estados Unidos. *Estudios Sociológicos*, 30 (89), pp. 35-50.
- Rodríguez Elizondo, J. (2004). *Chile - Perú. El siglo que vivimos en peligro*, Random House Mondadori.
- Salazar, G. (2006). La Historia como Ciencia Popular: Despertando a los "Weupifes". *Revista Austral de Ciencias sociales* 11, pp. 143-168.
- Salazar, G. (2009). Dudo de que realmente exista la identidad chilena. *La Nación Domingo*.
- Sandel, M. (2009). *Justice: What's the Right Thing to Do?* Farrar, Straus and Giroux.



- Sater, W. (2009). *La Imagen Heroica en Chile*. Arturo Prat, *Santo Secular*. Centro de Estudios Bicentenario.
- Smith, A. D. (1991). *National Identity*. University of Nevada Press.
- Soublette, G. (1984). *La Estrella de Chile*. Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Subercaseaux, B. (2000). Espesor cultural, identidad y globalización. En Centro de Estudios para el Desarrollo. (2000). *¿Hay Patria que Defender? La identidad nacional frente a la globalización*. Ediciones del Segundo Centenario, pp. 156-166.
- Subsecretaría de Desarrollo Regional y Administrativo (SUBDERE), División de Políticas y Estudios, Departamento de Estudios y Evaluación, & Unidad Identidad y Cultura. (2009). *Identidad regional: Reconociendo la diversidad para el desarrollo de los territorios* (Coordinación y edición: División de Políticas y Estudios, Departamento de Estudios y Evaluación, Unidad Identidad y Cultura). Gobierno de Chile. ISBN 978-956-8468-20-0.
- Subsecretaría de Desarrollo Regional y Administrativo, División de Políticas y Estudios, Departamento de Estudios y Evaluación. (2013, diciembre). *Identidades territoriales: Lo auténtico como motor de desarrollo local* (Programa de Fortalecimiento de la Identidad Regional). Gobierno de Chile.
- Taylor, C. (1994). *Multiculturalism: Examining the Politics of Recognition*. Princeton University Press.
- Tjaden, J., & Heidland, T. (2025). Did Merkel's 2015 decision attract more migration to Germany? *European Journal of Political Research*, 64(2), pp. 389-405. <https://doi.org/10.1111/1475-6765.12669>
- Todd, E. (2024). *La Derrota de Occidente*. Ediciones AKAL.
- Toffler, A. y H. (1994). *Las Guerras del Futuro. La supervivencia en el alba del siglo XXI*. Plaza & Janés Editores.
- UNESCO. (2001). *Identidad Nacional y Cohesión Social* París: UNESCO.

# Informe de resultados estudio cualitativo **Identidad Nacional Chilena y Cohesión Social**





## ANTECEDENTES

En esta etapa del estudio hemos considerado relevante realizar un análisis cualitativo de variables investigadas en el marco de la Identidad Nacional y la cohesión social en Chile. Para ello hemos definido dos grupos de estudios a los cuales se les aplicarán entrevistas guiadas mediante cuestionarios definidos con anterioridad, los cuales difieren básicamente en la elaboración de las preguntas, siendo unos más teóricos o conceptuales y los otros más directos para buscar alguna diferenciación en estas materias.

## OBJETIVO

Analizar la relación entre Identidad Nacional Chilena y Cohesión Social mediante entrevistas cualitativas a 11 expertos (E1-E11) en una primera versión y 11 expertos en una segunda. Para ello se han diseñado instrumentos/cuestionarios diferenciados para modificar la manera de aproximación al tema estudiado manteniendo los conceptos a analizar. Para esto se ha utilizado la Teoría Fundamentada en ATLAS.ti lo que nos permite identificar categorías emergentes y modelo técnico explicativo, los que posteriormente codificamos, agrupamos y analizamos.

## MARCO METODOLÓGICO

El marco metodológico de este estudio se basa en la Teoría Fundamentada (Grounded Theory), metodología cualitativa inductiva desarrollada por Glaser y Strauss (1967), que genera teorías explicativas emergentes directamente de los datos empíricos, mediante comparación constante, muestreo teórico iterativo y saturación conceptual. Este enfoque se aplica a fenómenos institucionales como políticas de integridad pública en el contexto chileno, integrando el software ATLAS.ti para optimizar la codificación, visualización de relaciones y refinamiento de categorías en un proceso no lineal y cíclico.

El diseño metodológico se organiza en tres etapas interconectadas de codificación, soportadas por ATLAS.ti. En la codificación abierta, los datos primarios (entrevistas semiestructuradas y observaciones) se fragmentan línea por línea para crear códigos iniciales descriptivos, utilizando la herramienta de codificación rápida y memos para registrar reflexiones preliminares y patrones emergentes. La recolección continúa hasta la saturación inicial, guiada por consultas de códigos similares.

En la codificación axial, los códigos abiertos se agrupan en categorías abstractas mediante grupos de códigos y redes semánticas, explorando dimensiones causales, contextuales, de acción-interacción y consecuencias, con refinamiento vía comparación constante y nuevos datos. Finalmente, la codificación selectiva distingue un núcleo central que integra todas las categorías, validando la teoría mediante saturación teórica y generando diagramas integrales exportables. El análisis culmina con un informe analítico que recopila todos los hallazgos y sus vínculos, asegurando trazabilidad mediante exportaciones de ATLAS.ti para un análisis riguroso y reproducible.

## CODIFICACIÓN ABIERTA

En esta primera etapa, se desglosan los datos línea por línea para identificar códigos iniciales que capturen conceptos, ideas y significados emergentes de entrevistas, observaciones u otros materiales. El investigador escribe memos para reflexionar sobre los datos y realiza una comparación constante entre incidentes similares. Esto genera una lista amplia de códigos que dirigen la recolección adicional de datos hasta alcanzar saturación inicial.

## CODIFICACIÓN AXIAL

Aquí se reorganizan los códigos abiertos en categorías más abstractas, explorando relaciones entre ellas mediante condiciones causales, contextuales, estrategias de acción e interacciones, y consecuencias. Se agrupan subcategorías alrededor de fenómenos centrales para construir un marco provisional. La comparación constante refina estas categorías, ajustándolas con nuevos datos.

## CODIFICACIÓN SELECTIVA

En la fase final, se selecciona una categoría central que integra todas las demás en una teoría coherente y unificada, validándola mediante saturación teórica. El proceso culmina en memos integrales y diagramas que representan el modelo explicativo. La teoría resultante es "fundamentada" en los datos, no en hipótesis previas.

## INSTRUMENTO PARA EL RELEVAMIENTO DE INFORMACIÓN

El levantamiento de información empírica constituye el núcleo analítico de esta investigación, en la medida en que permite traducir los conceptos de identidad nacional y cohesión social —definidos previamente desde la teoría social y política— en material empírico susceptible de análisis sistemático. Dado el carácter complejo, relacional y simbólico de ambos conceptos, se optó por una estrategia cualitativa basada en entrevistas semiestructuradas, diseñadas para captar tanto los marcos interpretativos conscientes de los sujetos como sus disposiciones más implícitas y experienciales frente a la comunidad nacional.

El diseño instrumental se fundamenta en la premisa de que la identidad nacional y la cohesión social no existen únicamente como construcciones ideológicas o normativas, sino también como prácticas de sentido, emociones sociales y narrativas cotidianas que estructuran la percepción de pertenencia, alteridad y legitimidad. En consecuencia, el estudio incorporó dos instrumentos de relevamiento diferenciados, pero conceptualmente articulados, orientados a captar estas dos dimensiones complementarias del fenómeno.

El primer cuestionario fue elaborado desde una lógica conceptual-analítica. Sus preguntas fueron formuladas en un registro académico y se apoyaron explícitamente en categorías provenientes de la teoría de la identidad y la sociología de la cohesión social. A través de este instrumento se buscó que los entrevistados elaboraran respuestas reflexivas, en las que pusieran en juego sus interpretaciones acerca de Chile como comunidad política, los funda-

mentos de la pertenencia nacional, los mecanismos de integración y exclusión, y el grado de cohesión o fragmentación de la sociedad. Este cuestionario permitió identificar estructuras discursivas, marcos cognitivos y patrones conceptuales que configuran la manera en que ciertos actores piensan y explican la nación y su tejido social.

El segundo cuestionario fue diseñado deliberadamente en un registro más experiencial e intuitivo, evitando tecnicismos y formulaciones abstractas. Sus preguntas directas apelaron a la experiencia personal, a los sentimientos de pertenencia o distanciamiento, a la percepción de los otros y al juicio cotidiano sobre la convivencia social en Chile. El objetivo de este instrumento no fue recoger opiniones conceptualmente elaboradas, sino acceder a las capas más inmediatas de la construcción social de la identidad y la cohesión, es decir, a aquellos significados que operan como saberes prácticos y que estructuran la vida social sin necesidad de ser explicitados en términos teóricos.

El trabajo de campo se desarrolló a lo largo de dos meses y siguió una secuencia analíticamente deliberada. En una primera fase se aplicó el cuestionario de orientación conceptual, lo que permitió construir un primer mapa de categorías, tensiones y narrativas dominantes sobre la identidad nacional y la cohesión social en Chile. En una segunda fase se aplicó el cuestionario experiencial, con el fin de contrastar, matizar o problematizar ese mapa a partir de las percepciones y vivencias efectivas de los entrevistados.



Esta estrategia de doble instrumentación y aplicación secuencial permitió que el levantamiento de información no se limitara a describir opiniones individuales, sino que generara un campo analítico capaz de articular teoría y experiencia, discurso y práctica, ideología y vida cotidiana. De este modo, el estudio pudo construir una representación más densa y estructurada de los procesos mediante los cuales la identidad nacional y la cohesión social se configuran, se tensionan y se erosionan en el Chile contemporáneo.



## RESULTADOS

### NÚCLEO IDENTITARIO RESILIENTE

La categoría “Núcleo Identitario Resiliente” muestra que, a pesar de las transformaciones sociales, políticas y demográficas de las últimas décadas, existe en Chile una identidad nacional que no solo persiste, sino que se reactualiza y se mantiene como referencia compartida mínima. Esta identidad no se presenta como un bloque monolítico, sino como un conjunto relativamente estable de elementos simbólicos, valores y autoimágenes que los entrevistados reconocen como “lo chileno”, aun cuando simultáneamente cuestionan sus usos políticos o sus soportes institucionales.

En términos analíticos, el núcleo se sostiene sobre tres componentes principales. En primer lugar, un pilar simbólico-afectivo, donde la bandera ocupa un lugar central aparece como emblema emocionalmente cargado, difícil de rechazar incluso por quienes mantienen una mirada crítica sobre el país. Se la describe como “amalgama” y “recurso de cohesión”, capaz de condensar historia, sacrificio y pertenencia, y de reaparecer en momentos de conflicto -como el estallido social- más como reclamo de inclusión que como símbolo a destruir. Este pilar se complementa con el himno nacional, asociado a experiencias de emoción intensa en eventos deportivos, y con un repertorio ritual que incluye efemérides bélicas (21 de mayo) y Fiestas Patrias, donde se refuerza la continuidad histórica de la nación y se reactualizan narrativas épicas sobre guerras fundacionales.

En segundo lugar, el análisis evidencia un pilar cosmovisional legalista-territorial. Diversos códigos remiten a la “centralidad de la ley”,

el “legalismo como horizonte” y la “confianza en la ingeniería legal”, articulando la idea de que ser chileno implica, al menos en el plano normativo, una fuerte orientación hacia el orden, el respeto a las reglas y la resolución de conflictos mediante marcos jurídicos. Este legalismo se presenta tanto en clave interna (el Código Civil como “pilar de convivencia”) como externa (el uso estratégico de tribunales internacionales y tratados), y se vincula con la percepción del territorio como eje crítico. Chile aparece como “milagro de unidad en geografía extensa”, donde la defensa de fronteras y la territorialidad refuerzan el imaginario nacional. A este núcleo normativo se le superpone, sin embargo, la coexistencia con prácticas informales, sintetizadas en códigos como “obediencia con búsqueda de resquicios” o “coexistencia ley-pituto”, lo que tensiona el ideal legalista con una cultura relacional que relativiza las normas en la vida cotidiana.

En tercer lugar, el núcleo identitario se completa con una autoimagen diferencial construida por contraste. Se registran códigos como “identidad por superioridad regional (orden vs vecinos)”, “carácter poco caribeño” o “timidez y desconfianza como rasgos nacionales”, que definen al chileno en oposición a otros pueblos de la región, percibidos como más desordenados, ruidosos o inestables. Esta autoimagen también se proyecta hacia los flujos migratorios recientes, a través de nociones como “migración latinoamericana como refinamiento del trato” o “migración reciente como refuerzo de frontera nosotros-ellos”, donde la identidad nacional se reafirma frente al “otro” que llega, aun cuando se reconozca en paralelo la con-

tribución económica y cultural de los migrantes. De este modo, el núcleo funciona como un “promedio negociado”: un conjunto de rasgos, símbolos y valores que no todos experimentan del mismo modo, pero que se consideran suficientemente compartidos como para sostener una identidad mínima común.

Un rasgo clave de esta categoría es la resiliencia de ese núcleo. Los códigos hacen referencia a su “persistencia a través del tiempo”, a la “continuidad republicana” y a la “reconstrucción democrática de emblemas” tras la dictadura, indicando que la identidad ha sido capaz de sobrevivir procesos de instrumentalización autoritaria, crisis de representación y transformaciones estructurales como el neoliberalismo y la globalización. La resiliencia no implica inmutabilidad, se habla de “identidad nacional existente pero difusa”, “identidad más heterogénea” e “identidad no monolítica”, mostrando que el núcleo se reacomoda frente a nuevas demandas —diversidad cultural, mayor visibilidad de pueblos originarios— sin desaparecer como referencia.

Desde la perspectiva de la cohesión social, este núcleo identitario cumple una función ambivalente. Por un lado, los entrevistados destacan su “función aglutinante” y su rol como “recurso de cohesión”, en la medida en que los símbolos patrios y ciertos valores compartidos (esfuerzo, sacrificio, meritocracia moderada) permiten sostener mínimos de pertenencia incluso en contextos de conflicto. Por otro lado, múltiples códigos subrayan el “desacople identidad nacional vs cohesión social” y la “debilidad de cohesión en lo estructural”, señalando que la fuerza del núcleo no se traduce automáticamente en confianza interpersonal, equidad o solidaridad efectiva. Se configura así una paradoja: Chile puede mostrar un grado alto de identificación con símbolos patrios y con una historia común, pero al mismo tiempo exhibir altos niveles de desconfianza, incivilidad y fragmentación socioeconómica.

Finalmente, la categoría “Núcleo Identitario Resiliente” revela que la identidad nacional chilena funciona hoy menos como un proyecto homogéneo impuesto “desde arriba” y más como un repertorio flexible de significados, disponible para ser apropiado, reinterpretado y disputado por diversos actores sociales. La bandera puede ser usada tanto por quienes defienden el *statu quo* como por quienes exigen cambios radicales; el legalismo puede operar como contención de la violencia o como máscara de desigualdades profundas; la autoimagen de país ordenado puede alimentar tanto el orgullo como la crítica. Esta plasticidad explica la resiliencia del núcleo, su capacidad de adaptarse a nuevos contextos sin perder del todo su poder de referencia, pero también delimita sus alcances, al no garantizar por sí solo los niveles de cohesión social que el país requiere en un escenario de desigualdad persistente, pluralidad identitaria creciente y conflictividad política sostenida.

## COHESIÓN FRÁGIL EPISÓDICA

La categoría “Cohesión Frágil Episódica” articula el diagnóstico predominante entre los entrevistados respecto al estado actual del tejido social chileno. Una cohesión que existe en grados mínimos, pero que se caracteriza por su inestabilidad, condicionalidad y dependencia de circunstancias excepcionales. Esta categoría, que concentra el 20% del corpus codificado, revela una sociedad que mantiene mecanismos de contención de conflictos y reglas mínimas de convivencia, pero carece de la solidez estructural necesaria para enfrentar desafíos prolongados como la desigualdad persistente, la polarización política o la migración masiva.

El concepto central de esta categoría es la fragilidad, entendida no como ausencia total de cohesión, sino como su precariedad cualitativa y temporal. Los entrevistados coinciden en que Chile posee “cohesión mínima de fondo”,



sustentada en “estándares mínimos de ciudadanía”, “reglas de juego” compartidas y un “código civil como pilar de convivencia”. Esta cohesión se manifiesta en la capacidad del país para mantener estabilidad institucional pese a crisis recurrentes (estallido social 2019, procesos constituyentes fallidos, polarización electoral), y en la ausencia de rupturas violentas generalizadas. Sin embargo, esta estabilidad se percibe como superficial, condicionada a “cumplimiento básico de normas” y “microorden cotidiano”, pero vulnerable a la menor perturbación estructural.

La dimensión episódica emerge como rasgo definitorio. La cohesión no opera como un estado permanente, sino que se “activa” en momentos específicos “cohesión episódica en rituales patrios, deporte y logros individuales”, “cohesión episódica ante desastres”, “cohesión a través del éxito deportivo”. Se mencionan explícitamente las Fiestas Patrias, la Teletón, los triunfos en Copa América (2015-2016) y la solidaridad post-terremotos (2010) o incendios forestales. Estos rituales funcionan como “reparadores simbólicos”, permitiendo “canalizar alegría colectiva” y “unidad nacional en rituales no políticos”, pero su carácter transitorio evidencia la ausencia de “impulso permanente” o “pegamento común” para la vida cotidiana. Incluso en estos momentos, la cohesión mantiene un carácter instrumental sea a través de la “cohesión social de consumo”, “cohesión aspiracional”, “cohesión por oposición al otro” (anti-migración como factor unificador).

Un tercer componente clave es el círculo vicioso confianza-desconfianza. El código “alta desconfianza entre personas” (saturado transversalmente) se articula con “círculo vicioso confianza/cohesión”, “limitación crónica de confianza” y “degradación del capital cívico”. Esta desconfianza se manifiesta en la incivildad cotidiana “maltrato cotidiano entre chilenos”, “normalización de actos irrespetuosos”, “déficit de trato respetuoso” y en prácticas como la evasión masiva del transporte público

o el “pituto” como norma relacional implícita. Los entrevistados perciben que esta desconfianza interpersonal socava cualquier intento de cohesión estructural, generando un “desacople” entre la identidad nacional simbólica (fuerte) y la capacidad de convivencia efectiva (débil).

La polarización política aparece como fractura máxima de esta cohesión frágil. Códigos como “fragmentación política y desapego ciudadano”, “brecha élites-sociedad en polarización”, “demonización del adversario” y “exceso adversarial del discurso político” describen un escenario donde la dinámica “ganador-perdedor” impide consensos mínimos. El estallido social de 2019 se lee como “evidencia de baja cohesión”, “expresión de malestar acumulado” y “quiebre del orgullo nacional”, mientras los procesos constituyentes fallidos (2022-2023) refuerzan la percepción de “parálisis decisional” y “deslegitimación institucional”. Esta polarización no solo divide, sino que “contagia” hacia instituciones clave (Congreso, Poder Judicial), erosionando la confianza vertical que podría sostener la horizontal.

Desde una perspectiva analítica, la categoría evidencia que la cohesión chilena opera bajo una lógica de mínimos pragmáticos, “cohesión como reglas de juego, no horizonte moral único”, “cohesión condicionada al contexto”, “cohesión como tarea de políticas públicas”. Los entrevistados relativizan visiones idealizadas de comunidad orgánica (“crítica a la visión organicista”), proponiendo en cambio un enfoque en “políticas concretas” para redistribución, educación cívica y regulación migratoria. Sin embargo, persiste un diagnóstico pesimista: “baja cohesión social”, “sociedad fracturada”, “descomposición del tejido social”, con la migración como catalizador que “complejiza” sin destruir, pero que amplifica tensiones preexistentes en regiones periféricas.

En síntesis, “Cohesión Frágil Episódica” describe una sociedad chilena que contiene sus conflictos mediante mecanismos rituales y

normativos mínimos, pero cuya estabilidad depende de la ausencia de shocks prolongados. La ausencia de “proyecto común” más allá de la gestión inmediata, combinada con desconfianza estructural y polarización, limita su capacidad para construir capital social duradero.

## MIGRACIÓN AMBIVALENTE CATALIZADORA

La categoría “Migración Ambivalente Catalizadora” captura la complejidad de la irrupción migratoria masiva en Chile (2015-2025) como fenómeno que simultáneamente desafía y reconfigura la identidad nacional y la cohesión social. Con 76 códigos (18% del corpus), saturada en 10 de 11 entrevistas, esta categoría articula la migración no como amenaza lineal, sino como catalizador dual, la que genera tensiones simbólicas y relacionales inmediatas, pero también oportunidades de autorreflexión y ajuste cultural a mediano plazo.

La ambivalencia constituye el eje interpretativo central. Los entrevistados reconocen contribuciones funcionales de los migrantes - “aporte migrante a calidad de servicios”, “aportes culturales y sociales de migrantes”, “migrantes cubriendo nichos laborales”, “migración como compensación demográfica”- particularmente en sectores como construcción, comercio informal y cuidado doméstico. Esta dimensión utilitaria se percibe como positiva en aspectos que van desde la “atracción migratoria por valores liberales chilenos”, “adaptación rápida a inmigración masiva”, “integración profesional de migrantes en el sur”. Sin embargo, coexiste con una percepción de amenaza simbólica e identitaria como la “percepción de nuevas migraciones como menos asimilacionistas”, “autoimagen chilena construida por contraste con migrantes”, “migración reciente como refuerzo de frontera nosotros-ellos”. La ola venezolana-haitiana (post-2015) se distingue de migraciones históricas andinas (peruanas) por su “magnitud inédita”, “cambio cualitativo por

magnitud” y “complejización identitaria”, alterando la homogeneidad relativa percibida y activando “racismo estructural chileno” latente.

El carácter catalizador se manifiesta en tres planos. Primero, identitario, la migración obliga a confrontar contradicciones del núcleo chileno “migración como detonante de autorreflexión identitaria”, “migración como catalizador de choque élite-sociedad”, revelando clasismo (“maltrato a migrantes de servicio”) y tensiones con el legalismo (“asociación mediática migración-delito”, “xenofobia popular ligada a ilegalidad”). Segundo, cohesivo: acelera fracturas preexistentes “impacto directo en cohesión social”, “competencia percibida por recursos”, “presión sobre comunidades receptoras” especialmente en regiones norteñas (Arica, Antofagasta), donde “choques culturales focalizados” y “regionalización del conflicto migratorio” erosionan el “mismo barco” nacional. Tercero, político, se instrumentaliza electoralmente “migración como recurso de campaña”, “estrategias de miedo en discurso sobre migración”, “chileno primero como respuesta a inseguridad”, amplificando polarización sin politización xenófoba masiva (“ausencia de politización xenófoba de migración”).

Analíticamente, la categoría destaca diferencias cualitativas, las migraciones “intraculturales” (peruanas, bolivianas) facilitan asimilación (“mayor integración histórica de migración andina vía asimilación”), mientras flujos “intercivilizacionales” (haitianos, venezolanos caribeños) generan “choques culturales iniciales y ajuste gradual”, con segunda generación como “puente” (“segunda generación asimilada”). Se rechaza esencialismo “crítica a discursos restrictivos”, “reconocimiento de migración como derecho humano”, pero se enfatiza capacidad limitada en torno a la “capacidad espacial del país”, “umbral entre migración e invasión”, “coincidencia boom migratorio-estancamiento económico”. Regionalmente, el norte absorbe impactos desproporcionados

("norte como ejemplo visible"), mientras el sur muestra "baja conflictividad migratoria".

Desde la perspectiva de identidad-cohesión, la migración actúa como espejo crítico reafirmando el núcleo resiliente por contraste ("autoimagen por superioridad regional"), pero tensiona cohesión frágil al revelar "déficit capital cívico" y "envidia-resentimiento estructural". Expertos advierten sobre el "llamado a gestionar la migración", "prevención de escaladas xenófobas" y "política identitaria explícita", reconociendo beneficios ("valoración positiva de la migración") pero riesgos ("potencial politización del miedo").

En síntesis, la categoría posiciona la migración como fenómeno transformador, catalizador de madurez nacional si es regulada inclusivamente, o de fractura si es instrumentalizada, complejizando la paradoja chilena de identidad fuerte ante cohesión precaria.

## EROSIONES ESTRUCTURALES CRÓNICAS

La categoría "Erosiones Estructurales Crónicas" concentra el diagnóstico más severo y estructural del análisis, identificando procesos profundos y persistentes que minan tanto la identidad nacional como la cohesión social chilenas. Con 68 códigos (16% del corpus) saturados en 9 de 11 entrevistas, esta categoría articula la percepción de que Chile enfrenta patologías sistémicas, partiendo por la desigualdad extrema, segregación socioespacial, ruptura del proyecto colectivo y degradación del capital cívico que no son coyunturales, sino heredadas de la arquitectura socio política vigente.

El concepto axial es la ruptura del "mismo barco", código saturado que sintetiza la pérdida de percepción de destino compartido: "ruptura del mismo barco", "sociedad fracturada", "descomposición del tejido social". Los entrevistados coinciden en que la desigualdad persisten-

te genera "envidia-resentimiento estructural", "ceguera de clase" y "brecha élites-sociedad", donde sectores populares perciben a las élites como desconectadas ("burbujas de élite", "desconexión élites-sectores populares"). Esta fractura clasista se vincula directamente con la identidad, siendo que el núcleo legalista-ordenado se percibe hipócrita ("coexistencia ley-pitudo", "formalismo normativo vs informalidad relacional"), erosionando el orgullo nacional y alimentando desconfianza crónica ("alta desconfianza entre personas").

La segregación socioespacial emerge como corrosivo territorial clave, "segregación territorial", "desconexión entre mundos sociales", "centralismo como fuente de malestar", "desigualdad y segregación socioeconómica". Santiago se configura como "archipiélago social" comunas ricas (Las Condes) vs periféricas (La Pintana), con "guetización espacial" y "privatización del espacio público" (malls como mezcla simulada). Regiones extremas amplifican: norte (migración más extractivismo), sur (mapuche), generando "marginalidad territorial subjetiva" y "rebeldía regional contra Santiago". Esta segregación no solo fragmenta cohesión ("desconexión entre mundos sociales"), sino que debilita identidad territorial ("arraigo territorial chileno" tensionado por centralismo RM).

El individualismo moral y degradación cívica completan la tríada erosiva: "individualismo estructural", "individualismo moral", "individualismo posrecimiento", "degradación del capital cívico", "déficit amistad cívica". Se diagnostica una sociedad de "auto-resolución individual de problemas", con "cultura de tutela" (ciudadanía como "menores") y "maltrato cotidiano entre chilenos" como norma implícita. Exclusiones interseccionales se agravan, "niños y mujeres como grupos excluidos", "exclusión juvenil Nínis", vinculando desigualdad con desarraigo generacional.

Analíticamente, estas erosiones son crónicas porque se arraigan en la idea del neoliberal-



lismo ("neoliberalismo como erosión de cohesión", "modelo económico como generador fracturas"), con secuencia 2011-2022 ("inicio ciclo crítico al modelo") culminando en estallido 2019 como "expresión malestar acumulado". Impactan identidad al generar "desacople identidad nacional vs cohesión social". El núcleo simbólico persiste, pero pierde legitimidad ante "injusticia distributiva percibida" y "brecha crecimiento-justicia". Cohesión se reduce a "mínimos pragmáticos" ("cohesión como reglas de juego"), vulnerable a shocks (migración, polarización).

Los entrevistados enfatizan herencia histórica, entre ellos: centralismo oligárquico (siglo XIX), transición excluyente (1990s), neoliberalismo subsidiario. Las críticas incluyen "crítica a segregación santiaguina", "neoliberalismo motor individualismo cultural", demandando "prioridad al proyecto país sobre cohesión" vía políticas redistributivas, descentralización y educación cívica.

En síntesis, las erosiones estructurales crónicas posicionan a Chile en una encrucijada fundamental, ya que sin intervención colapsa debido a su cohesión frágil y diluyen núcleo identitario; al contrario, intervenidas, catalizan madurez nacional.

## PLURALIDAD Y SUBIDENTIDADES ANIDADAS

La categoría "Pluralidad y Subidentidades Anidadas" revela que la identidad nacional chilena no opera como cuerpo homogéneo, sino como estructura jerárquica donde un núcleo compartido mínimo coexiste y se tensiona con múltiples pertenencias particulares tales como regionales, étnicas, generacionales y clasistas, las que funcionan como capas anidadas dentro del proyecto nacional. Con 55 códigos (13% del corpus) saturados en 8 de 11 entrevistas, esta categoría desafía narrativas esencialistas, posicionando la pluralidad como rasgo consti-

tutivo de lo chileno, pero fuente simultánea de enriquecimiento y conflicto.

El concepto "subidentidades anidadas" captura esta dinámica: "identidades anidadas particulares dentro de nación", "identidad nacional no monolítica", "identidad plural interna", "identidades regionales y transfronterizas diferenciadas". El núcleo identitario (bandera, legalismo) actúa como contenedor superior, pero se nutre y tensiona por pertenencias subordinadas. Territorialmente, se distinguen "identidad norteña vs sureña vs central", "Chile como mosaico cultural", "pluralidad de Chiles", norte (aimara-fronteriza, extractivista), sur (mapuche autónoma, patagónica aislada), centro (cosmopolita santiaguina). El "centralismo como fuente de malestar" y "rebeldía regional contra Santiago" evidencian fuerzas centrífugas, con "autonomía simbólica regional" y "desjerarquización centro-región" cuestionando el "milagro de la unidad territorial".

Étnicamente, el mapuche emerge como subidentidad potente, "conflicto identitario focalizado Araucanía", "mapuche como nación paralela", "dualidad bandera mapuche-chilena", "asimetría en reconocimiento de pueblos originarios", "plurinacionalidad como debilitamiento identidad nacional". Se percibe como "conflicto intranacional recurrente" que choca con el Estado unitario, demandando "reconocimiento de banderas subnacionales" sin disolución nacional. Migración reciente amplifica pluralidad, "segunda generación asimilada", "chilenidad plurinacional emergente", complejizando homogeneidad lingüística ("castellano dominante", "lenguas originarias subordinadas").

Clasistamente, "identidades de clase no comunicantes", "brecha élites-sociedad", "burbujas de élite", élites globalizadas vs populares-territoriales, generando "ceguera de clase" y "envidia-resentimiento estructural".

Generacionalmente, "brecha generacional identidad": boomers ordenados vs Gen Z multicultural ("juventud orientada cultura global"),

con “ruptura generacional respeto himno” y pertenencias digitales fragmentadas.

Analíticamente, estas subidentidades enriquecen el núcleo (“emergencia identidades regionales”, “identidad más heterogénea”) pero fragmentan cohesión (“pluralidad y competencia identitaria también entre pueblos originarios”, “identidad nacional fragmentada”). Se rechaza homogeneidad esencialista (“crítica esencialismo identitario”, “identidad no homogénea”), favoreciendo “identidad como promedio negociado” y “compatibilidad patriotismo nacional-lealtades múltiples”. Tensiones incluyen “conflicto sobre grado intervención” (plurinacionalismo vs unitarismo) y “emergencia identidades regionales” (Concepción rebelde, Patagonia aislada).

“identidad no homogénea”), favoreciendo “identidad como promedio negociado” y “compatibilidad patriotismo nacional-lealtades múltiples”. Tensiones incluyen “conflicto sobre grado intervención” (plurinacionalismo vs unitarismo) y “emergencia identidades regionales” (Concepción rebelde, Patagonia aislada).

En relación identidad-cohesión, pluralidad anidada tensiona el núcleo resiliente (“plurinacionalismo percibido amenaza Estado nacional”) pero potencializa hibridación (“identidad real híbrida”, “identidades anidadas”). Expertos llaman a “reconocimiento de diversidad interna” sin “fragmentación identitaria terminal”, vía descentralización y educación plurinacional.

En síntesis, la categoría posiciona a Chile como nación plural por diseño geográfico-histórico, donde subidentidades anidadas desafían homogeneidad, pero enriquecen resiliencia si gestionadas inclusivamente.

## CRÍTICAS Y AUTORREFLEXIÓN ESTRATÉGICA

La categoría “Críticas y Autorreflexión Estratégica” representa la dimensión introspectiva y propositiva del análisis, donde los entrevistados no se limitan a diagnosticar problemas, sino que ejercen una autocrítica profunda sobre el carácter nacional y proponen caminos reconstructivos para la identidad y cohesión chilenas. Con 48 códigos (11% del corpus) saturados en 8 de 11 entrevistas, esta categoría articula una mirada madura que reconoce patologías estructurales a codo el clasismo racista, legalismo hipócrita, élites desconectadas como herencia histórica, pero enfatiza la capacidad transformadora de intervenciones focalizadas.

La autocrítica se centra en patologías del carácter nacional. Destacan “autocrítica de inmadurez”, “autocrítica sobre carácter nacional” e “inmadurez culturalnacional”, diagnosticando rasgos como “timidez y desconfianza”, “falta de sabiduría política” y “crítica a actitud adolescente hacia el pasado”. El legalismo se revela contradictorio, “formalismo normativo vs informalidad relacional”, “coexistencia ley-pitudo”, donde obediencia aparente coexiste con resquicios pragmáticos, erosionando credibilidad. Clasismo y racismo estructurales emergen como claves “ceguera de clase”, “racismo estructural chileno”, “maltrato a migrantes de servicio”, con “élites conservadoras y control cultural” ignorando realidades populares (“burbujas de élite”). Otras críticas incluyen “cultura de tutela” (ciudadanía como dependiente), “individualismo moral” y “crítica a segregación santiaguina”, vinculando neoliberalismo (“neoliberalismo motor individualismo cultural”) a fracturas persistentes.

Esta autocrítica es histórica y estructural, se critica la “transición democrática incompleta”, “politización xenófoba” pero “instrumentalización política migración”, y “crítica al desempeño de la democracia y el capitalismo”. Se re-

lativizan conceptos como el excepcionalismo ("crítica a la excepcionalidad chilena", "peligros autoexcepcionalismo"), reconociendo Chile como "patrón clásico de nación" con "pluralidad identidades internas" no gestionada.

La dimensión estratégica propone una reconstrucción activa. Prioridad absoluta la educación cívica ("educación cívica desde Estado", "educación como herramienta central identidad", "educación cívica urgente"), enfatizando historia plurinacional, amistad cívica y contrarrestar incivilidad. Rituales inclusivos ("ritos patrios refuerzo identitario multicultural"), liderazgo unificador ("llamado madurez colectiva", "líderes unificadores necesarios") y políticas focalizadas ("agenda práctica cohesión", "prioridad soluciones concretas") complementan. Se demanda "reconstrucción desde núcleo resiliente más inclusión subidentidades", con

"descentralización real" y "política identitaria explícita" para migración ("llamado a gestionar migración").

Analíticamente, la categoría integra diagnóstico-propuesta compuesta por patologías como "crítica visión organicista comunidad" (rechazo esencialismos) demandan "necesidad definiciones finas", priorizando "valores compartidos núcleo" sobre homogeneidad. Impacto en identidad-cohesión: autocrítica fortalece resiliencia al confrontar hipocresías ("crítica esencialismo identitario"), mientras estrategias reconstruyen capital cívico degradado.

En síntesis, representa madurez analítica, Chile enfrenta "crisis representación" pero posee herramientas tales como la educación, los rituales o el liderazgo para transitar de la fragilidad a la cohesión estratégica.

## CONCLUSIONES GENERALES GRUPO 1

El análisis cualitativo de estas 11 entrevistas revela que la identidad nacional chilena existe de manera robusta y resiliente, centrada en un núcleo simbólico y cosmovisional que perdura pese a tensiones estructurales intensas. Este núcleo se compone principalmente de una fuerte identificación afectiva con la bandera nacional, presente en todas las entrevistas como emblema transversal que genera emociones intensas en contextos cotidianos, deportivos y hasta protestas sociales, junto con un legalismo profundo y un arraigo territorial que definen el “ADN chileno” como ordenado y formalista. Sin embargo, esta identidad fuerte no se traduce en cohesión social sólida, configurando una paradoja central, los símbolos patrios potentes coexisten con una convivencia frágil y episódica, activada solo en rituales coyunturales como fiestas patrias o éxitos deportivos.

La cohesión social emerge como inherentemente débil, sustentada en un círculo vicioso de desconfianza interpersonal crónica e incivilidad cotidiana, agravado por polarización política e instituciones deslegitimadas post-estallido de 2019.

Factores catalizadores como la migración masiva ambivalente erosionan este tejido al generar rechazo reactivo hacia migrantes percibidos como menos asimilacionistas, aunque también

aportan dinamismo económico y forzando una autocrítica sobre el racismo y clasismo estructural chilenos. La juventud, particularmente la Generación Z, actúa como agente disruptivo al rechazar narrativas históricas tradicionales y exhibir desarraigo urbano-digital, mientras erosiones crónicas como la desigualdad extrema y la segregación espacial rompen la percepción del “mismo barco” nacional.

Conceptos característicos del análisis incluyen la “resiliencia tricéfala” del núcleo identitario —simbólica (bandera/himno), cosmovisional (legalismo/orden) y diferencial (contraste con vecinos/migrantes)— frente a una “fragilidad tricéfala” de la cohesión —episódica (rituales), estructural (desconfianza) y relacional (incivilidad). Emerge una pluralidad de subidentidades anidadas (territoriales como nortea/mapeche, generacionales y de clase) que enriquecen, pero tensionan la homogeneidad percibida, culminando en una autorreflexión estratégica que diagnostica patologías como el “pituto hipócrita” y propone reconstrucción vía educación cívica inclusiva y rituales multiculturales.

En síntesis, Chile enfrenta una identidad resiliente en tensión estructural, donde el núcleo simbólico ancla la nación, pero no compensa fracturas profundas que amenazan su cohesión futura.



## RESULTADOS ANÁLISIS CONSULTAS DIRECTAS GRUPO 2

### RASGOS CULTURALES POSITIVOS

La categoría axial “Rasgos Culturales Positivos” integra 62 códigos abiertos del total de 334 identificados en la codificación inicial, logrando una cobertura del 19.2% destacando su rol como núcleo identitario robusto emergente de las entrevistas. Cualitativamente, este conjunto captura un repertorio simbólico-cultural compartido el que está anclado en familia extensa, tradiciones festivas o gastronómicas, resiliencia/solidaridad ante crisis, creatividad humorística y símbolos transversales como bandera, himno, territorio e idioma que opera como autoafirmación positiva y diferenciador regional, aunque ambivalente por la coexistencia con la noción de viveza criolla.

Esta densidad cuantitativa (62/334 códigos) valida su emergencia inductiva vía comparación constante, posicionándola como condición contextual para categorías posteriores (unidad reactiva o amenazas), donde el capital cultural latente sostiene el orgullo nacional, pero requiere activación ritual para una cohesión efectiva, alineándose con el paradigma Strauss-Corbin en ATLAS.ti o Teoría Fundamentada. El análisis revela un perfil identitario resiliente pero subutilizado en lo cotidiano, base para relaciones causales en fases selectivas.

La categoría “Rasgos Culturales Positivos” permite observar cómo los entrevistados articulan un núcleo de chilenidad que opera simultáneamente como repertorio de autoafirmación, marco de reconocimiento mutuo y

recurso potencial para la cohesión social, aun en un contexto de alta conflictividad política y transformaciones estructurales. Este núcleo se despliega en tres dimensiones estrechamente vinculadas: tradiciones y costumbres, rasgos de personalidad atribuidos a “los chilenos” y un conjunto de símbolos cotidianos que condensan pertenencia territorial, histórica y afectiva.

En primer lugar, las tradiciones y costumbres aparecen como soportes privilegiados de la identidad nacional. Los discursos recurren de manera reiterada a la centralidad de la familia extensa —incluyendo abuelos, primos y hermanos— como espacio primario de socialización y contención, dotando a la chilenidad de un anclaje fuertemente relacional. La familia no solo organiza la vida cotidiana, sino que se proyecta como matriz valorativa que estructura expectativas de cuidado, reciprocidad y lealtad, incluso por sobre los vínculos de amistad, lo que diferencia a Chile de otras sociedades percibidas como más individualistas. A este foco familiar se suma un entramado de prácticas festivas y gastronómicas que los entrevistados presentan como marcadores identitarios evidentes, las fiestas patrias, con su combinación de “alegría efímera”, “pillería”, humor y consumo colectivo de empanadas, marraqueta, cazuela, “asados” y bebidas típicas, son recurrentemente mencionadas como momentos en que “aparece” una forma de ser chileno que el resto del año se expresa de manera más difusa. Tales prácticas refuerzan la idea de una cultura común que se cocina, se baila y se celebra, y que sigue operando como repertorio compartido incluso en generaciones

jóvenes expuestas a flujos globales de bienes culturales.

En segundo lugar, la categoría agrupa un conjunto de rasgos de personalidad atribuidos al "chileno" que configuran una autoimagen positiva, aunque no exenta de ambivalencias. La resiliencia ocupa un lugar central, diversos entrevistados describen a la sociedad chilena como acostumbrada a "salir adelante" frente a la adversidad, ya sea en forma de desastres naturales, crisis políticas o fracasos deportivos. Esta resiliencia se acompaña de una solidaridad que se activa con particular fuerza en situaciones límite (terremotos, incendios, enfermedades graves), reforzando la percepción de que, más allá del conflicto cotidiano, existe un "sustrato solidario" que puede hacerse visible cuando la familia, la comunidad o "el país" se perciben en riesgo. Junto con ello, se destaca la creatividad, particularmente en el registro humorístico y digital, y la ocurrencia para generar "memes", ironías y relatos que reinterpretan los acontecimientos desde una mirada local, lo que se lee como capacidad cultural de apropiación simbólica de lo global.

Este conjunto de atributos positivos se complejiza, sin embargo, por la coexistencia con rasgos menos favorables que también forman parte del imaginario identitario, como el "miedo al cambio", la desconfianza y ciertas formas de "pillaje" o informalidad normalizada. Varios relatos señalan que el mismo ingenio que permite "arreglárselas" frente a la adversidad se expresa en prácticas que tensionan el legalismo declarado. Por ejemplo, el uso del "pituto" o la búsqueda sistemática de resquicios normativos, introducen una fisura entre el ideal cívico y la práctica cotidiana. De este modo, la categoría no describe únicamente un "catálogo de virtudes nacionales", sino un perfil cultural ambivalente en el que resiliencia, solidaridad y creatividad conviven con estrategias adaptativas que pueden debilitar la confianza institucional y la igualdad ante la ley.

En tercer lugar, los símbolos cotidianos de la nación como la bandera, himno, territorio, idioma e instituciones concentran una carga afectiva significativa y funcionan como condensadores de estos rasgos culturales. La bandera y el himno destacan como emblemas de alta identificación transversal, especialmente activados en contextos deportivos y rituales patrios, donde generan experiencias de emoción compartida que "tocan una fibra" más allá de las adscripciones ideológicas. La presencia de la bandera en viviendas rurales durante todo el año, y no solo en septiembre, es leída como indicador de arraigo territorial e histórico, reforzando la idea de una pertenencia que se vive desde el lugar y no solo desde el discurso. A estos emblemas se suman el idioma -con su acento y vocabulario propios- y las normas jurídicas e institucionales, que se reconocen como marcos compartidos que distinguen a Chile en el contexto regional y que sostienen parte del orgullo nacional.

Desde la perspectiva del objetivo general del estudio, que es comprender la relación entre identidad nacional y cohesión social, la categoría "Rasgos Culturales Positivos" evidencia que existe un núcleo de significados, prácticas y símbolos relativamente robusto, que podría operar como recurso integrador en un contexto de alta fragmentación. Sin embargo, su eficacia cohesiva no es automática, por una parte, estos rasgos se activan con mayor fuerza en ámbitos íntimos o festivos que en espacios públicos conflictivos; por otra, su dimensión ambivalente (especialmente en el cruce entre resiliencia, "viveza" y desconfianza) puede tanto favorecer la cooperación como justificar prácticas que erosionan la confianza y la igualdad.

En síntesis, el análisis axial de esta categoría sugiere que la identidad nacional chilena cuenta con un "capital cultural positivo" significativo -tradiciones familiares y festivas, resiliencia, creatividad, símbolos afectivamente cargados- que sigue siendo ampliamente compartido entre los expertos entrevistados. No obstan-

te, dicho capital opera hoy más como reserva latente que como estructura vertebradora de la vida colectiva, su articulación con las otras categorías (unidad reactiva, amenazas a la cohesión, dinámicas migratorias, evolución histórica) determinará en qué medida estos rasgos culturales pueden transformarse en soportes efectivos de cohesión social y no solo en motivos de orgullo o nostalgia identitaria.

## MECANISMOS DE UNIDAD REACTIVA

La categoría axial “Mecanismos de Unidad Reactiva” engloba 52 códigos abiertos del total de 334 identificados en la codificación inicial, representando una cobertura del 15.6% y consolidándose como el segundo núcleo emergente con alta densidad en dinámicas coyunturales. Cualitativamente, este conjunto revela patrones de cohesión episódica activada por eventos catalizadores deportes, rituales, desastres naturales y colectas personalizadas que generan solidaridad circunstancial y emoción transversal, superando brechas políticas o de clase cuando hay “cara y nombre”, pero desvaneciéndose en la rutina.

Esta cobertura cuantitativa (52/334 códigos) confirma su saturación conceptual en comparación constante, posicionándola como fenómeno de acción-interacción condicionado por el núcleo cultural positivo previo, con consecuencias como capital social latente no institucionalizado, clave para explicar la fragilidad de la cohesión chilena cotidiana y base para amenazas estructurales posteriores. Los códigos enfatizan la bipolaridad (convergencia-disgregación), ilustrando cómo la identidad nacional provee repertorios simbólicos reactivos en crisis.

La categoría “Mecanismos de Unidad Reactiva” revela una dinámica social en la que la cohesión emerge de manera intensa pero transitoria, activada por eventos excepcionales que

funcionan como catalizadores temporales de identificación colectiva y solidaridad, sin traducirse en estructuras de cooperación más perdurables. Este patrón, que replica y amplía hallazgos del criterio anterior sobre “cohesión episódica por rituales transversales”, evidencia una sociedad que posee capacidades integradoras latentes, sea resiliencia, generosidad o sentido de pertenencia pero que las despliega predominantemente en respuesta a crisis o celebraciones, dejando el tejido social cotidiano vulnerable a la fragmentación.

La primera dimensión de esta reactividad se centra en los eventos unificadores, que operan como “interruptores” de unidad nacional. La Teletón, el fútbol (especialmente triunfos internacionales como las Copas América), los desastres naturales (terremotos, incendios) y campañas por niños enfermos son mencionados de forma reiterada como momentos en los que “aparece” la solidaridad chilena, superando divisiones políticas, de clase o generacionales. Estos rituales generan experiencias de emoción compartida, “todos con la camiseta roja”, “el país se para”, “voluntarios de todo Chile”, que los entrevistados describen como evidencias de un “sustrato solidario” subyacente. Particularmente notable es el rol del deporte (fútbol, rugby, tenis), que no solo une, sino que también proyecta una imagen de Chile “ganador” y “representado”, reforzando la identidad nacional a través de la defensa de “los colores”. Sin embargo, esta unidad es calificada como “reactiva” o “circunstancial”: depende de narrativas personalizadas (historias de familias afectadas, rostros concretos) más que de principios abstractos, y tiende a desvanecerse una vez superada la coyuntura.

Una segunda dimensión destaca la solidaridad circunstancial, que se activa especialmente cuando la amenaza toca lo próximo: la familia, la comunidad o el territorio inmediato. Los desastres naturales y las colectas por niños enfermos funcionan como ejemplos paradigmáticos, donde los entrevistados observan que los

chilenos “se unen cuando hay cara y nombre”, pero son menos generosos ante problemas abstractos o estructurales. Esta lógica interpersonal explica por qué el voluntariado en emergencias (incendios en Valparaíso, terremotos) logra convergencia interregional y transclase, pero no se replica en la vida ordinaria, donde prevalecen el cierre de círculos y la desconfianza hacia lo desconocido. El contraste con el individualismo cotidiano es explícito “somos una gran familia cuando hay riesgo, pero en lo abstracto cada uno mira lo suyo”.

Desde el punto de vista metodológico de la teoría fundamentada, esta categoría axial conecta directamente con “Rasgos Culturales Positivos”, así la resiliencia, la solidaridad y el orgullo deportivo que se manifiestan en estos momentos son precisamente los elementos del núcleo identitario que se “ponen en juego” bajo presión. Sin embargo, su carácter episódico, “instancias reaccionarias”, “unidad cuando pasa algo”, revela una limitación estructural. Estos mecanismos no generan capital social perdurable ni instituciones de cooperación continua, dejando a la sociedad dependiente de shocks para activar sus potenciales integradores. Esta dinámica reactiva también se vincula con “Amenazas a la Cohesión”, tales como la polarización política y el individualismo posneoliberal que erosionan la capacidad de traducir estas experiencias temporales en compromisos colectivos más amplios, perpetuando un ciclo de convergencia-disgregación.

En relación con el objetivo del estudio, la categoría ilustra cómo la identidad nacional, a través de sus símbolos y valores, provee un repertorio simbólico para momentos de unidad reactiva, pero no basta por sí sola para sostener cohesión social en contextos de rutina conflictiva o transformaciones demográficas intensas como la migración masiva. Los entrevistados coinciden en que estos mecanismos, aunque efectivos en la crisis, no resuelven las fracturas de fondo (desconfianza institucional, desigualdad, cierre grupal), sugiriendo que

la cohesión chilena depende menos de la intensidad simbólica de la identidad que de la construcción de dispositivos institucionales y culturales capaces de institucionalizar estas experiencias reactivas en prácticas cotidianas más inclusivas y equitativas. Esta tensión entre potencial simbólico y fragilidad estructural es clave para entender por qué, pese a la robustez del núcleo cultural, la sociedad chilena se percibe como “desunida” en el día a día.

## AMENAZAS A LA COHESIÓN

La categoría axial “Amenazas a la Cohesión” integra 62 códigos abiertos del total de 334, alcanzando una cobertura del 18.6% y posicionándose como el núcleo más denso de procesos erosivos identificados inductivamente. Cualitativamente, concentra dinámicas como polarización política (lógicas adversariales, mediocridad institucional, politización transversal), individualismo pos-neoliberal (cierre grupal, defensa de pensiones/recursos), desconfianza crónica (institucional e interpersonal) y fragmentación simbólica (quiebre identitario y pérdida de referentes cívicos), que se filtran al espacio cotidiano y erosionan el potencial del núcleo cultural reactivo.

Esta densidad cuantitativa (62/334 códigos) valida su emergencia como condición causal principal de la fragilidad cohesiva, mediando entre rasgos positivos y mecanismos episódicos, con consecuencias como “desunión estructural” pese a capacidades latentes, alineada al marco teórico-fundamentado del informe. Los códigos evidencian un tejido social vulnerable a confrontaciones políticas y desigualdades históricas demandando intervenciones institucionales para revertir el ciclo.

La categoría “Amenazas a la Cohesión” concentra los procesos estructurales, institucionales y culturales que erosionan la capacidad de la sociedad chilena para sostener vínculos colectivos más allá de los momentos reactivos,



configurando un tejido social caracterizado por desconfianza crónica, polarización y fragmentación simbólica. Esta dimensión axial, revela que factores como la polarización política, el individualismo exacerbado y la desconfianza interpersonal minan el potencial integrador del núcleo cultural positivo y de los mecanismos de unidad episódica.

La polarización política emerge como la amenaza más aguda y recurrente, descrita como un tránsito desde una etapa de “acuerdos amplios” (transición democrática, años 1990–2000) hacia una dinámica de trincheras que prioriza la confrontación sobre la construcción de proyecto nacional compartido. Los entrevistados critican lógicas de “nosotros/ellos”, ataques personales y la explotación mediática del conflicto, que convierten a la política en un factor desintegrador en lugar de articulador. Esta polarización no se limita al ámbito partidario, se va filtrando a la vida cotidiana, dividiendo familias, amistades y espacios laborales, y se asocia con una percepción de mediocridad de las élites políticas, que pierden legitimidad para representar “lo común”. En términos de teoría fundamentada, estos códigos evidencian condiciones causales como la crisis de confianza institucional (post-estallido 2019, procesos constitucionales fallidos) que alimentan estrategias de acción-interacción de tipo adversarial, con consecuencias como la “demonización del adversario” y la fractura del espacio público.

Un segundo eje de amenaza es el individualismo y la fragmentación social, que se manifiestan en el cierre de círculos afectivos, la defensa de lo propio (pensiones, recursos, beneficios) y una menor disposición a priorizar “lo colectivo” abstracto. Esta tendencia se agrava por la desconfianza interpersonal —normalización del “pituto”, maltrato cotidiano, evasión en espacios públicos— y por la segregación territorial y de clase, que genera “burbujas sociales” desconectadas entre sí. El resultado es una identidad nacional que se vive más en el ámbito

privado (familia, tradiciones) que, en el público, y una cohesión que depende de rituales reactivos en lugar de instituciones compartidas.

La fragmentación simbólica y cultural completa el cuadro de amenazas, varios códigos aluden a una identidad nacional en “quiebre” o “difusa”, afectada por la politización de símbolos, la emergencia de subidentidades (pueblos originarios, migrantes) y la pérdida de referentes comunes como la educación cívica o el catolicismo unificador. La ausencia de educación cívica en el sistema escolar es mencionada como un déficit clave que impide la transmisión de valores comunes y fomenta la polarización. Estos procesos generan una percepción de retroceso en la identidad compartida, donde lo que une está “en negativo” (duda compartida, adversidad) y es más potente que consensos positivos explícitos.

Desde el objetivo del estudio, esta categoría ilustra cómo las amenazas a la cohesión no provienen de una debilidad intrínseca de la identidad nacional que mantiene un sustrato cultural positivo, sino de mediaciones institucionales fallidas y dinámicas sociales que impiden su traducción en prácticas colectivas inclusivas. La polarización política actúa como condición causal principal, exacerbada por la desconfianza y el individualismo, con consecuencias como la fragmentación simbólica que debilita el repertorio integrador del núcleo cultural. Para revertir esta erosión, los entrevistados coinciden en la necesidad de recuperar la educación cívica, reformar la política hacia lógicas de acuerdo y fortalecer dispositivos que institucionalicen la unidad reactiva evitando que la identidad nacional quede reducida a un motivo de nostalgia o confrontación.

## DINÁMICAS MIGRATORIAS

La categoría axial “Dinámicas Migratorias” comprende 51 códigos abiertos del total de 334, logrando una cobertura del 15.3% y desta-

cando su rol como catalizador ambivalente en la emergencia teórica. Cualitativamente, distingue migración histórica positiva (absorción cultural como la migración peruana) de flujos recientes masivos (venezolanos/haitianos), con acogida cotidiana selectiva (profesionales o vecinal) contrastando con el rechazo discursivo actual (competencia laboral, xenofobia y guetos), amplificado por politización y falta de marcos estatales.

Esta densidad (51/334 códigos) confirma una saturación en comparación constante, actuando como condición contextual desafiante que prueba límites del núcleo identitario y reactividad, con consecuencias como redefinición plural forzada (hibridación cultural) o nativismo, demandando políticas asimilacionistas para integrar potencial demográfico. Los códigos ilustran disimetría público-privado como espejo de cohesión frágil. La categoría “Dinámicas Migratorias” configura un campo de prueba crucial para la relación entre identidad nacional y cohesión social, evidenciando cómo la migración masiva reciente (2015–2025) actúa como catalizador ambivalente que tensiona el núcleo cultural positivo y la unidad reactiva mientras expone las fragilidades estructurales de la sociedad chilena. Siguiendo la lógica de la teoría fundamentada, esta categoría axial articula condiciones causales (flujos históricos vs masivos), fenómenos centrales (acogida selectiva vs rechazo reactivo) y consecuencias (redefinición identitaria forzada), replicando y matizando el patrón “migración ambivalente catalizadora”.

La primera dimensión distingue entre una tradición histórica de acogida relativamente positiva y el rechazo predominante ante las oleadas recientes, particularmente venezolanas, haitianas y colombianas. Los entrevistados reconocen que Chile ha sido un país receptivo a migrantes europeos y latinoamericanos culturalmente próximos (peruanos, argentinos), asociando estos flujos a contribuciones económicas y absorción cultural exitosa —por

ejemplo, la ranchera mexicana o la mano de obra peruana en construcción y servicios domésticos—. Esta fase se percibe como “natural” y manejable por su menor volumen y similitudes idiomáticas/culturales. Sin embargo, la migración masiva actual genera una transición hacia el rechazo, atribuida a la sobrecarga de servicios públicos, competencia laboral en sectores precarios y percepción de desorden o delincuencia asociada, aunque los datos sean matizados (porcentaje minoritario de migrantes involucrados). Esta distinción histórica vs reciente opera como condición causal clave que explica el giro perceptual.

En segundo lugar, se evidencia una disimetría entre trato cotidiano y discurso público, entendiendo que en la interacción uno a uno o vecinal, predomina la aceptación (“la vecina acoge al migrante”, “aprecio por venezolanos profesionales”), pero en el plano discursivo y político emerge el rechazo con fuerza (“monstruo que quita trabajo”, “sobrecarga”, prejuicios raciales). Esta ambivalencia se explica por la falta de integración efectiva, la formación de guetos y círculos cerrados de connacionales, escasa invitación a espacios familiares chilenos, y políticas estatales deficitarias que no logran asimilación cultural ni acceso equitativo a derechos. Los entrevistados destacan barreras como el choque idiomático, diferencias fenotípicas y prácticas religiosas, que activan xenofobia latente, especialmente en estratos populares y regiones fronterizas. A nivel de acción-interacción, la migración se politiza como “arma electoral”, amplificando narrativas de invasión que tensionan la amistad cívica y el sentido de “mismo barco”.

Las consecuencias para la identidad nacional son profundas, la migración fuerza una redefinición de “ser chileno/a”, cuestionando un imaginario eurocéntrico y homogéneo al introducir nuevas marcas culturales, fenotipos y demandas de plurinacionalidad. Mientras algunos ven en ella un “enriquecimiento” y “vitalidad demográfica” (segunda generación asimilada, di-

namismo económico), otros la perciben como amenaza al núcleo cultural (competencia simbólica, dilución de tradiciones), exacerbando la fragmentación identitaria. Desde el objetivo del estudio, esta categoría ilustra cómo la migración no solo interpela la cohesión, revelando sus límites reactivos y la fragilidad ante lo “otro”, sino que también desafía el núcleo identitario al expandirse hacia formas más inclusivas, aunque con riesgo de nativismo reactivo si no se acompañan de políticas de integración efectiva (educación intercultural, marcos normativos claros). En este sentido, la ambivalencia migratoria funciona como espejo crítico de la sociedad chilena, su capacidad de absorber diversidad dependerá de articular el capital cultural positivo con reformas institucionales que eviten la reproducción de exclusiones.

## EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y CONTEXTUAL

La categoría axial “Evolución Histórica y Contextual” reúne 31 códigos abiertos de los 334 del libro de códigos, alcanzando una cobertura del 9.3% y configurándose como el marco temporal de fondo que permite entender por qué la identidad nacional chilena se presenta hoy como un núcleo resiliente pero tensionado por fracturas no resueltas. Estos códigos reconstruyen una trayectoria que va desde una identidad insular y homogénea asociada al aislamiento geográfico y la épica republicana, pasando por la apropiación autoritaria de los símbolos durante la dictadura y la recomposición pragmática de la transición democrática, hasta el quiebre simbólico del estallido social de 2019 y la posterior globalización generacional, que diluye referentes tradicionales y pluraliza las formas de “ser chileno”.

Cualitativamente, esta categoría opera como condición causal y contextual para las demás, ya que muestra cómo el capital simbólico positivo actual (familia, fiestas y símbolos) es heredero de una historia de homogeneización na-

cional, a la vez que las amenazas a la cohesión se anclan en fracturas acumuladas, sea una desigualdad histórica o la crisis de confianza institucional. La combinación de 31 códigos que aluden a hitos, memorias y transformaciones (transición, estallido, globalización) refuerza la idea de un palimpsesto identitario, donde capas históricas superpuestas explican la coexistencia de orgullo nacional, polarización aguda y demandas de reconfiguración plural de la chilenidad, cerrando el mapa de categoría axial con un anclaje histórico denso.

La categoría “Evolución Histórica y Contextual” proporciona el marco temporal y explicativo que permite comprender la configuración actual de la identidad nacional y la cohesión social como resultado de procesos discontinuos de construcción, ruptura y recomposición, atravesados por hitos políticos, económicos y culturales que han reordenado los significados de “ser chileno” en distintos momentos históricos. En línea con la teoría fundamentada, esta categoría axial opera como condición causal de fondo, contextualizando las otras dimensiones (rasgos culturales, unidad reactiva, amenazas, migración) y evidenciando trayectorias de cambio generacional y estructural que tensionan el núcleo identitario tradicional.

El análisis de los códigos revela una periodización implícita en los discursos, una identidad “insular y autocéntrica” predominante hasta fines del siglo XX, marcada por el aislamiento geográfico (cordillera, desierto, hielos continentales) y la narrativa épica republicana (Guerra del Pacífico, consolidación territorial), que forjó un imaginario de homogeneidad cultural y legalismo como diferenciadores regionales. Esta fase, heredera de la conquista española y la herencia católica, se reproduce en la educación cívica tradicional y en rituales como las fiestas patrias, proporcionando el sustrato de los “rasgos culturales positivos” observados en la primera categoría.

El análisis nos muestra que la denominada “transición democrática” (1990–2010) repre-

senta un momento de recomposición parcial de la sociedad mediante “acuerdos amplios” entre Concertación y derecha, los que permiten una cohesión pragmática centrada en el desarrollo económico y el reconocimiento del adversario político como parte de un proyecto nacional común, fortaleciendo la imagen de Chile como “país exitoso” en contraste con el resto de Latinoamérica.

Este período consolida rasgos como el legalismo y la resiliencia económica, pero también siembra las semillas del individualismo posneoliberal y la segregación espacial (guetización en Santiago, brechas regionales), que erosionan la cohesión desde dentro.

El estallido social de 2019 actúa como punto de inflexión, generando un cuestionamiento radical de símbolos patrios (quema de banderas), fractura simbólica y rechazo a la élite política, pero también revalorización defensiva de la bandera y el himno como reclamos de inclusión y reconocimiento nacional.

A nivel generacional, se observa una evolución hacia una chilenidad más globalizada y plural, las generaciones anteriores a los noventa y dos mil evocan una identidad “reservada y legalista”, mientras las posteriores se perciben como “dueñas del mundo”, con mayor vinculación mundial, cosmopolitismo y permeabilidad cultural, aunque también mayor fragmentación por redes sociales y subculturas digitales. La globalización y el éxito relativo económico han transformado la autoimagen de insular a diferenciada (“soy distinto en Latinoamérica”), pero también han diluido referentes unificadores como el catolicismo o la educación cívica tradicional.

Los hitos históricos han fortalecido un núcleo simbólico y cultural resiliente (rasgos positivos), pero también han generado fracturas que alimentan las amenazas actuales (polarización, individualismo). La transición demuestra que la política puede recomponer la cohesión cuando prioriza acuerdos sobre confrontación, mientras el estallido y la migración actual ilustran

cómo las crisis catalizan tanto ruptura como redefinición identitaria. Para el futuro, los entrevistados sugieren que la evolución hacia una identidad híbrida podría ser viable si se institucionaliza a través de educación cívica renovada y políticas descentralizadoras, evitando que la pluralidad derive en fragmentación irreversible.

En síntesis, la historia chilena no es lineal ni unívoca, sino un palimpsesto de recomposiciones que explica por qué el país mantiene un sentido de nación pese a la fragilidad de su cohesión cotidiana.







## CONCLUSIONES GENERALES (TEORÍA FUNDAMENTADA)

Los principales hallazgos del análisis cualitativo de las entrevistas, estructurado mediante codificación axial en seis categorías interconectadas, revelan que la identidad nacional chilena se configura como un núcleo cultural y simbólico relativamente resiliente, pero con capacidad limitada para sostener una cohesión social estructural en el contexto contemporáneo de polarización política, individualismo creciente y transformaciones demográficas intensas.

En primer lugar, emerge un conjunto robusto de rasgos culturales positivos que definen el "ADN chileno", partiendo por la centralidad de la familia extensa como espacio primario de socialización y contención, tradiciones festivas y gastronómicas (fiestas patrias), y una autoimagen de resiliencia, solidaridad y creatividad humorística que se activa ante adversidades. Estos elementos se condensan en símbolos afectivos como la bandera y el himno nacional, especialmente potentes en contextos rituales deportivos o territoriales rurales, donde generan identificación emocional transversal más allá de divisiones ideológicas. Esta dimensión identitaria opera como repertorio compartido de pertenencia, diferenciador en el contexto latinoamericano por su énfasis en el arraigo territorial, el legalismo y la "ocurrencia" cotidiana.

Sin embargo, la cohesión social vinculada a esta identidad es predominantemente reactiva y episódica. Los entrevistados coinciden en que los chilenos se unen intensamente en momentos de crisis o celebración (terremotos, incendios, Teletón, triunfos deportivos), don-

de se despliegan solidaridad circunstancial y emoción colectiva que relativizan diferencias políticas o socioeconómicas. Esta unidad depende de narrativas personalizadas ("cuando hay cara y nombre") y no se institucionaliza en prácticas cotidianas, dejando un tejido social frágil fuera de estas coyunturas.

Las amenazas a esta articulación identitaria-cohesiva son múltiples y estructurales. La polarización política actual, caracterizada por lógicas de "nosotros/ellos", ataques personales y mediocridad institucional, ha revertido el potencial articulador de la transición democrática (1990-2010), convirtiendo a la política en factor desintegrador. Se suma un individualismo postneoliberal que prioriza lo propio sobre lo colectivo abstracto, acompañado de desconfianza interpersonal, cierre de círculos afectivos y segregación territorial, erosionando el sentido de "mismo barco" nacional.

La migración masiva reciente (venezolanos, haitianos, colombianos) actúa como catalizador ambivalente, mientras el trato cotidiano muestra aceptación selectiva y reconocimiento de contribuciones económicas, el discurso público amplifica percepciones de amenaza (competencia laboral, sobrecarga de servicios, asociación con delincuencia), revelando xenofobia latente y barreras de integración como guetos y politización electoral. Este fenómeno fuerza una redefinición plural de la chilenidad, cuestionando su homogeneidad histórica, pero exponiendo límites de absorción cultural sin políticas estatales claras.

Finalmente, la evolución histórica contextualiza estos patrones desde una identidad insular forjada por aislamiento geográfico y épica republicana, pasando por fracturas de la dictadura y recomposición transicional, hasta el quiebre del estallido social (2019) y la globalización generacional, que diluye referentes unificadores como la educación cívica tradicional.

Por tanto, la identidad nacional chilena posee un capital simbólico latente, basado en resiliencia familiar, rituales festivos, símbolos afectivos, que sostiene cohesión reactiva en crisis, pero no basta para contrarrestar erosiones estructurales sin mediaciones institucionales, entendidas como educación cívica, políticas migratorias y liderazgo político responsables.





# Identidad Nacional y Cohesión Social en Chile

Análisis cuantitativo  
a partir de Encuesta  
Nacional

(Agosto 2025)

## RESUMEN EJECUTIVO

El presente informe académico analiza los principales resultados del estudio cuantitativo Identidad nacional y cohesión social, levantado en agosto de 2025 mediante una encuesta nacional representativa de la población adulta chilena. El objetivo del estudio es examinar las percepciones ciudadanas en torno a la confianza interpersonal e institucional, la polarización política, la identidad nacional, la inmigración y la identificación política, con el fin de comprender el estado actual de la cohesión social en Chile.

Los resultados evidencian un escenario de profunda fragmentación social y política, caracterizado por bajos niveles de confianza interpersonal, una crisis sostenida de legitimidad de las instituciones políticas, una percepción ampliamente compartida de polarización y división, y una relación ambivalente entre identidad nacional e inmigración. No obstante, este contexto de crisis coexiste con altos niveles de orgullo nacional y con una identidad cultural que permanece anclada en referentes históricos, territoriales y simbólicos tradicionales. El informe sostiene que la sociedad chilena enfrenta una tensión estructural entre pertenencia identitaria y debilitamiento institucional, con consecuencias relevantes para la legitimidad democrática (Easton, Norris).

## INTRODUCCIÓN

Durante la última década, Chile ha experimentado transformaciones políticas, sociales y culturales de gran magnitud, expresadas en ciclos de movilización social, procesos constitucionales fallidos, cambios en el sistema de partidos y una creciente desconfianza hacia las instituciones. En este contexto, el análisis de la identidad nacional y la cohesión social (Durkheim) adquiere una relevancia central, en tanto ambas dimensiones constituyen pilares fundamentales para la estabilidad democrática y la legitimidad del orden político.

La cohesión social, entendida como el grado de confianza, integración y sentido de pertenencia que une a los miembros de una comunidad política, se ve directamente afectada por la polarización, la fragmentación identitaria y la erosión de la legitimidad institucional. A su vez, la identidad nacional (Anderson, Smith) opera como un recurso simbólico clave para sostener la integración social, especialmente en contextos de crisis. Este informe busca aportar evidencia empírica al debate académico y político sobre estos fenómenos, ofreciendo un análisis sistemático de percepciones ciudadanas a partir de datos cuantitativos recientes.

## MARCO METODOLÓGICO

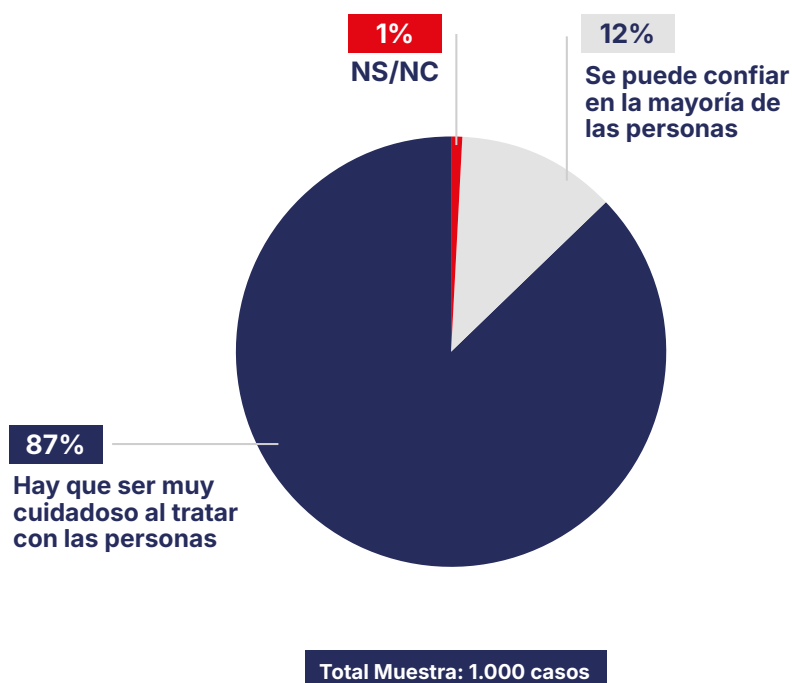
El estudio se basa en un diseño cuantitativo de tipo descriptivo, orientado a capturar percepciones y actitudes de la población adulta respecto de dimensiones centrales de la vida social y política. La muestra considera 1.000 casos, correspondientes a hombres y mujeres de 18 años o más, residentes en 70 comunas que concentran aproximadamente el 70% de la población nacional.

La recolección de datos se realizó mediante entrevistas telefónicas asistidas por computador (CATI), lo que permitió estandarizar la aplicación del cuestionario y asegurar un adecuado control del trabajo de campo. El margen de error es de  $\pm 3,1\%$ , bajo supuestos de aleatoriedad simple y con un nivel de confianza del 95% para el total de la muestra. Los datos fueron ponderados según sexo y edad, utilizando información del Instituto Nacional de Estadísticas (INE, 2017) proyectada al año 2025.

El cuestionario fue estructurado y diseñado en conjunto con AthenaLab, incorporando preguntas cerradas y escalas de medición que permiten comparar percepciones entre distintas dimensiones. El trabajo de campo se desarrolló entre el 30 de julio y el 16 de agosto de 2025, período marcado por un clima político altamente sensible, lo que aporta un contexto interpretativo relevante a los resultados.

## CONFIANZA INTERPERSONAL

En general, ¿usted diría que se puede confiar en las personas o hay que ser muy cuidadoso con ellas?

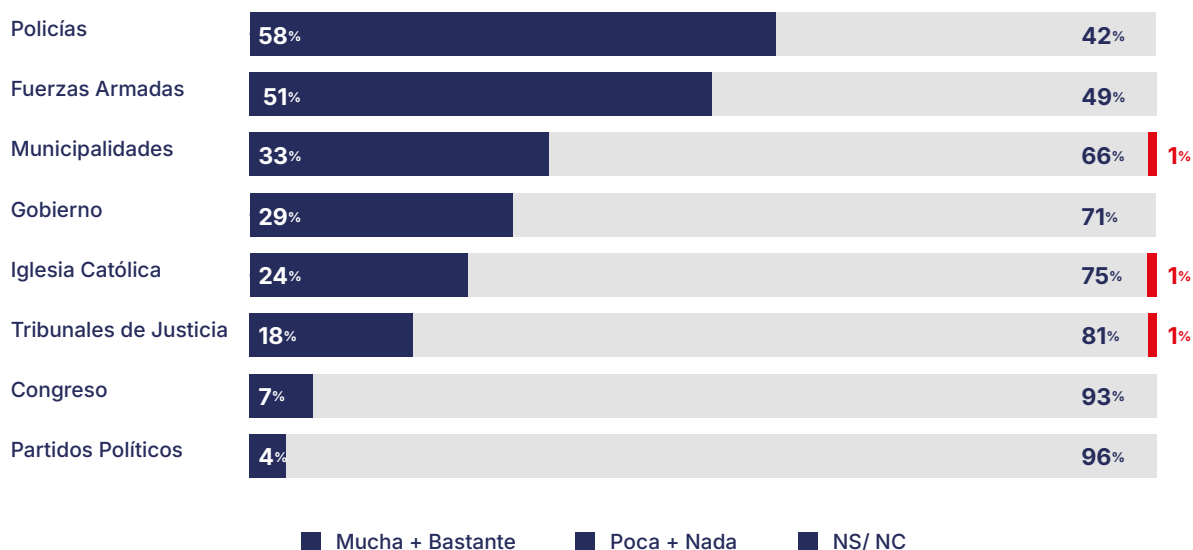


Los resultados muestran un déficit estructural de confianza interpersonal. Ante la pregunta sobre la confianza en los demás, el 87% de los entrevistados declara que es necesario ser muy cuidadoso al tratar con otras personas, mientras solo un 12% considera que se puede confiar en la mayoría. Este patrón es consis-

tente con diagnósticos previos sobre el bajo capital social (Putnam) en Chile y plantea que la desconfianza es un rasgo ampliamente extendido, lo que sugiere un entorno social percibido como riesgoso, fragmentado y poco predecible, siendo este un elemento central de la cohesión social según la literatura sociológica.



## CONFIANZA INSTITUCIONAL



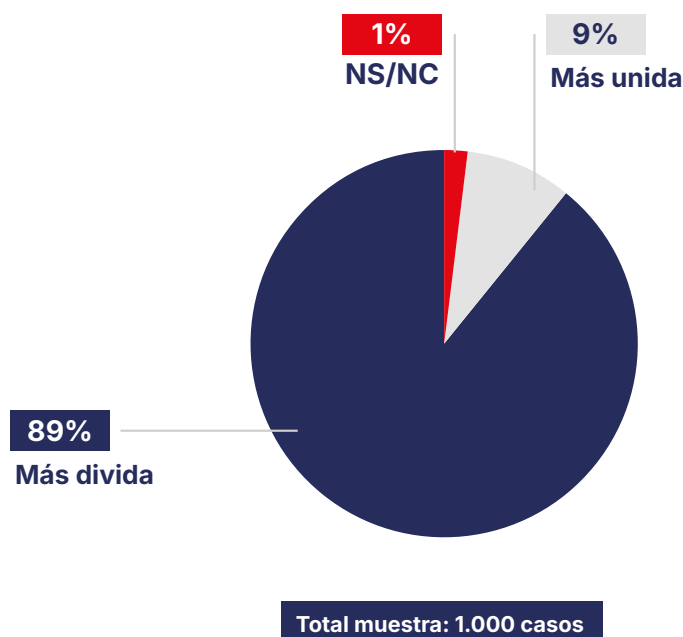
Total Muestra: 1.000 casos

En el plano institucional, la confianza presenta fuertes asimetrías mostrando un patrón altamente diferenciado entre ellas. Las instituciones asociadas al orden y la seguridad, como las policías y las Fuerzas Armadas, concentran los niveles más altos de confianza relativa, las policías (58%) y las Fuerzas Armadas (51%) concentran los niveles más altos de confianza ("mucha o bastante"), seguidas a distancia por las municipalidades (33%) y el gobierno (29%). En contraste, las instituciones políticas centrales del sistema democrático presentan niveles críticos de desconfianza como el Congreso (93% de poca o ninguna confianza) y partidos políticos (96%).

Este resultado evidencia una crisis de legitimidad política, donde las instituciones de representación aparecen severamente debilitadas frente a aquellas asociadas al orden y la seguridad. La discrepancia entre la confianza depositada en las instituciones coercitivas y la desconfianza hacia las instituciones representativas suscita cuestiones significativas respecto a la calidad del sistema democrático y la dinámica entre la ciudadanía y el poder político.

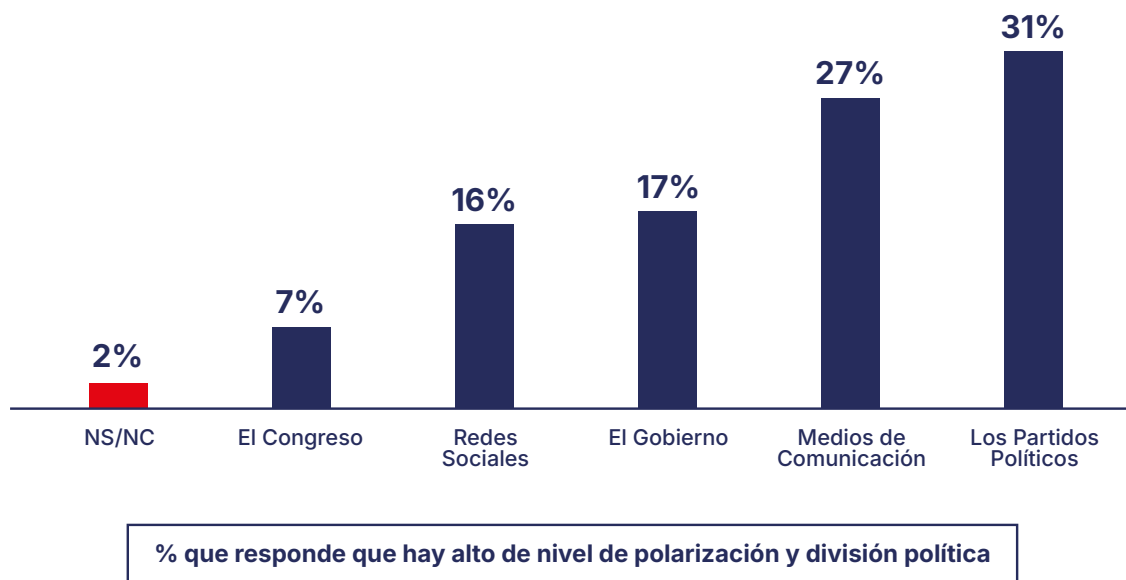
## POLARIZACIÓN Y DIVISIÓN POLÍTICA

**¿Crees que la sociedad chilena está hoy “más unida” o “más dividida” que hace diez años?**



La percepción de polarización y división política es ampliamente compartida. Un 89% de los encuestados considera que la sociedad chilena está hoy más dividida que hace diez años, y un 88% afirma que existe un alto nivel de polarización política. Estos resultados sugieren que la polarización no es percibida como un fenómeno episódico, sino como una condición estructural del presente político chileno.

### Y cuál de los siguientes actores o medios contribuye más a esta polarización o división política

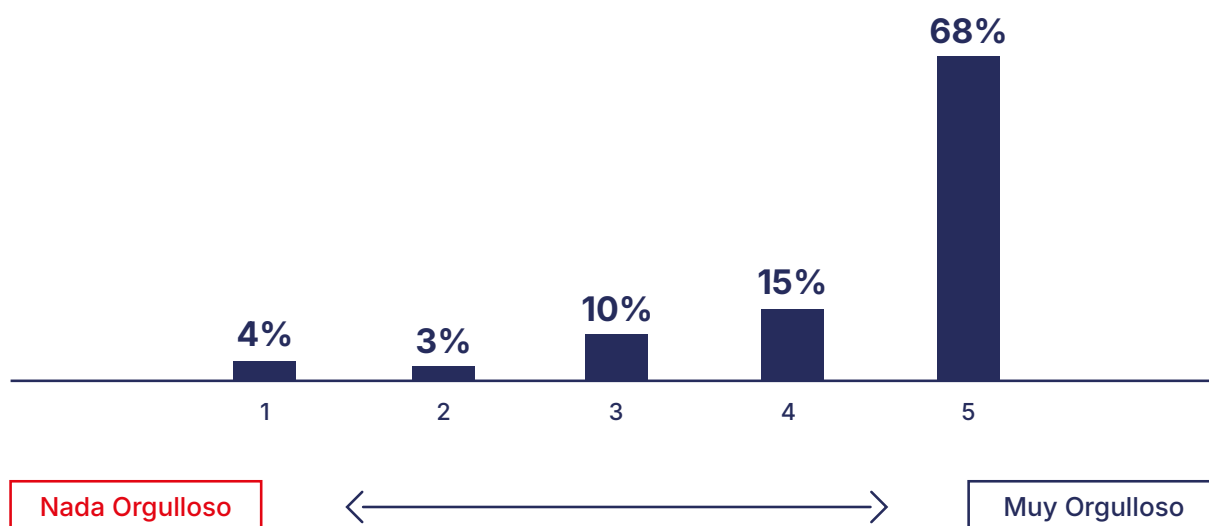


Las causas atribuidas a esta polarización refuerzan esta interpretación. La falta de educación cívica, la ausencia de liderazgos políticos sólidos y la baja confianza en las instituciones son señaladas como los factores principales. Asimismo, los partidos políticos y los medios de comunicación son identificados como los actores que más contribuyen a la polarización, lo que evidencia una percepción crítica

respecto del funcionamiento del sistema político-mediático y de su rol en la amplificación del conflicto. Este consenso transversal sugiere que la polarización no es percibida como un fenómeno sectorial, sino como un rasgo sistémico del funcionamiento político actual, con efectos directos sobre la gobernabilidad y la confianza institucional.

## IDENTIDAD NACIONAL

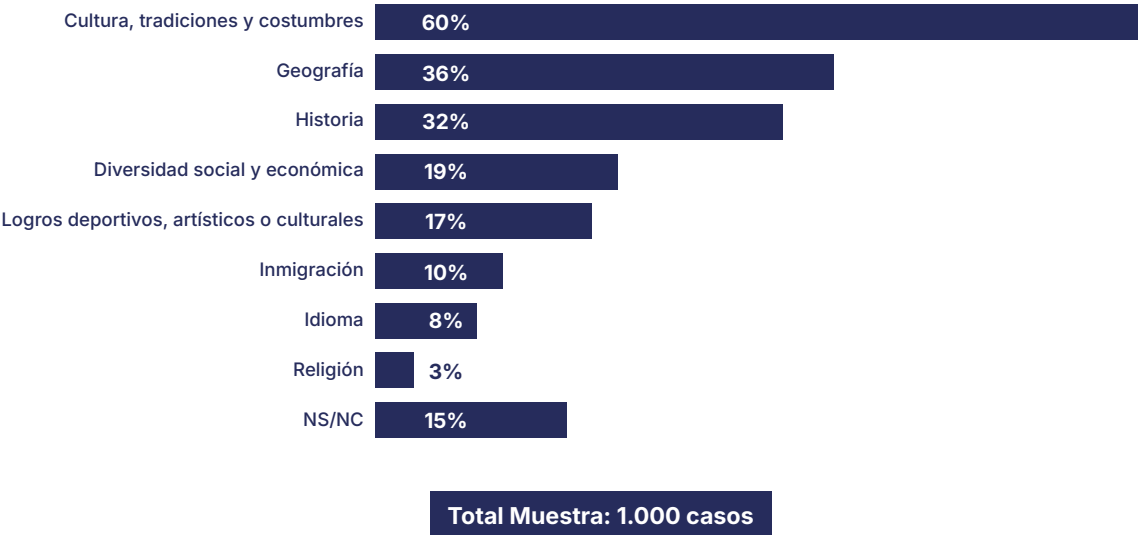
En una escala de 1 a 5, donde 1 es nada orgulloso y 5 es muy orgulloso. ¿Qué tan orgulloso(a) se siente de ser chileno(a)?



Pese al contexto de crisis social y política, el orgullo de ser chileno se mantiene elevado: un 68% de los entrevistados se declara muy orgulloso de su nacionalidad. Este hallazgo sugiere que la identidad nacional conserva una base emocional sólida, incluso cuando las instituciones que organizan la vida política enfrentan una fuerte deslegitimación.



¿Y cuáles piensa que son los elementos más representativos de la identidad chilena actual? (2 menciones)

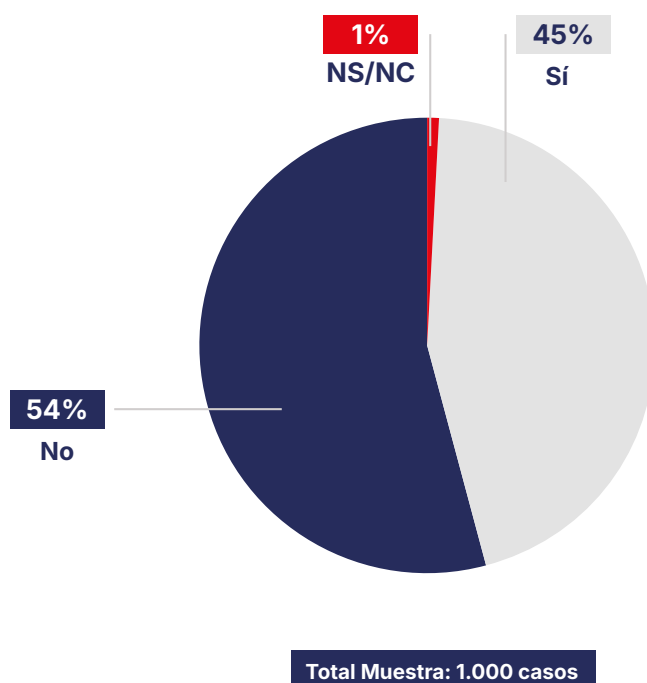


Los elementos más representativos de la identidad chilena se concentran en dimensiones culturales tradicionales como la cultura, tradiciones y costumbres (60%), seguidos por la geografía (36%) y la historia (32%). La diversidad social y económica (19%) y la inmigración (10%) ocupan un lugar secundario. Esto indica una concepción de la identidad fuertemente anclada en referentes culturales tradicionales, más que en procesos sociales contemporáneos.

En cambio, aspectos como la diversidad social, la inmigración o el idioma ocupan un lugar secundario. Esta configuración indica una identidad nacional predominantemente retrospectiva, anclada en referentes históricos y simbólicos más que en procesos sociales contemporáneos.

## IDENTIDAD REGIONAL

¿Y usted cree que su identidad como habitante de su región es distinta de la identidad nacional?

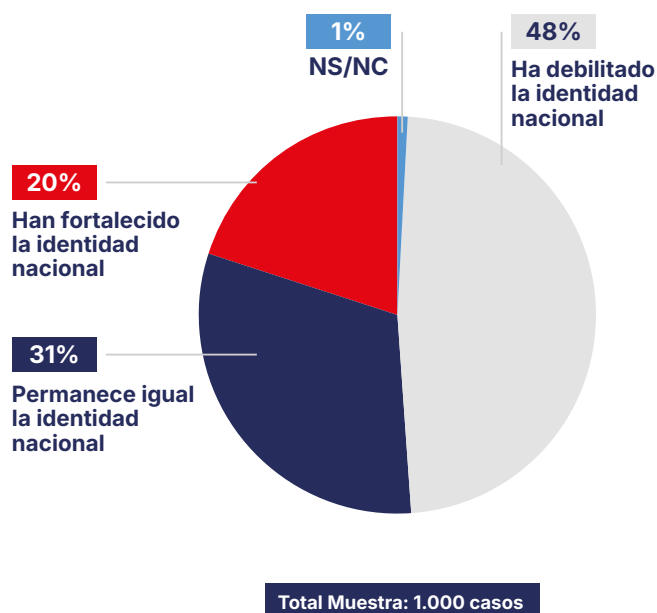


Casi la mitad (45%) de los encuestados considera que su identidad regional es distinta de la identidad nacional mientras que un 54% no percibe esa diferencia, lo que sugiere la coexistencia de identidades territoriales con la identidad nacional sin que ello implique necesariamente una fractura mayoritaria. Esta pluralidad identitaria puede interpretarse tanto como un

recurso de diversidad cultural como un desafío para la integración nacional. Así mismo, este resultado puede sugerir una tensión latente entre identidades territoriales y nacionales, aunque sin llegar a una fractura mayoritaria, lo que refuerza la idea de una identidad nacional aún integradora, pero no exenta de matices.

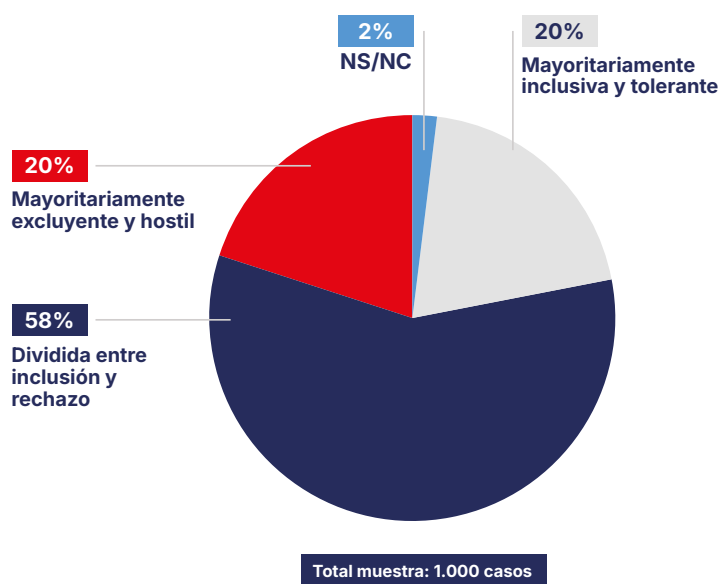
## INMIGRACIÓN

**¿Cuáles han sido los principales efectos de la llegada de extranjeros sobre la identidad nacional?**



En relación con la inmigración, la percepción predominante es crítica un 48% considera que la llegada de extranjeros ha debilitado la identidad nacional. No obstante, un 31% estima que esta se mantiene igual y un 20% que se ha fortalecido, lo que revela una sociedad dividida frente al impacto cultural de la inmigración.

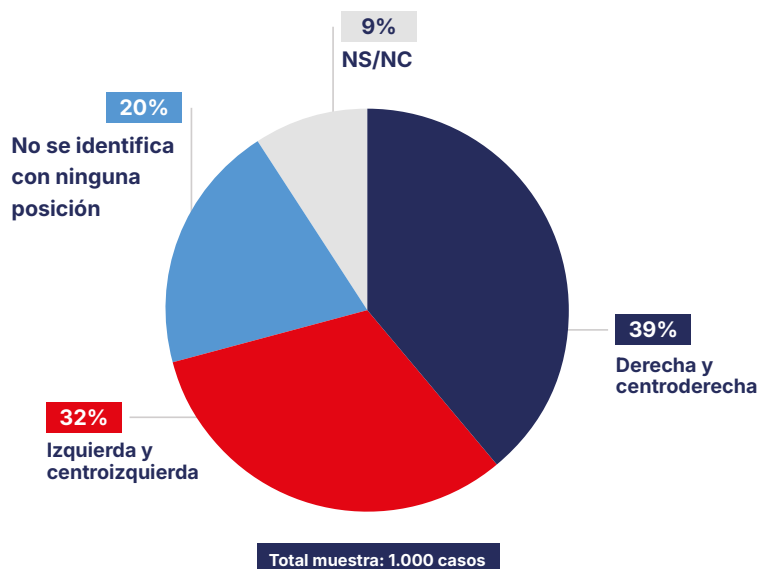
## ¿Y cómo describiría la actitud de la sociedad chilena hacia los extranjeros en la actualidad?



Esta ambivalencia se refuerza al analizar la percepción de la actitud social hacia los extranjeros, descrita mayoritariamente como dividida entre inclusión y rechazo. Esta distribución revela una percepción mayoritariamente defensiva frente al cambio cultural, asociando inmigración con amenaza identitaria, aunque con una minoría significativa que reconoce efectos positivos o neutros.



## IDENTIFICACIÓN POLÍTICA



La identificación política muestra una distribución relativamente equilibrada entre los distintos sectores ideológicos, con una leve mayoría en la derecha y centroderecha (39%), frente a izquierda y centroizquierda (32%), y un 20% que no se identifica con ninguna posición. Sin embargo, destaca el alto porcentaje de personas que no se identifica con ninguna posición política, lo que puede interpretarse como un indicador de desafección y distanciamiento respecto del sistema político formal, coherente con los altos niveles de desconfianza institucional observados previamente.

## CONCLUSIONES

El estudio evidencia un escenario caracterizado por una fuerte tensión entre identidad y cohesión. Mientras la identidad nacional conserva niveles elevados de apego simbólico y emocional, la cohesión social se ve erosionada por la desconfianza interpersonal, la crisis de legitimidad institucional y la polarización política. Esta combinación configura un cuadro de estabilidad identitaria relativa coexistente con una profunda fragilidad institucional.

En conjunto, el estudio revela un escenario de alta fragmentación social y política, coexistente con una identidad nacional emocionalmente persistente pero culturalmente tradicional. La combinación de desconfianza, polarización y orgullo nacional configura un cuadro complejo, donde la crisis no implica disolución identitaria, sino una tensión profunda entre pertenencia simbólica y debilitamiento institucional, con implicancias directas para la cohesión social y la gobernabilidad democrática en Chile.

Desde una perspectiva analítica, los resultados sugieren que los desafíos centrales para la democracia chilena no radican únicamente en la redefinición de la identidad nacional, sino en la reconstrucción de la confianza, el fortalecimiento de la educación cívica y la renovación de las prácticas políticas e institucionales. La superación de la crisis de cohesión social requiere, por tanto, abordar simultáneamente dimensiones simbólicas, políticas y estructurales, en un esfuerzo sostenido por recomponer los vínculos entre ciudadanía, Estado e instituciones democráticas.

Los resultados del estudio permiten identificar una distinción analíticamente relevante en-

tre identidad nacional y legitimidad estatal. En efecto, los altos niveles de orgullo de ser chileno coexisten con una profunda desconfianza hacia las instituciones políticas, lo que sugiere una disociación entre la identificación simbólica con la nación y la evaluación negativa del Estado y sus dispositivos de representación. Esta brecha puede interpretarse como la expresión de un nacionalismo de carácter predominantemente cultural, sustentado en referentes históricos, territoriales y simbólicos, pero desvinculado de una institucionalidad percibida como legítima y eficaz. En este sentido, la identidad nacional opera como un recurso de pertenencia y continuidad simbólica, mientras que el Estado aparece debilitado en su capacidad de canalizar esa pertenencia en confianza, representación y cohesión social. Esta disociación entre nación y Estado constituye un rasgo central del escenario chileno contemporáneo y plantea desafíos significativos para la gobernabilidad democrática y la reconstrucción de la legitimidad institucional.

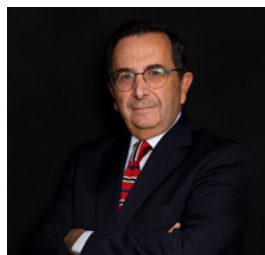
Desde una perspectiva aplicada, los resultados del estudio sugieren que la recomposición de la cohesión social en Chile requiere un enfoque integral que articule políticas públicas, educación cívica y reformas institucionales. En el plano de las políticas públicas, se vuelve necesario fortalecer aquellas iniciativas orientadas a reconstruir la confianza interpersonal e institucional, promoviendo mayor transparencia, capacidad de respuesta estatal y equidad en el acceso a bienes y servicios públicos.

En materia de educación cívica, los datos evidencian la urgencia de revitalizar la formación

ciudadana como herramienta para fortalecer la comprensión del funcionamiento democrático, la legitimidad de las instituciones y la disposición al diálogo en contextos de pluralismo y conflicto. Finalmente, en el ámbito institucional, los hallazgos refuerzan la necesidad de avanzar en reformas que mejoren la representación política, la rendición de cuentas y la eficacia del sistema democrático, de modo de reducir la brecha observada entre una identidad nacional simbólicamente robusta y un Estado percibido como distante o poco legítimo.

Abordar estos desafíos de manera coordinada constituye una condición clave para fortalecer la gobernabilidad democrática y la cohesión social en el Chile contemporáneo.

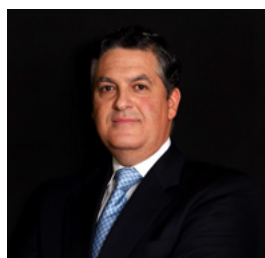
## GRUPO DE TRABAJO



### JOHN GRIFFITHS

*Director Ejecutivo de AthenaLab*

Ex oficial de Ejército, licenciado en Ciencias Militares. Máster en Seguridad Internacional de la U. Georgetown y Doctor en Estudios Americanos USACH. Ha sido docente UC, ANEPE y UAI en estudios estratégicos, seguridad y defensa nacional. Estudios adicionales en dichos ámbitos en Harvard, King's College y UFSIA. Es Distinguished Fellow RUSI.



### MARCELO MASALLERAS

*Director de Estudios de AthenaLab*

Ex oficial de Ejército, licenciado en Ciencias Militares. Oficial de Estado Mayor de las Academias de Guerra de Ejército, Fuerza Aérea y del US Army Command and General Staff College. Máster en Cs. Militares ACAGUE y en Seguridad Internacional de U. Georgetown. Ha sido docente en ACAGUE, Fuerza Aérea y en la Academia Militar de West Point, EE.UU.



### MARÍA FERNANDA MUÑOZ

*Directora de Operaciones y Comunicaciones de AthenaLab*

Cientista Política UC, Máster en Comunicación Política y Asuntos Públicos UAI. Posee estudios en comunicación estratégica en la U. Georgetown y un diploma en Transparencia y Buen Gobierno UC. Anteriormente fue jefa de proyectos en el CEIUC, investigadora en LyD y colaboradora del Consejo Chileno para las Relaciones Internacionales.



### ALDO CASSINELLI CAPURRO

*Director de la Escuela de Gobierno, Universidad Autónoma de Chile*

Administrador Público y Magíster en Ciencia Política de la Universidad de Chile. Director de la Escuela de Gobierno de la Universidad Autónoma de Chile y socio de DataCamp. Ha desarrollado su trayectoria en instituciones académicas, públicas y privadas, con experiencia en planificación estratégica, análisis político y gestión pública. Fue Director de Planificación Estratégica del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile.



## AGRADECIMIENTOS

AthenaLab expresa su especial agradecimiento a AndesPartners por el desarrollo del presente estudio y por su contribución a un trabajo orientado a profundizar la comprensión de la identidad nacional y la cohesión social en Chile.

Asimismo, agradece a la Consultora de Diseño SELVA, Soledad Sairafi y Ángela García por su trabajo y colaboración en las distintas etapas de diseño, diagramación, impresión y difusión de esta publicación, cuyo aporte fue fundamental para su materialización.



[athenalab.org](http://athenalab.org)

Av. El Bosque Norte 0177, oficina 1101,  
Las Condes, Santiago, Chile